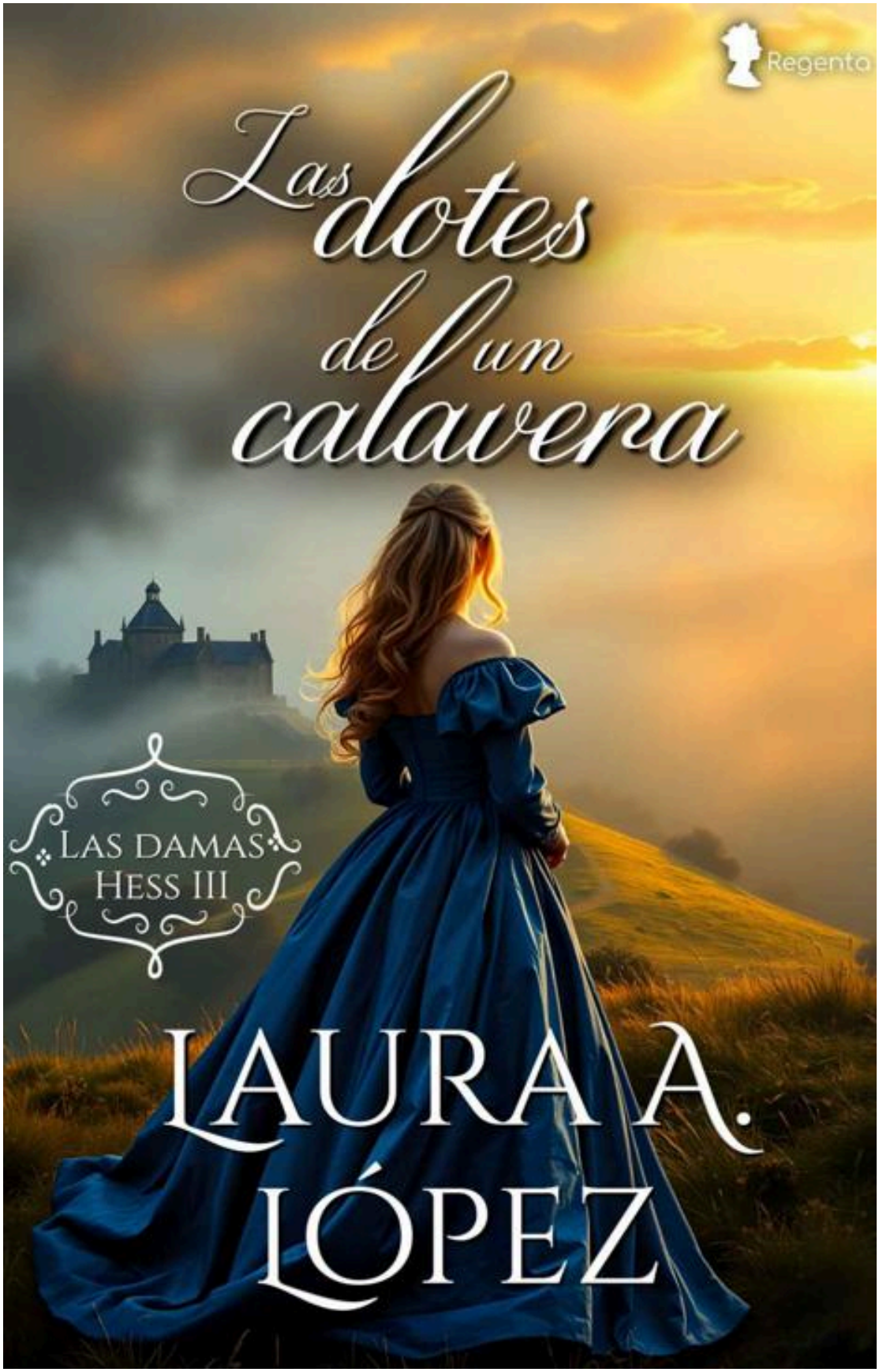

Regenta
Las dotes de un calavera
Las damas Hess III
Laura A. López


Regento
Las dotes de un calavera
Las damas Hess III
Laura A. López

Contenido

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Epílogo
Conoce la próxima novela serie Las damas Hess

Si te gusta el romance contemporáneo, podría gustarte…
Si te gustó El amor de un granuja podría gustarte…
Biografía

Las dotes de un calavera

Laura A. López

© TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.

SAFE CREATIVE: **2504211525744**

CORRECCIÓN: SANDRA GARCÍA

Capítulo 1

Ese día cumplía dieciocho años y con eso venían terribles responsabilidades. En todos esos años no había cambiado su idea sobre el matrimonio. Deseaba casarse, tener un esposo con mucho dinero y prestigio, poder estar en la misma sintonía que sus hermanas casadas. Para ella todo era sencillo. No quería lágrimas, dudas ni disputas por un caballero, lo único que esperaba era estar a la altura de las circunstancias y no arruinar el futuro de sus hermanas que quedaban detrás de ella.

—Disculpe, milady. Lord Cholmondeley quiere verla en su despacho en un rato una vez que el señor Sinclair salga —habló Sarah que había ido hasta la habitación de la joven a darle ese mensaje.

—Por supuesto... —Sonrió. Guardó las cosas que estaba inventariando mentalmente como era su costumbre. Le gustaba contabilizar las joyas que le obsequiaba su cuñado, aunque ella había pagado de cierta forma cada una de esas piezas de joyería con sus pinturas de caballos, de las que él se sentía orgulloso. Debía admitir que era una joven prodigio en el arte de la pintura y aquel hombre sabía valorar su esfuerzo.

—Tiene más joyas que sus hermanas, milady. Ellas sentirán muchos celos.

—Dudo que Mildred y Frances sientan eso con sus maridos tan ricos y geniales, pero no dudo de la codicia de mis otras hermanas. Estas joyas no han sido sin pago alguno. Daniel ha sabido retribuir un buen trabajo. Si ellas quieren más alhajas, deberían explotar sus talentos tal como lo hice yo, aunque sin el interés de ganar algo a cambio.

—¿Está trabajando en algo nuevo? No ha querido que nadie viera su obra.

—Sí, estoy en algo importante.

—¿Por eso va tanto al estanque de caimanes?

—Tal vez ellos sean una gran inspiración. Necesito trabajar más duro para que mi cuñado sea generoso.

—Con los años se ha vuelto más calculadora, lady Penélope.

—Del odio al amor solo existía un paso y con mi cuñado ese es el asunto. Fue duro al principio, pero con el tiempo me acostumbré a tenerlo cerca y a comprender su rareza.

—Su cuñado es extraño. No es abiertamente hostil, pero dice muchas cosas que hacen que hasta el diablo quede en evidencia.

—Por eso lo admiro mucho.

—¿No estará enamorada de su cuñado?

—Dices barbaridades, Sarah. Solo somos más cercanos porque en ciertos aspectos nos parecemos. Además, una amenaza con Newgate ha sido bastante permisiva. Él prefiere el control y yo no estoy interesada en problemas. Mientras la vida sea más fácil, todo será mejor, y ese es el punto de convergencia.

—Es cierto. No olvide su cita con él, porque después vendrá su otro cuñado y usted sabe que cuando ellos se juntan el tiempo y el espacio son accesorios, como si nunca se hubiesen visto.

Una sonrisa divertida se formó en los labios de Penélope, pues lo que decía Sarah era una gran verdad. Daniel y Robert se habían hecho mejores amigos y desde que el marqués llegó a la vida de su primer cuñado, él parecía más feliz, porque compartía las vicisitudes de vivir con tantas mujeres problemáticas. Robert sabía que se había llevado a una de ellas, pero estaba feliz con el resultado.

Después de esperar un buen rato y de cruzarse con el señor Sinclair que no solo visitaba al dueño de la propiedad, sino también a la suegra para quedarse a tomar el té, almorzar o cenar. Siempre era bienvenido, desde pequeñas se habían acostumbrado a su presencia, solo que cuando el padre de ellas falleció su madre enviudó y él también se quedó sin compañía, comenzaron a tener un romance que de forma absurda querían disfrazar como amistad, pero los celos los delataban cuando convivían con otras personas. El señor Carpenter era el enemigo declarado del señor Sinclair por su único defecto: ser cotillo. También, la condesa viuda tenía sus

peripecias amorosas al pensar en todas las damas que acudían al letrado para solucionar sus problemas. Esos asuntos le daban risa. Sentía que estaban viejos para semejantes actuaciones, aunque si eran felices lo aceptaba.

Entró al despacho de su cuñado y este le indicó que se sentara con un gesto de la mano.

—Hoy es un día especial para ti. Cumples la edad para debutar y quería preguntarte si todavía sigues con la idea de no desear tener una temporada social e ir directa a la yugular de un caballero. Déjame recordarte que esto último es poco práctico, te quitará oportunidades...

—¿Oportunidades de qué? ¿De confundirme en un baile eterno de candidatos potenciales que quizá me entusiasmen y terminen casándose con otras? No me apetece, ¿sabes? Sigo con esa idea práctica.

—Bien, lo intenté. Quería que tuvieras la misma oportunidad que tus hermanas.

—Mildred no tuvo oportunidad, se casó contigo. Quiero algo como eso.

—El caso de Mildred ha sido diferente y lo sabes. Además, no pienso dejar que vayas a la casa de nadie. No todos son como yo que he respetado la voluntad de...

—¡Bla, bla, bla! No respetaste nada y lo sabes. Ella nos ha contado el acecho que sufrió bajo tu techo.

—Tal vez fuera cierto, pero ¿quiénes salieron beneficiadas? Si otro estuviese en mi lugar, créeme que no tendrías ni siquiera el pensamiento de escoger. Ahora que estoy seguro de que no te arrepentirás de tu decisión, te daré un obsequio.

—¿Otro? Esta mañana me diste unos hermosos pendientes.

—Sí, lo sé, y no debías haberlo presumido tanto. Tengo a Hannah y a Alethea acechando entre las plantas del jardín esperando que les dé algo similar, mas no entienden que ni es cumpleaños de alguna de ellas y que tampoco son de mi agrado, estoy a punto de quedar

en penumbras por la tentación que tengo de cerrar las cortinas. Tú eres distinta. Toma... —Él extendió una nota para que ella la cogiera.

—¿Qué es esto? —Penélope comenzó a abrir el papel que estaba doblado con la perfección que solo su cuñado podía lograr.

—Es una lista de solteros elegibles. Lo mejor de esto es que he intercambiado cartas con ellos y todos se han mostrado interesados en ti cuando describí tu belleza, tu inteligencia y, por supuesto, tu dote.

Los ojos de Penélope se abrieron con sorpresa al ver esos nombres en el papel. Tenía cinco candidatos potenciales para casarse. Estaba entusiasmada, pero a la vez le daba miedo no poder decidirse.

—¿Cómo hago para escoger entre estos? —curioseó la joven.

—Me estoy tomando el tiempo de asegurarme de que sean personas de bien, aunque por algo están en la lista.

—El nombre de tu amigo, Derek, está aquí.

—Sí. Insistió en que lo pusiera porque dice que merece una dama tan bella como tú.

—Dice lo mismo de todas siempre que viene. No quiero a alguien que esté siempre persiguiendo a las mujeres y más a sus posibles cuñadas.

—Bórralo, es un nombre menos en tu lista. Me gusta que tengas criterio. A medida que reciba respuestas a mis consultas te informaré, mientras puedes familiarizarte con los nombres. También, hay un detalle de sus relaciones familiares por si te interesa. Si tiene más de dos hermanas es un no rotundo, ¿lo entiendes?

—¿Quién es tu fuente?

—Derek.

—¿No crees que podría boicotear a la competencia?

—Mmm... Quizá, pero no lo creo capaz de algo tan siniestro, porque puede que prefiera a Hannah después. Es joven y hasta tal vez un poco ingenuo en los asuntos del corazón.

—¿Alcanzará a casarse con alguna de nosotras antes de alcanzar la senilidad?

—No me hagas reír, Penélope, pero tienes mucha razón. Ha sido un buen chasco de tu parte. ¿Cómo va mi obsequio?

—Estoy cerca de terminarlo.

—Quiero exhibirlo en mi cumpleaños. Este año lo haremos en Londres para que conozcas al que será tu prometido.

—Daniel... —dijo con un tono vulnerable que no acostumbraba a usar.

Este se percató y le prestó atención.

—¿Qué pasa? —indagó su cuñado.

—¿No puedes escoger por mí? ¿Te haría daño reducir la lista a un candidato?

—¿Por qué no puedes escoger?

—Porque tengo miedo de no hacer lo correcto. No deseo confusiones en el futuro. No quiero equivocarme.

—Prefieres que lo haga yo y después culparme de tu infelicidad. Puedo hacer lo que me pides, pero no sin la presencia del letrado y de una hoja firmada por ti en donde dice que jamás podrás reprocharme por escoger un esposo y tampoco sacarlo a colación en cada momento de desesperación.

—Estoy dispuesta a firmar lo que sea con tal de no escoger y de que escojan a mi esposo por mí. Sé que seré feliz con lo que venga. Si no conozco a varios no existirá confusión posible.

—Tiene mucho sentido... Deja que lo consulte con...

—Tu almohada, lo sé. Sueles tardar en esas consultas mucho tiempo.

—Jovencita, solo por ser tu cumpleaños dejaré pasar esta perla que me has dicho. Va para tu collar de castigo.

—No quiero contar clavos.

—Los castigos no se escogen, se aceptan sin rechistar, porque, de lo contrario, aumentan en cantidad o intensidad.

—Lo sé, he sido un poco osada. Me arrepiento. ¿Me disculpas?

—¿Cuánto tiempo ensayaste esa línea? Eso no se te hubiese ocurrido decir en ningún momento.

—Me descubriste. Tengo un cuaderno con frases de disculpas...

—Que nunca usas, ¿verdad? Asumo que ni siquiera te asomas, al menos por las dudas o para fijarte si las polillas no se han comido esa sección de tu cuaderno.

La joven extendió su mano para alcanzar la de su cuñado.

—Eres demasiado paciente conmigo. Gracias por eso.

—¿Esto es parte del cuaderno?

—Si no me asomo a verlo no creo que corresponda.

Él sonrió y apretó su mano con cariño. Penélope era como una hermana. Superaba a sus hermanas en simpatía, obediencia y ocurrencias. Estaba dispuesto a correr el riesgo de escoger al mejor candidato para que fuese feliz.

—Deberás confiar en que, si te escojo un esposo, será el mejor ante mis ojos.

—Con el marqués has tenido buen ojo. Confío en ti.

Después de esa conversación, Penélope salió del despacho con esa hoja doblada en la mano. Prefería no pensar en esos nombres si otra persona se tomaría el tiempo y la fatiga por ella.

—¿Qué nos vas a presumir ahora? —increpó Hannah que ya tenía diecisiete años.

—¿Qué traes en la mano? —la cuestionó Alethea de catorce años.

—Otro obsequio de mi cuñado para su cuñada favorita... —Rio con burla.

—¿No te avergüenza que haga diferencias entre nosotras? —cuestionó Hannah—. Nos rompe el corazón que no nos quiera igual que a ti.

—No es una competencia. Después de mucho tiempo he comprendido lo que han pasado Mildred y Frances. A todas nos obsequian cosas diferentes. Hoy es mi cumpleaños, no hay nada más, es lo único especial. Aparte, no puedo controlar que yo sea un poco más consentida. Ya les he dicho la fórmula secreta y todavía siguen con el juego del reproche y la envidia.

—Hemos hecho todo lo posible, pero nada resulta —se quejó Alethea.

—La primera cosa es jamás contradecirlo, la siguiente es nunca hablar mal de Mildred y mucho menos atacarla y, por último, no interrumpir sus reuniones con Robert.

—Todos se llevan su afecto, mientras que nosotras dos solo recibimos castigos injustos. Estoy cansada de esto, ¿alguien puede darnos afecto? —siseó Hannah con la mirada baja.

—Hay algo que debes entender, Hannah. Daniel es nuestro cuñado, no nuestro padre. No puede ser una figura paterna a la que puedes robarle un abrazo. Este hombre no te lo dará, salvo que fuese tu último deseo en tu lecho de muerte. Su coraza es tan fuerte como la piel de sus caimanes.

—Eso lo entendemos, solo queremos atención... —alegó Alethea que miraba hacia sus manos que se entrelazaban.

—No me harás sentir pena por ti, Alethea. Eres desobediente con tus lecciones y casi un fracaso para la familia. Si sigues así con suerte terminarás casada con un panadero. ¿De esa manera crees merecer más?

—Niñas, dejen de atormentar a la próxima debutante —habló la señorita Carlington que separó a las jóvenes para que dejaran de hostigarse—. Hoy ha cumplido con su edad y sus clases han culminado ayer, lady Penélope. El señor Kepler y yo la extrañaremos en las lecciones.

—Lamento no poder decir lo mismo. Por fin dejaré de ser torturada con los instrumentos para dedicar más tiempo a la pintura. Adiós, señorita Carlington... —Penélope le dio la espalda y fue a su habitación. Todavía tenía mucho que pensar.

Capítulo 2

Londres...

Por la tarde, en una gran mansión londinense se gestaba una reunión importante. El duque de Manchester había citado a la duquesa, su hijo menor y la esposa de este para conversar sobre un problema familiar grave.

El patriarca suspiró antes de decir sus primeras palabras.

—Todos sabemos lo que nos tiene reunidos aquí... —dijo el hombre negando con la cabeza. La mano de su esposa se colocó sobre la suya para que tuviese el valor de continuar.

—Sé que hay muchos problemas familiares, padre. Espero que no esté enfadado con nosotros por decidir vivir en nuestro condado más productivo —habló lord Ernest Neville, el menor de los hijos de los duques.

—Para mí es un gran orgullo que utilizaras bien tu herencia y la dote de tu esposa, Ernest. Jamás podría estar decepcionado de un hijo tan bueno como tú y alguien tan asombrosa como Coraline. Quería hablar sobre Edwin...

El nombre del mayor de los hermanos resonó en el despacho, pero no por ser algo bueno, sino que era algo significativamente malo.

—Disculpe, su excelencia, pero para hablar de mi cuñado, preferiría que esté aquí o yo no estarlo, pues no hace más que decir que soy una serpiente constrictora que asfixia a su esposo con su atención y lo envenena en su contra —intervino lady Coraline Neville, esposa de Ernest, que tenía una relación complicada con el marqués de Torton.

—Todos sabemos que esto que dice es producto de la mezcla de opio, tabaco y alcohol que cada noche consume como si no hubiese nada más que hacer —comentó la duquesa.

—No tengas miedo, querida. Nosotros te respaldamos. Lo que les diré es algo que puede llegar a molestarlos un poco en su vida

tranquila. Ernest, pese a que recibiste la misma educación de tu hermano, siempre supiste que por nacer después no accederías al título...

—Padre...

—Déjame terminar. Edwin no ha hecho más que abusar de los recursos del título de cortesía que posee y por eso he decidido que lo voy a desheredar y quedarás tú en su lugar. Alegaremos que ha ocurrido un error en el nacimiento y que el verdadero heredero al título es al que siempre hemos considerado el segundo mellizo.

—Eso es una locura, padre. Edwin enloquecerá y nos culpará a Coraline y a mí. Ella está embarazada y no quiero conflictos en nuestra vida. Rechazo esta idea...

—¿Entonces prefieres ver cómo se hunde esta familia en sus garras? ¿Esperemos que vacíe las arcas de los títulos y las propiedades? —inquirió su madre.

—¿No hay otra solución para sacarlo de sus excesos que no sea utilizarnos a nosotros como sujeto de pruebas? Por favor, padre. Hay que ser razonables.

—¿Alguna idea? Esa era la mía y esto es un consenso de familia sin el afectado, ya que si él estuviese aquí las cosas volarían de un lugar a otro.

—Yo tengo una, excelencia —habló Coraline.

—Te oímos, querida —musitó la duquesa.

Coraline se acarició el vientre que aún no lograba ser visible para la gente.

—Aceptaremos que usen nuestros nombres como supuestos herederos, pero digan que cambiarán de opinión y le devolverán todo si encuentra una esposa de buen nombre. Una dama es capaz de hacer milagros con un caballero. Ernest es el ejemplo, de ser un joven un poco alocado como su hermano, ha pasado a ser un esposo ejemplar. Mi confianza está puesta en que este es el camino. Edwin merece la oportunidad de redimirse a través del matrimonio, ¿qué opinan?

Los duques se miraron entre ellos. La idea de Coraline los convenció al instante. Habían visto la transformación de su otro hijo cuando conoció a esa joven.

—Es una idea fantástica. Lo amenazaremos con perderlo todo y su única manera de asegurarse el título será a través del matrimonio. Se lo anunciaremos en la cena junto con la noticia de que será tío —sentenció el duque.

—Espero que esto resulte y que los platos no terminen volando en nuestra dirección —alegó Ernest, preocupado.

—No te preocupes, querido, solo veremos a tu hermano sudar frío por unos minutos —afirmó la madre.

El ayuda de cámara del marqués de Torton oía todas las conversaciones de la casa, incluyendo esta última reunión secreta entre los miembros de la familia. Sabía que aprovechaban la oportunidad para hacerlo porque el sujeto del que hablaban no despertaría hasta casi la cena después de su última noche de fiesta. Él decidió que no contaría nada de lo que había oído. No lo pondría sobre aviso, porque merecía una gran sacudida en su vida. Como su sirviente, estaba cansado de vivir como un vampiro: dormir de día y vivir de noche por los horarios de su amo. Estaba ilusionado con la idea de que aquel sentara la cabeza y terminara con la vida de excesos que podría llevarlo a su tumba.

Cerca de la hora del té, Edwin Neville se levantó de la cama, somnoliento. Bostezaba a cada paso que daba. Se acercó a la jofaina y se enjuagó el rostro.

La puerta de su habitación se abrió y ahí estaba su sirviente que fue a correr las cortinas de la habitación.

—¡Oh, por Dios! —exclamó Edwin tapándose los ojos al ver tanta luz. Para colmo, su ayuda de cámara abrió la ventana.

—Debemos ventilar este lugar que huele a muchas cosas, menos a la habitación de un caballero, señoría. Ha dormido todo el día. Su hermano y su cuñada están bebiendo té con los duques. Al parecer se quedarán a cenar.

—Pasan demasiado tiempo en esta casa. Parece que no son tan felices en su matrimonio.

—Son muy felices, su señoría. ¿Usted no ha pensado en esa idea?

—¿En casarme? Oh, no, no y no. Eso no es para mí. He imaginado una vida de soltero larga, con muchas fiestas. ¿Para qué quiero una mujer que me controle? Coraline es el control hecho carne. ¿Ves lo que ha hecho con Ernest? Es un pobre pelele que siempre está pensando en que si hace bien las cosas para la mujer frígida que debe tener en la cama.

—A sus padres no les agrada que hable así de su cuñada, la consideran una hija más.

—No me importa. La tolero porque es la esposa de mi hermano. Veremos cuánto tiempo dura este idilio. No creo que Ernest renuncie para siempre a la vida que teníamos...

—Considero que milord se ha convertido en alguien responsable. Ahora es un hombre casado y por eso es muy respetado.

—Si el matrimonio sirve para que la gente nos respete, ¿para qué están los títulos y el dinero? Eso es lo que importa, tener todo para gastar, solo la gente envidiosa cree que la reputación es más valiosa que el dinero.

Su sirviente rodó los ojos y buscó las prendas del hombre para que pudiera ir a saludar a la familia.

Edwin salió de su habitación con mucha energía y bajó los escalones salteando alguno de ellos porque así era más divertido. Fue al salón del té y ahí encontró a su familia. Todos ellos sonrientes hasta que lo vieron entrar.

—¿Acaso terminó la alegría cuando me vieron entrar? —indagó con curiosidad.

—Oh, cariño, no te esperábamos hasta la hora de la cena. Acostumbramos a verte poco, al menos despierto o en condiciones razonables —siseó su madre que dejó que él le diera un beso en la mejilla.

—Ah, supongo que es más divertido estar con Ernest y su reciente hija. ¿Qué hay de divertido en un matrimonio si pasan la mayor parte del tiempo en esta casa molestando? —increpó Edwin, burlón, aunque sus burlas estaban cargadas de celos.

—A mí también me alegra verte, Edwin —murmuró su hermano que le dio una palmada en la espalda con más fuerza de la necesaria.

—Buenas tardes, Edwin. Si estuvieses más tiempo en tu casa sabrías que no pasamos demasiadas horas aquí, pero como tú prefieres estar más tiempo en la inconsciencia, no eres capaz de darte cuenta de la realidad —atacó Coraline que no se dejaba amedrentar.

—¡Escucha a tu mujer, Ernest, me está faltando al respeto! —espetó Edwin, enfadado—. Esto pasa cuando le das a estas alimañas más alas de las necesarias. Cazafortunas...

—No empecemos las discusiones en esta ocasión. Debes aceptar que tu hermano se casó y que Coraline es parte de la familia —declaró el duque esperando apaciguar el ánimo de su otro hijo.

Los ojos del marqués se dirigieron a su hermano mellizo. No eran gemelos, pues existían diferencias significativas en ellos. Edwin tenía el caballo marrón como su padre, y Ernest era rubio como el sol de verano. El resto eran prácticamente iguales, con los ojos grises, la nariz fina y alargada, las cejas tupidas, aunque las de Ernest eran casi invisibles. Evidentemente, eran como la noche y el día. Él había tenido la fortuna de nacer diez minutos antes que su hermano y eso lo convertía en el heredero de la fortuna familiar, aunque eso no significaba que sus padres hubiesen hecho diferencias en el trato. Crecieron de la misma manera, educados por los mismos tutores, recibiendo todo de igual forma. A ambos se les había mostrado todo lo referente al título de duque, porque podría pasar algo inesperado, cualquiera de los dos podría morir primero y el otro debía estar preparado.

Con los años, Edwin comenzó a separarse de su hermano viendo cómo aquel se interesaba más por la sensatez y la responsabilidad

hasta el punto de que a sus veintisiete años encontró una esposa y se casó sin más. La noticia del compromiso resultó ser algo devastador para Edwin, su compañero de toda la vida, el que compartió todo con él sería arrebatado por aquella culebra llamada Coraline. Desde que la vio la odió de inmediato, no podía reponerse del golpe de perder a su amigo, aquel que era como su conciencia a la que ignoraba con una frecuencia abrumadora. Ya no compartirían fiestas ni mujeres, esa vida como la conoció terminó el día que dijo «Sí, acepto» en el altar.

Coraline era una mujer inteligente, calculadora y precavida que sabía en qué momentos no debía intervenir. También era hermosa y adinerada, de buena familia. Si no fuese porque él no estaba interesado en el matrimonio, ella hubiese sido la mujer ideal para marquesa y en el futuro duquesa. Reconocía en ella el carácter y la suficiencia, al igual que la altanería necesaria para una posición importante, pero encontró la comodidad en el repuesto; sin embargo, eso no era malo, también gozaba de prestigio y de una gran fortuna que tenía Ernest. Jamás tendrían problemas económicos.

Pese a que Edwin no quedó apaciguado por las palabras de su padre, accedió a sentarse a la mesa del té. Cogió muchos scons y los untó con mantequilla y mucha mermelada de bayas. Había bebido tres tazas de té con las masas como un desayuno. El hambre y la sed no terminaban con lo que había comido.

—Esta noche compartiremos una noticia especial contigo, Edwin —contó su hermano que estaba impresionado con la velocidad con la que su mellizo devoraba todo.

—¿Con qué me sorprenderán esta vez? Me hubiese gustado que lo hubieses hecho con una buena noticia como, por ejemplo, que enviudaste, pero como veo aquí a Coraline, mis esperanzas se desvanecen.

—Qué graciosillo, Edwin. ¿Cuál de todos tus vicios acabó con el ser pensante que pudiste ser? ¿Quizá el opio? —replicó Coraline, juguetona.

—Vaya, vaya, vaya. Aquí los patos les disparan a las pistolas. Ernest, controla a tu mujer si no quieres que lo haga yo, pues no seré amable.

—La noticia es hermosa, Edwin. Te alegrarás por ellos —dijo su madre que le cogió la mano con cariño.

—¿Llevarse a Ernest lejos de aquí les parece algo bueno? —preguntó Edwin—. Sé lo que están haciendo. Tengo personas que me informan de todas las decisiones. Coraline está haciendo todo lo posible por alejarlo de mí con la malvada intención de apoderarse de todo lo que él es. Sorpresa, querida cuñada, puedes intentar llevarlo al fin del mundo, pero si quiere ser un calavera como yo, lo será en donde quiera y como lo desee.

Capítulo 3

—¿En qué concepto tan horrible me tienes, Edwin? —inquirió Coraline fingiendo vulnerabilidad. Ella ganaría esa batalla y lo dejaría mordiendo el polvo. No se dejaría vencer por un tonto con título.

—Por favor, Edwin, sé razonable —pidió su padre que se frotaba las sienes con ambas manos—. Es tiempo de madurar.

—Con ese cuento embaucaron a Ernest y ahora debe luchar para sobrevivir casado con esta mujercita.

—Estoy felizmente casado, Edwin.

—Hasta cree lo que esta arpía dice. Está tan enfermo. Déjame hacerte enviudar para salvarte, hermano querido. De esa manera entenderás que abandonar a tu mellizo es la peor decisión de tu vida.

Ernest rodó los ojos como solía hacerlo el mismo Edwin. Su hermano no podía entender que él ya había hecho su vida y que se sentía pleno y feliz con su elección de esposa.

—Lo mejor es que sigas comiendo, querido. Pediré más para ti —musitó la duquesa que miraba a todos con una expresión de cansancio. Tratar con un hijo caprichoso era algo difícil de hacer.

Pese a la mala actitud del marqués, todos se quedaron en el salón del té tratando de comer lo que Edwin no devoraba.

Después regresaron a las actividades dentro de la casa. La duquesa y Coraline simplemente se pusieron a hablar de las próximas reuniones sociales mientras bordaban. Mientras tanto, el duque y sus hijos hablaban de negocios.

—Ernest comprará nuevos caballos del oriente, más resistentes que los de aquí —comentó el duque que estaba orgulloso de su hijo responsable y comprometido en la vida.

—Es un buen negocio. También he decidido establecer una gran herrería y carpintería para la construcción propia de carruajes confortables. El lujo será nuestro sello —musitó Ernest, sonriente—.

He oído que tú, Edwin, sigues explotando las minas. ¿No sería bueno tener tu propio negocio de joyería? Podrías aumentar tu fortuna.

—La gente sin título es la única que debe buscar la manera de seguir teniendo dinero, hermano. Yo tengo las tierras, no solo aquí, sino también otras que he comprado en las colonias. Para mí es suficiente vender lo que sale de esas propiedades. El resto sería una preocupación adicional que no me interesa. Prefiero vivir tranquilo y que el dinero trabaje solo —comentó Edwin sorbiendo su whisky.

—El dinero no trabaja solo, se piensa y administra, Edwin. La diferencia entre tú y yo es que me ahorro los honorarios del administrador al conocer el oficio. Ser el repuesto tiene sus ventajas —reconoció Ernest, divertido.

Los ojos grises de Edwin lo calcinaron por lo que había dicho. No era culpable por haber nacido primero. No le gustaba que Ernest se llamara repuesto cuando ambos habían llegado el mismo día de la misma forma. Sabía que muchas cosas podían ser injustas al tener tantos títulos y que solo uno pudiese heredarlos.

—Espero que sea la última vez que te llames de esa forma, Ernest. No me vuelvas a ofender —escupió su hermano.

—El que debería sentirse ofendido es nuestro padre, no tú. Eventualmente, soy su segunda opción. ¿Este término te parece más justo?

—Hijos míos, ya dejen este juego. Toda la vida han sido más que hermanos, mejores amigos —pidió el duque.

—Él se alejó de mí por una mujer. ¿No recuerdas que lo compartíamos todo?

—No compartiré a mi esposa. Puedo darte un brazo o una pierna, hasta quizá mi vida, pero jamás a Coraline.

—Como si fuese que tengo podrido el paladar para intentar devorar a esa...

—Respeto, Edwin. Tus celos son malos consejeros. Como hermanos que son pueden limar estas asperezas —gruñó su padre.

—Lo haría si él abandonara a esa mujer en el campo. Es algo normal dejar a las mujeres lejos. Ernest y yo podríamos continuar

nuestra vida tranquila, volver a las fiestas y a algún que otro gusto.

—Lo siento, hermano, pero esa vida ya no es para mí. Mi esposa y yo nos iremos al campo a ser felices. Tenemos muchos planes. Ella está pensando en un gran invernadero y muchos animales.

—No le hacen falta muchos animales, solo uno: tú.

Por más que Ernest quisiera llevar la fiesta en paz, Edwin no dejaba de arrojar a Coraline bajo las ruedas de un carruaje para hundir su reputación, mas no lo lograba. El destruido terminaba siendo el marqués.

En la hora de la cena, se sentaron a la mesa. Después de que los criados sirvieran los platillos, el duque hizo un gesto a su hijo, Ernest, para que hablase.

—Tenemos algo grato que contarte, Edwin...

Coraline se tensó visiblemente, porque no sabía cómo reaccionaría su cuñado ante la noticia.

—¿Qué es algo que debas contarme para que se me quede atragantado el pescado? —curioseó el marqués.

—Coraline y yo tendremos un hijo... Serás tío...

Los ojos de Edwin se abrieron con sorpresa. No había pensado que sería tío tan pronto, de hecho, ni lo había considerado.

—Vaya, esto es una verdadera sorpresa. La víbora tendrá crías, lo que significa más víboras en la familia. —Edwin siguió comiendo sin darse cuenta de las miradas que se echaban sus familiares entre ellos.

—Edwin, he tomado una decisión —dijo el duque, que estaba dispuesto a llevar su plan para reformar a su hijo hasta las últimas consecuencias.

—¿Una decisión? Si es niña no podrá heredar nada. Será una simple molestia —afirmó Edwin, burlón.

—He decidido que el título familiar lo llevará tu hermano cuando nazca el bebé. Él tiene una familia compuesta y tú... Tú no pareces desear un matrimonio que te asegure tu posición.

El tenedor cayó de la mano de Edwin haciendo un sonido sordo. Las miradas de susto entre los acompañantes del marqués no

cesaban. Era arriesgado hacer lo que pensaban, pero esperaban conseguir lo que necesitaban.

—¿Qué? Eso es imposible, nací primero, tengo derechos hereditarios.

—He hablado con el letrado y podemos argumentar que naciste después de tu hermano...

Edwin miró a Ernest y después a su cuñada. Ambos estaban frente a él en la mesa.

—¡Tú! ¡Arpía, víbora convenenciera! —exclamó con furia. Después trepó sobre la mesa para intentar ahorcar a Coraline, pero tanto su hermano como su padre lo impidieron.

—¡Edwin, basta! —exigió Ernest.

—¡Ella no tiene la culpa de mis decisiones! —expresó el duque, sujetando a su hijo.

—¡Si ella no hubiese envenenado a toda mi familia y engatusado a Ernest para tener un hijo y arrebatarme lo que me pertenece, nada de esto estaría ocurriendo! —justificó su actuar.

—Hijo, hay una solución para esto —habló la duquesa apresurada. Eso hizo que Edwin la mirara con interés. Empujó a quienes lo atajaban y le dio su atención. El duque asintió para que continuara con el plan.

—Si la solución es matar a esta mujer, lo haré —espetó el marqués refiriéndose a Coraline.

Su cuñada solo negaba con la cabeza, mientras su esposo la abrazaba para cuidarla.

—No, Edwin, la solución es que te cases con una mujer de buena familia. Necesitas hacerlo para que creamos que este título que posees está en buenas manos. No has hecho más que malgastar los recursos que te hemos dado. No piensas sentar la cabeza como lo hizo tu hermano. Es momento de que lo consideres como una salvación. Tienes tiempo hasta que nazca tu sobrino.

Los ojos de Edwin parecían consumidos por la llama de la furia. Su cuñada seguía siendo su objetivo personal.

—¿Cuánto tiempo tengo? —increpó con los dientes apretados.

—Cinco meses —respondió Coraline.

Una risa histérica escapó de Edwin. Sabía que sus padres lo miraban como si estuviese loco, pero él solo estaba canalizando su frustración de esa manera.

—Lo haré —sentenció con malicia—. Y lo haré solo para que esta víbora jamás se acerque al título de duquesa. Tendré tantos hijos que ni en su próxima vida podrá arrimarse al ducado.

Con la espalda erguida, me sostuvo la mirada a Coraline después de decir eso, aunque, de nuevo, la rabia lo apresó y como una fiera saltó sobre la mesa intentando alcanzar a su cuñada. El sonido de las copas y vajillas rompiéndose y el de los utensilios cayendo era lo que podía oírse en esa casa, además de los gritos ahogados de los sirvientes que estaban impresionados con lo que el marqués hacía.

—¡Ya cálmate! —Ernest le arrojó el contenido de una copa que logró salvarse del desastre para que su hermano despertara del trance—. Mi esposa no es culpable de nada ni codicia el título de nuestro padre. También, si ella hubiese intentado ser la duquesa te hubiese buscado a ti y no a mí.

—¡Los ha manipulado a todos! Ahora es intocable con su embarazo, pero yo no creo este cuento. Quizá hasta sea probable que intente acabar conmigo si busco una esposa porque su futura nueva posición peligra.

Al terminar de decir aquellas palabras, el marqués fue a buscar a su caballo. No podía continuar en esa mansión o mataría a alguien. Debía pensar las cosas con claridad y solo una buena cabalgata lo ayudaría a sacar toda la molestia de su mente y también una botella de whisky. Luego de la cabalgata dejó su caballo atado en los establos del club que solía frecuentar, uno de mala muerte con un charco frente a la entrada. A él no le importaba nada en ese momento, ahí conseguiría lo necesario para sobrevivir.

***

Cheshire, varias semanas después...

Lord Cholmondeley volvió a citar a su cuñada, Penélope, en la oficina había recibido las respuestas de Derek y de los demás caballeros. A Daniel le quedaba informarle cuál sería su prometido.

Penélope no sabía lo que encontraría en el despacho. Cuando entró buscó a su cuñado que debería estar sentado en el sillón frente a su escritorio; no obstante, al voltear un poco la cabeza lo vio sentado frente a un tablero de ajedrez. Le hizo una seña para que tomara asiento y ella obedeció.

—¿Estabas aburrido o ya no quieres que Alethea limpie tu mesa con un puñetazo? —inquirió la joven, sonriente.

—Alethea es una mala perdedora y Hannah... Es mejor perderla que encontrarla, no tiene mucho razonamiento, es tan sentimental y se pone a llorar con cada movimiento. Eso crispa mis nervios. Tú eres lo más decente que vive bajo este techo. Apenas las tolero estos seis meses que paso aquí.

—Una vez que todas nos casemos, tal vez no sea necesario que regresen por tanto tiempo.

—De eso quería hablarte. Tengo un nombre para ti.

El corazón de Penélope se detuvo. Sintió un vuelco en el estómago y cómo el sudor subía por su espalda y después su respiración se agitaba.

—Te... escucho —declaró con dificultad.

—Rudolf Fairfax, conde de Monroy, es la mejor opción. Su padre es el marqués de Monroy, por lo que, a su muerte, podrías ser marquesa como Frances. Es un hombre rico de carácter apacible...

—¿Por qué siento que quieres decirme algo? Si hablas del carácter y no de sus características físicas es porque algo escondes. Sabes que quiero a un hombre joven como Robert o como tú.

—No soy tan joven, voy cumpliendo años y ya tengo canas, pero tal vez tengan nombres.

—No respondes a mi pregunta.

Sacó la carta de Derek del bolsillo y la abrió.

—«Es alto, delgado, como si lo hubiesen chupado unas sanguijuelas, su nariz es prominente, aunque aceptable. Tal vez su

cabello fue rubio en algún tiempo pasado y sus ojos son azules, o quizá estén nublados por las cataratas» —citó el conde—. Esto es lo que dice aquí.

—¿Quién te envió esa carta?

—Derek.

—Ajá. Lo mejor es verlo con nuestros propios ojos.

—Es lo que quería proponerte. No confío en el buen juicio de Derek porque tiene sus intereses aquí. Insinuar que es viejo y ciego, no es algo que sea bueno, aunque como asumo, son celos.

—Opino lo mismo.

—Entonces, ¿estás lista para ser la primera Hess en salir de Cheshire para conseguir un esposo?

—Lo estoy —contestó determinada.

—Entonces partiremos en dos días. No podemos dejar que el viejo senil se nos escape. —Rio Daniel.

—Confío en que no será un anciano y lo deduzco porque dijiste que heredará el título de marqués cuando muera su padre, lo que me hace pensar que es relativamente joven.

Capítulo 4

Al acabar el juego de ajedrez con su cuñada y después de terminar siendo humillada otra vez en esa disciplina, Penélope fue hacia su habitación y se sentó en la cama para mirar hacia un rincón de su dormitorio. Tenía los ojos perdidos y su mente vagaba por muchos escenarios posibles, desde un viejo ciego y un joven atractivo. Si solo tuviese en cuenta el título del hombre, sin dudas era el candidato perfecto, mas eso no era suficiente para ella. También quería un esposo guapo como los de sus hermanas.

En este punto, sus pensamientos anteriores de que le daba igual quien fuese su esposo, perdía fuerza. En realidad, sí importaba, al menos que fuese joven y adinerado. Sabía que conseguiría alguien de dinero si Daniel lo decía, sin embargo, la juventud, el disfrute y las sonrisas parecían ser algo diferente.

En su mente se formaba la imagen del que sería su prometido y, con las descripciones que había proporcionado Derek no había mucho que hacer, pero ella se esforzaba para tratar de convencerse que solo eran exageraciones a causa de que él quería formar parte de la familia. Con cada una de las hermanas parecía desear intentarlo. Aquel creía que sería joven por siempre, no obstante, la verdad era que las candidatas se le estaban acabando.

En la hora de la cena, todos estaban reunidos en la mesa, incluso el señor Sinclair que cada vez tomaba más relevancia en la casa. Daniel dejó su copa a un lado para dar un anuncio.

—Quería comunicarles que dentro de dos días partiremos a Londres. Penélope irá a conocer al que probablemente será su esposo.

—¿Te casarás con alguien que no conoces, Penélope? —cuestionó Hannah—. Pensé que no lo llevarías a cabo.

—Sí, iré a conocerlo. Todavía no es seguro, ¿no es así, Daniel?

—Mmm...

—¿La comprometiste con un desconocido? —increpó Alethea con los ojos abiertos de par en par.

—Era su deseo, ¿qué esperaban? Ella ha escogido el método tradicional. Ustedes deberían seguir ese ejemplo y considerar esa opción para el futuro. Para mí este asunto es sencillo, sin tanta parafernalia para conseguir lo que se quiere. Ya vieron lo difícil que ha sido que Frances y Robert se casaran. No quiero volver a pasar por algo similar.

—Frances no deseaba casarse conmigo, saben lo codiciosa que puede ser —replicó Robert.

—Frances ha tenido demasiada suerte. Espero que todas mis hijas la tengan pronto. No importa el método, lo que interesa es tener al esposo y dejar de ser una carga familiar... —añadió la condesa viuda.

—Madre, ¿entiende que Penélope puede casarse con alguien que no le agrada y de quien no está enamorada? Mildred y Frances han tenido tanta suerte que me apena que Penélope no busque el amor —alegó Hannah, sentimental.

—Puedo enamorarme de mi esposo. ¿Qué debo conocer a muchos hombres que, en lugar de agradarme, me confundirán en mi decisión? Si solo veo a uno, lo amaré, estoy segura.

—Si tú lo dices, te creemos. Espero que salga bien, y si eres feliz quizá sigamos tus pasos —manifestó Alethea, burlona. Al igual que Hannah, creía que solo el amor podía hacer funcionar algo. Vio a Frances sufrir y luchar por eso, ¿por qué creer que el resto de la vida debía pasarse con el escogido de alguien más cuando ellas tenían la libertad suficiente para escoger un esposo conveniente?

A Penélope no le gustaban los cuestionamientos, pues le hacían dudar de sus convicciones. Era terrible tener que pensar muchas veces en un prometido al que no conocía, pero al que deseaba conocer para poder despejar su mente de eso que la invadía. Solo debía esperar dos días para ir a Londres y conocer al hombre de su vida.

—¿Quién tocará el pianoforte esta noche? Nosotros queremos bailar —musitó Frances al ver qué Penélope tenía la mirada perdida en su plato. Con el tiempo comprendió lo que pasaba con las burlas que se hacían entre ellas, a veces lastimaban sin querer. Penélope estaba atravesando una etapa difícil de decisiones que no podría cuestionarse después. No podría deshacerse de un esposo una vez que dijera que sí.

—¡Yo, yo! —expresó Alethea casi levantándose de la mesa.

—¿Alguien más? —preguntó Robert que no era un gran admirador de la menor de sus cuñadas en el arte musical.

—¿Por qué no quieres que lo haga? —increpó con molestia.

—Porque para hacerlo hay que tener más que ganas, Alethea —respondió Daniel—. Si eres mala perdedora con los juegos de mesa, sabemos cómo reaccionarías ante los abucheos. Más de uno te ha oído en ese tortuoso instrumento.

—¿Alguien va a defenderme? —inquirió mirando a los demás miembros de la familia—. Ah, nadie... Aquí falta la institutriz que sí puede aprobarme.

—Descansa, Alethea. Penélope tocará para todos o lo haremos por turno para que todas podamos bailar. Saben que solo hay tres caballeros aquí y tendremos que compartir la compañía —alegó Mildred que lo único que deseaba era parar con la humillación autoinfligida.

Al acabar la cena fueron hacia el salón y Penélope hizo su presentación. Las hermanas Hess si bien eran hermosas, no eran tan talentosas para los instrumentos, pero al menos sonaban bien. En Cheshire eran pocas las veladas musicales y eso era más que bienvenido. Hannah era la única más sobresaliente junto a Frances, pero las otras eran regulares o que parecían tener los dedos congelados. Mildred era más talentosa en el violín que en el pianoforte, se destacaba, aunque era evidente que era mejor preparando panes y saliendo de cacería.

Mientras que veía a sus hermanas bailando con sus esposos, a su madre con el señor Sinclair y a Hannah y Alethea aplaudiendo la

danza que hacían, Penélope pensaba si el hombre que sería su esposo se acostumbraría a este ambiente tan alegre. La vida había mejorado después de aquel año horrible en que su padre falleció. La familia crecía y ella deseaba traer a alguien que encajara con todos ellos. Robert se adaptó tan rápido que parecía el hijo perdido por la familiaridad con la que se movía.

Después de estar un buen rato, Mildred la relevó para que pudiera divertirse. Penélope se aferró al brazo de Daniel para bailar con él antes de que lo hiciera Hannah que lloriqueó al verlo robado. Alethea cogió a Robert, entonces a Hannah solo le quedaba el señor Sinclair.

—Bailaré con usted, milady —se ofreció el hombre, sonriente—. ¿Acaso no soy tan agradable? Quizá esté un poco arrugado, pero todavía soy buen bailarín.

Hannah no tenía problema al bailar con el señor Sinclair, lo único que ella deseaba era ganarse el visto bueno de Daniel. Entre ellas existía una lucha por ser la favorita una vez que Penélope dejara el podio. Sabían que ninguna de las dos eran del total agrado del conde de Cholmondeley. Al marqués era más fácil agradarle, era un caballero amable y de pensamientos abiertos, solo se debatían por un poco del cariño del tutor.

—Me has salvado de un pisotón con Hannah —dijo Daniel alentando a Penélope—. Te hará bien esta práctica al igual que a Hannah, el año que viene le toca a ella y sabremos que será difícil.

—Sí, porque ella no cederá como yo. Para mí la vida es más sencilla...

—¿En verdad te parece más sencilla con tu decisión?

—Por supuesto. Puedes ver las ventajas de esto por todas partes. Tú gastarás poco en joyas, vestidos elegantes y tampoco tendrás que salir a bailes que te aburren mortalmente.

—Si lo haces ver de esa manera, suena encantador. Mi vena codiciosa se soba las extremidades como mosca. Sin embargo, me preocupa el aspecto sentimental...

—Ese no será un problema —aseguró restándole importancia. Podría morderse la lengua para aguantar lo que viniera con tal de no pasar por las peripecias.

—No me convences, pero llevándote a Londres estoy seguro de que podrás ordenar tus ideas. Si todo sale bien, este conde es lo que esperas.

Ella asintió y siguió bailando con él. La noche pasó tan rápido al igual que la siguiente jornada, que ya se encontraba observando cómo sus baúles, los de su madre, Mildred y Daniel eran subidos al carruaje. Habían decidido dejar al niño para no tener que preocuparse por aquel en Londres. Frances y Robert se encargarían de los que quedaban en la propiedad. Entre ellos siempre estaban para ayudarse.

—Cuida bien a mi pequeño —pidió Mildred que abrazó a Frances para despedirse.

—Así lo haré. Cuidaré de todos aquí. Mildred, no dejes sola a Penélope, no siento que esté bien. Lo digo por su rostro pensativo. Sabemos que siempre ha sido rara, pero ahora esto se ha vuelto algo demasiado extraño. Ese prometido debe causarle mucha incertidumbre.

—Me ocuparé, Frances. Considero que son los nervios de un compromiso arreglado, espero que este caballero sea alguien bueno, que valga su decisión.

Frances asintió y dejó ir a su familia. Todos salieron a despedirlos, pues no volverían a verlos en semanas.

En otro carruaje iban los sirvientes de ellos. Diana se encargaría de las tres mujeres y Humbert, como siempre, prestaría ayuda a las damas de ser necesario, ya que, como hombre, Daniel tenía pocas necesidades.

—¿Alguien cree que todos estarán bien con Frances como responsable? —preguntó Penélope, mientras el carruaje abandonaba la propiedad.

—Su hijo no ha muerto, entonces hay que darle el beneficio de la duda —alegó Daniel, ocurrente.

—Considero que no será algo bueno para la señorita Carlington y el señor Kepler, pues a ambos los ha tratado de solterones durante muchos años, aunque ahora ella comienza a respetar más a los demás —comentó Mildred que siempre intentaba ver lo positivo en su familia.

—Lo que menos debería preocuparte es lo que haga Frances con todos en casa. Robert estará ahí, lo que significa que encontraremos esto perfectamente bien —alegó la condesa viuda—. Ahora debemos pensar en tu próximo esposo. Serás marquesa, ¿has pensado en lo que eso significa?

—Madre, recién lo conoceré. Todavía no sabemos cómo es —replicó Penélope. Su madre parecía más entusiasmada que ella misma en este asunto del matrimonio.

—¿Y qué importa cómo es? Te dará recursos. De hecho, mientras más mayor sea, las posibilidades de enviudar son altas, lo que te aseguraría darle hijos y después quedarte con ellos como tu respaldo, salvo que volvieras a casarte y ahí puedes hacerlo con quién gustes.

Los ojos del resto la observaban como si no fuesen del mismo mundo.

—Espero que no esté alentando esos comportamientos en Mildred, ni deseando que muera pronto... —pronunció lord Cholmondeley con una ceja alzada.

—Oh, no, querido, por supuesto que no. Tú eres joven y ella te ha conocido y aceptado con todos tus defectos que son muchos. Estamos hablando del caso puntual de un desconocido. Estos son los riesgos de un matrimonio por conveniencia, pero no todo es malo, ¿o sí? Es conveniente que si es viejo muriese pronto...

Daniel pareció pensar en la lógica de su suegra. Era descabellada, pero no estaba lejos de la realidad de lo que podía ocurrir.

—Lo veo bastante racional... —concluyó Daniel con una sonrisa un tanto torcida.

Ya para ese momento solo Mildred y Penélope se sentían extrañas, aquellos dos lograron congeniar la locura y eso las excluía.

Las palabras de la madre de Penélope no se le habían escapado. Parecía una locura reconfortante saber que podría rehacer su vida si todavía era joven; sin embargo, empezar su compromiso con ese pensamiento era como esperar la derrota. No estaba dispuesta a no ser feliz. Conocería a ese hombre y si ese no le agradaba iría al segundo candidato potencial. Para eso tenían otras opciones viables que, estando en Londres, podría conocer. No debía pensar en la fatalidad, no aún.

Durante el trayecto a Londres todo había sido tranquilo, se detenían cuando lo requerían las piernas y también para el descanso de todos. No podían hacer un trayecto tan largo sin al menos quedarse en alguna posada al paso.

A medida que se acercaban a Londres, los pensamientos de Penélope se volvían más intrusivos y negativos. Todo eso se debía a un cúmulo de factores que la agobiaban y el peor era el desconocimiento de su prometido. Sentía miedo a lo que encontraría.

Capítulo 5

Londres...

Edwin había tenido que abandonar las tabernas y clubes para intentar conservar su posición en la familia. Todavía no podía creer la emboscada que su propia familia le había tendido. Lo acorralaron sin compasión, de una manera premeditada y alevosa. Mientras estaba en ese baile intentando buscar algo que le agradara, se sentía miserable al recordar los rostros de suficiencia de esas personas que decían apreciarlo. Para empeorar las cosas su cuñada estaba embarazada, eso significaba un heredero, a la par él se pasaba matando sus semillas en cualquier sitio y su hermano cumplía con el propósito más importante: la herencia. Cruzaba los dedos para que fuese una niña y pudiese conservar su puesto de marqués en caso de no conseguir nada.

El aleteo desesperado de las pestañas de algunas damas lograban angustiarlo. El temor al compromiso parecía ser más fuerte que su ánimo de seguir siendo marqués. Ser el segundón no parecía una mala idea después de todo.

Sus padres también estaban en ese mismo baile y no hacían más que hablar con otras personas sobre él y decir las palabras mágicas que toda casadera codiciosa deseaba oír: «nuestro hijo busca esposa». Sentía la mirada de esas mujeres como si fuesen animales que lo rodeaban para arrojarse a su yugular y asfixiarlo. Deseaba correr, pero necesitaba a una de esas serpientes perfumadas para seguir siendo poderoso. La vida de hombre reservado no era lo suyo, él necesitaba llamar la atención con sus arrebatos. Era el alma de las fiestas, un ser extrovertido que no soportaba el encierro, que amaba ser libre y aventurero. El título era tanto una carga como un privilegio. En ese momento lo notaba mejor, pues había disfrutado de sus bondades, pero eso tenía un precio que consideraba alto.

—Querido, hemos conseguido una dama ideal para ti. Está bailando con alguien, pero sus padres ya te han incluido en su

carnet. Es de la familia del conde de Bristol —anunció su madre que se acercó a él. Lo notaba con la mirada perdida, como perro en una canoa.

—Qué agradable saber que me está ofreciendo al mejor postor, madre.

—Una dote es importante para las arcas de la familia. El dinero es poder, no lo olvides, Edwin —dijo su padre.

Cuando pensaba que su aburrimiento era mayúsculo, todavía le faltaba el baile para declararse mortalmente aburrido. No le gustaba, pero tendría que esforzarse solo por las apariencias porque sabía que eran importantes. Pese a que la mayoría sabía de sus andanzas, lo respetaban por su nombre y no por su reputación.

Cuando vio que una familia se acercaba con una joven de cabellera marrón y ojos del mismo color, no se entusiasmó demasiado, más bien estaba aterrado con la idea de tocar a una casadera virginal. Ella era bonita, pero no sentía nada al verla. No estaba impresionado, aunque aquella parecía más que entusiasmada con la idea de bailar con un marqués y futuro duque.

Él sabía que hasta su cuñada lo atraía más que esa joven y eso ya suponía algo malo de por sí. A veces pensaba que su odio desmedido hacia Coraline era causado por su elección de Ernest. Apuntó al nido, pero cazó al pájaro equivocado, mas era evidente que nunca hubiese podido existir nada entre ellos, porque Edwin no aparecía por los salones para conocer a las jóvenes promesas de la temporada. Quizá tuviese un enamoramiento por esa mujer al verla tantas veces en su casa. Además, su belleza, seguridad e inteligencia eran muy atractivos. Era una mujer destinada a un puesto alto en la aristocracia, pero se desperdició al casarse con alguien como su hermano, no porque este fuese un mal partido, sino que se dejó llevar por el poder del amor.

—Su excelencia... —pronunció la joven con una exagerada reverencia intentando congraciarse con la duquesa.

El marqués quería rodar los ojos ante lo que hacía. Le gustaba el respeto, pero aquello era una burla desmesurada para alguien a

quien le agradaba la cortesía.

—Es bueno verla, lady Louisa. Nuestro hijo se ha mostrado entusiasmado al saber que bailará con usted... —musitó el duque cogiendo la mano de la joven para besarla.

La exageración de la situación por parte de su padre le ponía los pelos de punta a Edwin. No sabía quién de ellos era peor, si sus padres o esa joven. Las mejillas de lady Louisa se tiñeron de rojo al oír las palabras del duque y eso hacía que el marqués quisiera abandonar el baile lo más rápido posible. Se sentía avergonzado.

Los ojos de la duquesa le decían que debía presentarse; no obstante, él se quedó sin habla, estaba enfadado en verdad con sus progenitores. Lady Louisa lo miraba con expectación, parecía que esperaba que fuese tan condescendiente como el resto de su familia. Si los avergonzaba no podría volver a los salones a seguir buscando alguien de su agrado, por lo que era su deber ser amable, algo que no era común en él.

—Buenas noches —saludó con una inclinación, sin pedirle su mano para dejar un beso. Ella le hizo una reverencia y después se acercó.

—Es un placer conocerlo, señoría. Me han hablado de usted, solo que decían que era inalcanzable... —comentó Louisa para llamar la atención.

—Lo sigo siendo para algunas personas —masculló sin poder atajar su mal genio dentro de su cuerpo.

Ella no se rendía. Le sonrió y pensó en otra estrategia para obtener su atención.

—La próxima pieza es nuestra...

—Supongo que sí —replicó cortante.

—¿Lleva tiempo sin bailar?

—Tanto que sus pies corren peligro junto a los míos —alegó con una molestia visible. Le dirigió una mirada a sus padres y aquellos casi tenían el corazón saliéndose del pecho por su comportamiento, porque lo merecían al colocarlo en una situación tan incómoda. Sabía que una casadera astuta solo cambiaba de táctica, nunca se

rendía y esta jovencita a su lado no sería la excepción. Llevaba demasiado tiempo alejado de la decencia, por lo que todo su alrededor le resultaba trágico en un salón. ¿Cuánto más tendría que soportar para conservar su posición?

En verdad que lady Louisa era persistente. Entendía las razones, no iba a dejar ir al pez más gordo de ese salón. Un marqués supuestamente interesado en ella no era algo que debería desperdiciar por su mal carácter. Lo importante era lograr un buen matrimonio. Dentro de toda su inmadurez, Edwin era capaz de colarse en la mente de una dama en edad casadera. Entendía las necesidades y más las obligaciones impuestas por la sociedad para ellas. No podían desperdiciar la buena oportunidad que se les presentaba. Sabía que esta joven intentaría más cosas que caerían en el vacío, pues él no estaba interesado. Era bella, pero no lo había impresionado. Si se iba a casar obligado al menos debía hacerlo con alguien de su agrado y ella no lo era y una de las razones principales para que no lo fuera era que sus padres la habían escogido.

Estaba enemistado con sus padres, tanto, que no podían viajar en el mismo carruaje. Prefería oler a estiércol que ceder ante sus escogidas. Esperaba que muchas veladas no pasaran en esa misma escasez de damas que le agradaran; sin embargo, la misma gente solía frecuentar el resto de los salones, por lo que sus esperanzas estaban basadas en una nube de nula incertidumbre. Había visto a cada dama esa noche y ninguna de ellas lo atraía de ninguna manera.

Tuvo que soportar el baile, pero no fue con una gratuidad esperada, pisó a la joven deliberadamente. Quedaría como capataz que montó por horas después de los pisotones. No tenía la culpa de que sus padres la escogieran, pero antes de que ella se ilusionara más, él cortaría el asunto de raíz. Buscaría a la siguiente y esperaba que fuese alguien que sí escogiera Edwin y no sus padres.

Esa noche se extendió la voz de que el marqués de Torton era pies de martillo. Su reputación había quedado hecha añicos en su primera noche social después de mucho tiempo. La sociedad podía

ser cruel cuando lo deseara, pero Edwin esperaba que algún día le afectara, ya que por el momento no tenía interés en que eso le hiciera daño, entonces no importaba.

Los duques estaban decepcionados por la actitud de Edwin, ya que el tiempo corría para que consiguiera su objetivo de conservar su título. Si bien, Coraline había dado la idea para que lo presionaran, pero no existía una solución real. Ernest parecía no querer asumir las funciones de su hermano, pese a estar capacitado para eso, ya que fueron educados de la misma manera y con el mismo fin. Se sentían presionados para que el heredero sentara la cabeza, pero todo parecía inútil.

—¡Vergonzoso! No tienes escrúpulos para avergonzar a tu familia, Edwin. ¡Todos creen que no sabes bailar, cuando hemos pagado los mejores preceptores para ti y Ernest! —espetó la duquesa que tapaba su rostro con ambas manos después de salir de un baile más en el que su hijo no cooperaba.

—Si me casaré será bajo mis términos. Al menos escogeré a esa mujer. Ustedes no pueden quitarme ese derecho. Sus sugerencias puede que las acepte alguna vez, pero les pido al menos que las damas que van a presentarme sean bonitas. Si van a chantajearme con esto de perder mis títulos, pues debería poder disfrutar esto sin la angustia de bailar con alguien que no encaje conmigo. Por algo no he querido esto. No existe alguien para mí. He probado a tantas que mi mente se confunde. Debo escoger una por presión y es difícil.

Sus padres notaron en él la sinceridad. En su afán de querer hacer que entrara en el camino del bien, no se habían detenido a pensar en que tenía razón al reprocharles que metieran la nariz hasta el fondo, sin pensar en sus gustos.

—Tienes razón, querido. —Su madre cogió su mano pese a su enfado inicial por la actitud de Edwin—. Lo mejor es que nos digas las características y cualidades que deseas para tu esposa. Tu padre y yo queremos lo mejor para ti. Así como tu hermano consiguió casarse con una mujer como Coraline.

—Creo que Coraline era la única que hubiese podido conmigo...

—¿Qué estás diciendo, Edwin? —increpó su padre—. No estarás enamorado de tu cuñada, ¿verdad?

—Por supuesto que no, solo digo que se casó con el hombre equivocado. No se trata de amor, se trata de conveniencia. Ella hubiese sido una gran marquesa.

Los padres de él se miraron con un gesto de negación con la cabeza.

—¿Recuerdas la cena que hicimos hace casi dos años en la que decidiste no asistir? —preguntó la duquesa.

—Sí, lo recuerdo. Es la noche en que se conocieron Ernest y Coraline.

—Pues nosotros queríamos que tú conocieras a Coraline y no tu hermano... —confesó el duque—. La escogimos porque creemos lo mismo que tú has dicho antes, solo que el destino quiso que Ernest la viera primero y que de ahí empezara un gran amor.

Edwin había creído que esa noche no había significado nada. Sabía que su hermano y su cuñada se conocieron ahí, pero no sopesó que ahí empezó todo. Siempre creyó que se enamoraron en los bailes. Ahí él se dio cuenta de que Ernest le había robado la candidata sin saberlo. Si hubiese estado ahí esa noche no sabía en dónde estaría. Desconocía si el plan de sus padres hubiese tenido el efecto deseado por ellos. Solo en esta situación tan perversa lamentaba lo que estaba ocurriendo. Ella hubiese sido ideal, pero era cosa del pasado.

—¿A qué viene esa confesión ahora?

—A que tú has confesado primero. Supongo que tu hermano sospechaba que queríamos presentarte con ella, mas tu ausencia le facilitó el camino —habló su madre.

—Eso ya no importa, ahora es una víbora que ha llegado hasta el punto de embarazarse para despojarme o, tal vez, en el mejor de los escenarios, pretenda empujarme a buscar matrimonio. Este asunto es complicado y en verdad comienzo a sentirme cansado. Les diré con exactitud lo que espero y tal vez encuentre algo. Espero que la mujer ideal esté en esta temporada.

Capítulo 6

Penélope y su familia llegaron a Londres y rápidamente se instalaron en la residencia de lord Cholmondeley. Él mismo llevaba años sin pisar aquel lugar, su vida estaba entre Derbyshire y Cheshire. No tenía nada que lo atara ahí, si estaban en ese sitio era solo por la necesidad de hacer una gestión importante.

—Esta casa es hermosa, Daniel, ¿por qué nunca nos has traído aquí? —preguntó Penélope que observaba todo con curiosidad.

—Porque mi hogar está en otro lugar. No tengo nada que hacer aquí. Si venimos es gracias a que te trajimos a conocer al candidato. Después de que descansamos le enviaré una carta a este hombre para comunicarle que estamos aquí y que podríamos coincidir en algún baile.

El corazón de Penélope amenazaba con traicionarla. Lo último que deseaba era ir a un baile y conocer personas que podrían atraerla o confundirla, prefería algo más privado.

—¿Y si lo invitas a cenar mañana? Considero que eso es mejor. Lo conoceré más a fondo aquí. En un salón de baile tal vez ni siquiera podremos conversar.

—Es una buena idea —intervino la condesa viuda.

Daniel no estaba tan seguro. El nerviosismo de Penélope la delataba. Ella estaba evitando los bailes y él lo sospechaba.

—De todas formas, Penélope, debes saber que tendrás que asistir a cenas y bailes. Él es un hombre importante dentro de los altos círculos de Londres. Querrá presentarte ante sus amistades, y yo prefiero que lo conozcas en un salón.

Enfrentar sus temores de confusión era algo muy difícil de decidir. Era una cuestión de mentalizarse que no tenía más opciones que ese hombre al que conocería, eso la ayudaría a mantener el enfoque de conseguir un esposo sin mucho esfuerzo, aunque la presión interna era impresionante. Lo hacía todo para no sufrir, pero al parecer las cosas estaban costando más porque no salían como esperaba.

Después de que Mildred y la condesa viuda fuesen a mirar la residencia para mostrar cada parte a los que nunca antes la vieron, Daniel detuvo a Penélope. La cogió de la muñeca.

—Te atrasarás un poco. Dime la razón por la que no quieres ir a un baile. Entiendo que tengas tonterías en tu cabeza, pero necesito saber a qué tipo de estupidez me enfrento —manifestó lord Cholmondeley.

—¿Y no me agrada el conde? ¿Y si me gusta otro?

—Si no te conociera creería que eres una libertina, pero como convivo contigo hace seis años, sé que son solo dudas absurdas que te asaltan. Si ese pensamiento fuese real, yo no me hubiese casado con Mildred, porque todas me hubiesen gustado. Pasará que, por supuesto, hay gente más atractiva que otros. Tú puedes ser bonita en Cheshire, pero aquí tal vez no. ¿Entiendes? Es ahí donde empieza la búsqueda emocional. Quizá este conde no sea tan atractivo como otros, pero que sea atento y divertido contigo. Escogerás lo que tendrás por el resto de tu vida. La belleza se marchita y para mí es solo un gancho temporal. La verdadera belleza radica en lo que no se ve.

Ella no dudó un segundo y lo abrazó con fuerza.

—Siempre eres un apoyo para mí y ahora me has ayudado a encontrar otra forma de enfrentar mis temores y todo sin que dé muchas pistas de lo que me ocurre.

Él se quedó petrificado, pues no solía recibir ese tipo de muestras de cariño que no vinieran de su esposa e hijo.

—Esto es horrible, hazte a un lado —masculló sacudiéndose la ropa ante la sonrisa de Penélope.

—Con esto demuestras lo que dices: la belleza está en el interior...

La joven se fue para continuar con su camino y conocer la casa que pisaba por primera vez.

En su recorrido se dio cuenta de lo afortunada que era Mildred al tener a Daniel como su esposo, un hombre rico y considerado que la trataba como una verdadera reina. Ella quería vivir algo semejante,

encontrar un caballero tan maravilloso como su cuñado. En todos esos años había aprendido a quererlo y a admirar lo que hacía, pese a que, en ocasiones, la castigara. Sabía que, de entre sus hermanas, era la favorita ante sus ojos, pero eso no la eximía de un merecido castigo por algún lapsus mental provocado por la influencia de sus hermanas.

Cuando el paseo acabó, Penélope fue a su habitación y ahí encontró su cuadro, el que estaba terminando. Le faltaban pocos detalles para ser entregado. Su cuñado había confiado en sus habilidades y eso era importante. Quería continuar con la pintura, pero su cansancio era mayor, entonces terminó rendida en la cama y solo despertó para la hora de la cena.

—Buenas noches, milady, lord Cholmondeley y los demás la esperan para la cena —comentó Diana que se acercaba con prendas limpias para cambiarla.

Penélope levantó la cabeza y después volvió a echarla en la almohada. Suspiró con fuerza y trató de moverse.

—Puedo decirle a milord que está cansada, no se enfadará.

—Se lo debo. Además, debo saber si ha enviado la carta para avisarle al candidato que estamos en Londres.

—Eso ya lo hizo. Humbert se lo entregó a un lacayo que partió hace tiempo y, no lo creerá, pero ya ha tenido respuesta que, supongo, quiere decirle en la cena.

Si seguía de esta manera, Penélope no lograría comprometerse porque no llegaría con vida a causa de que su corazón se detenía con demasiada frecuencia por todos los acontecimientos que ocurrían a su alrededor. La incertidumbre de no saber era demoledora, por lo que debía prepararse para ir y escuchar lo que Daniel tuviese que decir.

—Prepara mi ropa, debo bajar y escuchar todo...

—Milady, no es que me guste ser cotilla, pero la noto un poco extraña, como si no fuese la misma persona de antes. Está temerosa cada día, más distante de lo que le rodea.

—Pensé que nadie notaría que mis planes para casarme están siendo más difíciles, pues comienzo a tener pensamientos erráticos que antes creía que no existían, pero ahora me doy cuenta de que esos son los que crean caos en mi cabeza.

No creía que alguien llegara a notar la distancia entre ella y la realidad que la rodeaba. Los cambios que comenzaron desde su cumpleaños eran difíciles de afrontar. La teoría era una cosa, pero la práctica era muy distinta. Penélope creyó que su pensamiento podría tener ligeras desviaciones por situaciones no contempladas o quizás subestimadas por su afán de no sufrir. Eso era lo que en ese instante propiciaba su mal vivir.

—Llevo tiempo con su familia y para mí es evidente que usted ha cambiado como su hermana Frances durante esta etapa. Conseguir un esposo no debe ser algo sencillo. Espero que encuentre lo que busca y no se desvíe hacia un hombre atractivo y libertino...

Las mejillas de Penélope se tiñeron del color de la vergüenza. Las palabras de la doncella estaban destinadas a incomodarla por la indecisión que lavaba su mente con cada nuevo descubrimiento.

—Pues no estaré cerca de ningún hombre de esa clase, Diana. Deja tu cucharón en la cocina, es para la sopa y no para mi vida —advirtió avergonzada. Vio el rostro de la doncella ponerse rojo y asintió.

Una vez terminado su arreglo fue al comedor elegante de la residencia, aunque era más pequeño que el de Autum Hall, pues la familia crecía cada cierto tiempo.

—Por fin llegas. Casi me olvidaba de la cordialidad para esperarte gracias al pastel de carne puesto en la mesa —dijo Daniel, impaciente. Estaba hambriento y cuando eso ocurría estaba más irritable que de costumbre.

—Disculpen la tardanza, me he dormido más de lo debido. Mi intención no ha sido provocarte la inanición —excusó Penélope que por unos instantes recobró su curiosa forma de ser. Sentía que estaba en un ambiente bromista que había propiciado su cuñado y

ella no podía resistirse a contestar los desafíos—. ¿Qué lugar me corresponde en la mesa? —preguntó.

—Mi izquierda, ¿no lo ves o estás ciega? Solo siéntate para que nos sirvan —respondió lord Cholmondeley que hizo un gesto con la mano para que comenzaran a servir.

—Los sirvientes deberían tener cuidado de que no les muerdas un brazo, cuñado —se mofó la joven. Su hermana y su madre rieron por lo que ella había dicho.

—Tienes suerte de que no te deje sin comer y lo hice solo porque tengo algo que comentarte.

Para ese momento sus nervios regresaron y ella no sabía qué esperar. La incertidumbre estaba a la carga y al mando de su vida.

—¿Qué es lo que tienes que comentarme? —indagó fingiendo una tranquilidad que no sentía.

—Lord Monroy ya se encuentra al tanto de nuestra presencia en la ciudad. Espera conocerte mañana en una cena a la que te han extendido una invitación, pues la organiza su familia. Creyó conveniente que lo conocieras en ese momento, ya que su padre está buscando una candidata para él y tú eres su primera opción.

Sentía que se desvanecería al escuchar lo que su cuñado estaba diciendo. Al día siguiente conocería a ese hombre y también sabría si se comprometerían o no. Solo le quedaba un día por vivir en la cuerda floja. Por fin cualquier incertidumbre desaparecería. Rezaría toda la noche para que Dios se apiadara de ella y le concediera la gracia de que Rudolf Fairfax fuese un hombre entrañable que no solo fuese atractivo físicamente, sino también a nivel intelectual y de diversión. Si el Señor podía proveerle un hombre completo estaría más que agradecida.

—Me ha tomado por sorpresa. ¿Crees que tengo las ropas necesarias para vestir en la ocasión? Debo impresionar a lord Monroy.

—Si no crees tener algo digno irás mañana con Mildred y tu madre para buscar ropas que te gusten. Sé que algunas modistas del campo no están a la vanguardia de la moda londinense. Todo se

puede solucionar con hilo y aguja, para eso están ustedes que saben usar esas cosas.

—No te preocupes por nada, Penélope, te ayudaré con todo lo necesario. Daniel nos dará mucho dinero para que la modista haga los cambios en el momento, ¿no es así, querido? —curioseó Mildred que lo veía animado con su comida. En verdad estaba disfrutando su pastel de carne.

—Por supuesto. Ahora mismo puedo coger un gato y creer que es una liebre por lo emocionado que estoy por la comida. ¡Más! —exigió para que los sirvientes le dieran otro pedazo. Ese día estaba particularmente más hambriento que de costumbre, aunque su esposa no había tocado mucho de su cena—. ¿Por qué no estás comiendo, Mildred? —interrogó confundido.

—¿No me digas que no te has dado cuenta? —preguntó la condesa viuda.

—¿Darme cuenta de qué?

—Vamos a tener otro hijo... —confesó Mildred, sonriente.

Él quedó consternado al darse cuenta de que su entusiasmo por la comida no era algo normal, por supuesto, su esposa estaba embarazada y él era quien se llevaba todos los antojos posibles, pues a ella no la veía desesperada por comer. Pese a la primera impresión de la noticia, terminó levantándose de la mesa para ir y bajar una rodilla ante Mildred. Después colocó una mano sobre su vientre y con la otra tomó su extremidad para dejar un beso.

—Oh, Mildred, no puedo creer lo feliz que me haces. ¿Qué quieres que te dé como obsequio? Lo que quieras lo pondré a tus pies...

Penélope estaba sorprendida y a la vez emocionada por la noticia. No lo había imaginado. Otro niño o niña en la familia era algo emocionante. Pensar en que ella debía ser la próxima en extender su linaje era algo que comenzaba a resultarle un poco inquietante. Había estado fuera de las habitaciones de sus hermanas mientras parían a sus hijos y no era lo más agradable de escuchar. Mildred que casi era una santa parecía estar poseída por algo que

solo decía malas palabras y maldecía a diestra y siniestra. Volverían a pasar por esa etapa y sería algo terrible.

—Tal vez me conforme con carruaje más cómodo y elegante. El embarazo es tan agotador e irritante...

—Mañana mismo me pongo a ello. Las acompañaré a la modista y a hacer mis gestiones —dijo sonriente.

—Muchas felicidades para ustedes, Mildred y Daniel. Espero que sea una niña... —pronunció Penélope que fue a abrazar a su hermana.

—No queremos tus pésimos deseos, Penélope. Una niña es un problema —masculló el conde.

—Pero si es tu hija con Mildred será un problema encantador...

Capítulo 7

Al día siguiente de la revelación del embarazo de Mildred, Daniel llevó a las damas hasta la modista y después partió con la intención de gastar una fortuna en un carruaje que Mildred había pedido de manera un tanto caprichosa, pues su carruaje aún no tenía cinco años, mas comprendía que era difícil ser consentida cuando al esposo solo le faltaba conseguir lo imposible. Suspiraba al pensar que podría tener a un hombre como Daniel, que la tratara con tanto afecto y le diera todo lo que estaba a su alcance. Era su mayor deseo, pero ellos se habían casado por amor y ella lo haría por conveniencia. Esperaba que con el tiempo y su actitud el afecto llegara.

Las ropas en Londres no eran tan distintas que en Cheshire, aunque las telas sí hacían la diferencia. Penélope estaba enamorada de todo lo que sus manos tocaban. Quería lo que tenía frente a sus ojos. Era evidente que disfrutaba de lo que podía ofrecerle el dinero de su cuñado, y aquel tampoco se había vuelto tacaño con ninguna de ellas. Siempre estaba dispuesto a gastar con tal de llegar a su objetivo que era conservar su tranquilidad. Sabía que esto le costaría dinero a Daniel, pero él estaba tan extasiado con la idea de ser padre por segunda vez que no le importaba gastar su fortuna en hacer felices a todo lo que pudiera darle felicidad a su hermana.

Por horas estuvieron en la modista, probándose vestidos y ajustándolos, al igual que escogiendo lazos, sombrillas, guantes y cualquier accesorio que pudiera aumentar el valor de lo que ofrecían ante el público.

Daniel regresó a buscarlas para que fueran a almorzar en la residencia. Circular en Londres era un poco más difícil que hacerlo por el pueblo en Cheshire. Penélope estaba muy impresionada con lo que veía. Ella estuvo ahí antes, pero era pequeña para recordar. Habían ido hasta ahí por el asunto del título de su padre, no recordaba bien lo que los había llevado a la gran ciudad.

Le sorprendía ver a tantos caballeros y no sentir cosas extrañas. Eso le daba cierta confianza de que haría lo correcto al mirar a un solo hombre, a ese que sería su esposo. Muchos eran atractivos y elegantes, mas no había sentido una atracción fatal para mirarlos más de una vez, y cuando lo hacía era de reojo, para ella eso era suficiente para sacar conclusiones y concluyó que la atracción estaba ausente.

Después del almuerzo, Penélope trataba de controlar sus nervios por medio de terminar la pintura que le debía a su cuñado. El arte la ayudaba a mantenerse cuerda, al menos por unas horas hasta que fuese el momento de salir rumbo a la cena que tenían planeada para conocer al conde de Monroy. Al oír que alguien golpeaba la puerta, ella llevó su caballete hacia el biombo y lo cubrió. No quería que nadie viera lo que hacía.

—Adelante —dijo guardando sus pinturas.

—Disculpe la interrupción, milady, pero su hermana pregunta si no bajará a tomar el té —preguntó Diana.

—Lo dudo mucho, creo que con los nervios que tengo no podré comer nada.

—Su cuñado ha estado diciendo que lo mejor es que no coma porque puede atragantarse con lo extraña que está. Ha contado que usted invadió sus límites personales.

—Lo que él considera una invasión es claramente un abrazo desinteresado de su cuñada —masculló Penélope.

—Lo suponía. A veces no sé si él habla en serio, milady.

—También me confunde, pero me resigno, ya estamos acostumbradas a sus excentricidades.

Otra visita llegó a la habitación de la joven y en este caso era Humbert. Diana rodó los ojos al notarlo en la puerta.

—Excúseme, milady, pero su madre le ha enviado un par de scones con mermelada como a usted le gustan… —Humbert entró con una pequeña bandeja—. Ella dice que debe verse bien para dar a entender que existe abundancia.

—Qué hermosas palabras para insinuar lo que la condesa viuda dijo de verdad, Humbert —escupió la doncella, burlona.

—¿Qué significa eso? —cuestionó Penélope que en ese momento no hacía gala de su habitual inteligencia y suficiencia.

—Que su madre quiere que engorde. Le molesta su clavícula saliente —confesó Diana—. Lord Cholmondeley ha hecho un comentario atrevido diciendo que usted sería confundida con una percha con la ropa puesta y terminaría colgada en el armario por su delgadez.

Penélope corrió hacia el espejo de la habitación y observó su cuerpo con atención. De cierta manera había perdido peso en esos días por la angustia, aunque ella creía que estaba comiendo como siempre; sin embargo, su apetito brillaba por su ausencia en la mayoría de las ocasiones. Su clavícula era notable y eso era un indicio de que la gente creería que su situación económica no era buena.

Sin perder tiempo cogió lo que había en la bandeja y se los llevó a la boca.

—Quieren engordarla como un cerdo antes de una gran cena. En mi opinión es tarde, milady —añadió Diana—. Además, debe dejar espacio para cuando llegue el momento en que le toque degustar su pitanza.

—¿Por qué no me dijiste nada, Diana? —cuestionó la joven masticando con la boca llena.

—¿No se dio cuenta de que el vestido le bailaba al ponérselo?

—¡Por supuesto que no! —exclamó con vehemencia.

—Desde que cumplió dieciocho años no ha estado comiendo bien. Se ve delgada y pálida. No queda nada de la joven rozagante y delicada que comía los pastelillos de la cocina a hurtadillas —confesó Humbert que interrumpió a las mujeres.

—Estaba preocupada por lo que me había dicho mi cuñado. Eran varios candidatos que me tenían en vilo. No he podido pensar con claridad en las últimas semanas. No sé si lo que me espera es bueno. La incertidumbre está acabando conmigo. Esta noche es mi

esperanza de que todo se arregle y que pueda volver a dormir en paz. Daré todo de mí. —Ella siguió masticando, aunque con lentitud.

Una vez que los sirvientes se fueron, ella tenía una carga más en su mente: no quería parecer el escarbadientes de la mesa de la cena. No podía creer las indirectas que su propia familia decía para juzgarla por su peso. ¿Qué más no sabía sobre las personas que decían amarla?

Su rostro pálido, como había manifestado Humbert, se veía aún peor a través de la penumbra de la habitación mientras se arreglaba. Su cabello estaba en un elegante peinado y un lazo, su vestido era de un elegante color lavanda que gritaba con todas sus fuerzas que llegaba una debutante. Solo su palidez le resultaba un problema, pues con el chal podría cubrir esa ligera imperfección.

—Lo mejor que puede hacer es darse un par de bofetadas —dijo Diana al ver que Penélope no parecía muy conforme con el aspecto de su rostro.

—Mejor pellizcaré mis mejillas. Eso de las bofetadas suena demasiado doloroso y yo tengo el estómago revuelto con tantos nervios. Ni siquiera tengo hambre, y en estas condiciones creo que iré a beber todo el vino del salón.

—No avergüence a su cuñado, milady. Usted es una hábil bebedora, según ha dicho la señorita Carlington a los demás sirvientes. Si está ebria al menos no se notará, pero sería bueno que tuviese cuidado con los excesos.

—No enloqueceré con eso, Diana. Es solo que esto que vivo es algo que nunca he experimentado antes. Ni siquiera la incertidumbre por la muerte de mi padre me afectó tanto. Es cierto que he llorado muchas noches en medio de la desesperación, pero al menos teníamos una solución, mas ahora están en juego mi futuro y mi juicio.

—No se preocupe por eso, su cuñado se encargará de resolverlo todo. Ahora debe bajar para poder partir, su familia la espera. Le ayudaré a colocar su rostro más rozagante…

Diana comenzó a pellizcar las mejillas de Penélope con cuidado, aunque la joven hacía muecas de dolor.

—¿Cómo he quedado? —curioseó Penélope mirándose en el espejo.

—Ha quedado como recién salida de una de las sesiones de boxeo del conde en su ático…

Penélope solo achicó los ojos antes de salir de la habitación. Fue hacia las escaleras y al llegar hasta ahí vio a Daniel que sacaba su reloj del bolsillo de su frac y lo miraba esperando alguna respuesta para algo. Cuando él levantó la mirada y la distinguió, primero la miró como si quisiera reprenderla, pero enseguida se suavizó.

—Te quedan bien esos pendientes. El collar es el correcto —la halagó.

—Gracias. ¿Es cierto que has estado hablando mal de mi delgadez?

—Depende de cuál sea tu definición de hablar mal de algo…

—¿Lo de la percha?

—Hay gente que tiene la lengua larga como la de un sapo; no obstante, es cierto, aunque tengo mucho más que decir sobre eso.

—Es mejor que no lo sepa. Esto es un asunto temporal.

—¿Cómo hiciste para tener color en la cara?

—Un par de pellizcos, lo sabes. Es un secreto de toda dama que se respeta.

Pese a sus nervios, todavía podía bromear sobre algunos asuntos. Trataba de no ser consumida por la locura.

Cuando subió al carruaje, su hermana y su madre halagaron lo bien que se veía y lo adecuado que era cubrir su delgadez con una tela. En esa cena debían dejar la mejor impresión de todas. Ella solo podía asentir ante lo que le habían dicho. Su mente trabajaba con presteza para tratar de sobrevivir esa noche, la primera, lejos de Cheshire y en la que definiría su futuro. Estaba en la ardua tarea de recordar todas las lecciones que había aprendido en esos años con la señorita Carlington. Tanto sonreír, caminar, bailar, tocar un instrumento, comer, beber y casi respirar eran como un

convencionalismo social. Debía tomar esto como lo que era: la práctica real de lo que había estado estudiando, quizá sin prestarle la debida atención creyendo que eran exageraciones, pero en este punto creía que no se trataba de eso, toda su vida estaba en juego, su reputación y el nombre de su familia eran su estandarte que no podía manchar de ninguna manera.

Con los pensamientos cada vez más claros a medida que se acercaban a la residencia en donde se llevaría a cabo la cena. Al llegar, bajó con la ayuda del cochero y se colocó junto a su madre para que pudieran ir hasta la entrada. No pudo evitar fijarse en la lujosa mansión de pilares altos en color marfil y el esplendoroso jardín que se extendía hacia los lados. Todo estaba iluminado con lámparas y antorchas.

Los lacayos ataviados con elegantes libreas abrieron las amplias puertas de la residencia haciendo una reverencia para que pasaran. Ella inhaló y exhaló para poder mantener la calma y comportarse como debía. Cuando Daniel dio sus nombres al mayordomo a aquel se le iluminaron los ojos y le señaló un lugar en particular de la casa para que pasaran.

—El marqués de Monroy los espera, milord —correspondió el sirviente que le pidió con un gesto que lo siguieran.

Un hombre serio de unos setenta años estaba sentado en un sillón con una copa en la mano, observaba todo el salón con interés.

—Usted debe ser lord Cholmondeley —saludó el caballero que inclinó la cabeza.

—Buenas noches, señoría, es un inigualable placer para mi familia estar aquí esta noche. Esta es mi esposa, Mildred. Ella es mi suegra, la condesa viuda y, por último, la dama más esperada de la noche.

—Es un placer conocerlos. Ven, jovencita —llamó el marqués de conde Monroy para que Penélope se acercara.

Con el corazón en la mano caminó hasta donde él se encontraba y sonrió con nerviosismo haciendo su tan ensayada reverencia. Todos esos años de práctica deberían servir de algo.

—Es un gusto conocerlo, señoría —pronunció con una serenidad que no creyó que saliera de su boca.

—Eres más hermosa de lo que imaginaba. Tu cuñado ha olvidado un par de detalles, como por ejemplo decir que eres un ángel. Mi hijo estará encantado de conocerte. No ha hecho más que hablar de ti con su tía. Ahora comprendo tanta ansiedad…

Capítulo 8

Penélope no sabía si sentirse halagada o asustada al enterarse del entusiasmo del caballero en cuestión. No sabía con exactitud lo que Daniel le había estado diciendo sobre ella. Le sorprendía la buena imagen que tenía el anciano marqués. Por la edad del hombre creía que su hijo al menos tendría cerca de cincuenta años y eso le asustaba un poco, pues suponía que era un viejo solterón o un viudo.

—Le agradezco sus cumplidos, señoría. Espero conocer a su hijo pronto…

—Oh, no hace falta esperar mucho…

El marqués hizo que tanto Penélope como su familia giraran hacia un pasillo por donde aparecía un hombre de mediana edad con el cabello platinado y los ojos de un color extraño en compañía de una mujer con un bastón.

Por un lado, Penélope se sentía reconfortada al ver que no era alguien de mayor edad y tampoco era poco atractivo, su cabello era un poco raro, pero por lo demás le agradaba. Eso le permitió colocar una sonrisa en el rostro al verlo acercarse.

Rudolf Fairfax, conde de Monroy, se fijó en la familia que estaba acompañando a su padre. La joven que estaba frente a él era una de las damas más bellas que había visto en su vida y si tenía suerte esa mujer sería su esposa. Al menos era un alivio después de la vacilación inicial.

—Rudolf, hijo mío —llamó su padre con una sonrisa entusiasta—. Ha venido lord Cholmondeley en compañía de su familia.

La sonrisa de Rudolf parecía iluminar ese lugar. Había algo especial en él.

—Sean bienvenidos, por favor. Quisiera presentarles a lady Elizabeth Fairfax, mi queridísima tía. Ha sido mi madre desde que tengo memoria.

Las presentaciones se extendieron entre parientes del lado de los Fairfax y los Hess hasta llegar a Penélope. Lord Monroy se colocó frente a ella y tomó su mano con suavidad.

—Es un placer conocerla, lady Penélope. En la correspondencia que mantuve con lord Cholmondeley no creí que me llevaría tan grata sorpresa —articuló el conde, educado.

—Mi cuñado ha sido demasiado amable y condescendiente con sus descripciones de mí, milord. Para mí es satisfactorio conocerlo —replicó con alivio en el tono de su voz.

—Considero que, él no le ha hecho justicia en lo absoluto…

Daniel quería rodar los ojos al escuchar cómo aquellos dos querían quedar bien el uno con el otro, pero se sentía satisfecho al no ver corriendo a Penélope hacia la salida. Él creyó que quizá a ella no le agradaran las canas tan prematuras de un hombre que no era tan viejo.

—Es una joven tan hermosa, Rudolf, has sido tan afortunado. Lo mejor que has hecho en mucho tiempo es tomar la decisión de contraer matrimonio este año —lo felicitó su tía.

Cuando la mujer dijo eso y el conde de Monroy le dirigió una mirada a su tía, Penélope notó algo extraño, un vestigio de que algo no estaba bien con el hombre que podría ser su prometido. Tal vez buscaba defectos donde no los había y estaba juzgando sin conocer bien a Rudolf. Parecían unas personas amables y agradables.

—Espero que esta noche sirva para que se conozcan mejor —dijo el marqués que se levantó del sillón. Aquel era un señor de gran estatura, al igual que su hijo y la tía. Eran una familia de personas elegantes.

—Por supuesto que así será. Lord Cholmondeley, ¿me permite un paseo por el salón en compañía de su cuñada? Prometo cuidarla bien —pidió Rudolf con cortesía.

—Sí, milord. Mi cuñada estará encantada con eso… —afirmó Daniel con un destello de aprobación en su mirada que no pasó desapercibido por Penélope.

Rudolf extendió su brazo para que Penélope lo tomara y pudiesen comenzar su recorrido.

Ella no sintió nada extraño al entrelazar su brazo con el de lord Monroy. Ella creía más cosas sobre el contacto de las personas, que siempre podrían reflejar algo. Penélope sobre sentía la tibieza de la prenda que él llevaba puesta.

—Puedo responder cualquier consulta que tenga, milady… —pronunció Rudolf para iniciar una conversación.

—No quisiera ser indiscreta; sin embargo, quería saber sobre su edad… —Se sentía avergonzada al notar que su primer cruce de palabras se debía a la desconfianza sobre su edad.

Aquel caballero rio como si quisiera reconfortarla al notar su incomodidad con ese pedido.

—Tengo cuarenta y dos años. Si se pregunta por el color de mi cabello, siempre ha sido blanco en partes y rubio en otros, es una condición de nacimiento, soy una rareza, milady —confesó.

—Nunca he visto algo así. He leído muchos libros y tampoco he encontrado una semejanza.

—Es la razón por la que mi tía me ha criado con mi padre. Mi madre al verme después de nacer prefirió no tener nada que ver conmigo y tomó una decisión drástica que no solo fue abandonarme, sino también acabar con su vida.

El rostro de Penélope se puso lívido al oírlo decir aquello.

—Lo lamento… —Fue lo único que pudo pronunciar.

—No se preocupe, era muy pequeño cuando ocurrió. Eso no ha marcado mi vida.

—¿Por qué ha tenido interés en conocerme? Con su edad pudo haberse casado antes.

—No he conocido a la indicada. Es como rendirse. Cuando me ofrecieron la oportunidad de conocer a una de las cuñadas de lord Cholmondeley de las que todos hablaban, no pude negarme y me interesé.

—No sabía que las personas nos conocían de alguna manera.

—Nadie las ha visto, solo dicen que la condesa de Cholmondeley es un aliciente para convertirse en un perseguidor de la descendencia Hess.

Si que Mildred dejaba en alto la belleza de la familia. Ella era la que, sin quererlo, abrió la puerta a la oportunidad de que consiguiera un esposo por la vía adecuada.

—Me siento halagada al saber que ha puesto su confianza en una familia como la nuestra. Considero que ambos estamos aquí por la misma razón y es la de un compromiso.

El conde asintió.

—Es así, milady. Debo conversar con su cuñado para concretar esto.

—¿Está seguro de que soy lo que desea? —indagó con timidez, aunque no sin dejar de sostenerle la mirada mientras caminaban.

Un corto silencio se extendió sobre ellos antes de que Rudolf diera su respuesta.

—Sí, lo estoy —dijo al fin—. ¿Y usted?

—También lo estoy…

Trataba de mantener la conexión con él de cualquier manera. Lo oía hablar sobre su vida y la razón por la cual su padre era tan anciano. La respuesta no la sorprendió demasiado. El marqués fue un hombre que disfrutaba mucho de su soltería y de todo lo que significara nulo compromiso, aunque lord Monroy aún no le explicaba por qué él no se había casado antes, ¿por qué esperó a su edad para poder comprometerse? Aquel parecía no querer responder eso, la evadía con cuestiones similares que trataban de llenar su hueco de curiosidad, pero en lugar de eso crecía mucho más convirtiendo a su próximo futuro esposo en algún tipo de acertijo que ella necesitaba descifrar.

Dentro de esa misma cena se encontraba la familia Neville, aunque sin Edwin, pues aquel se había tomado un descanso social necesario, según sus propias palabras. Ellos habían ido con la intención de conocer a las damas que se presentarían en aquella cena importante que organizaba el marqués de Monroy para que su

hijo pudiese escoger a una mujer, ya era hora que uno de los grandes solterones de Londres sentara la cabeza.

—¿Quién es la joven a la que está conociendo lord Monroy? —preguntó Ernest.

—No es alguien de Londres, querido, pero te aseguro que esa mujer es del gusto de tu hermano. Si tenemos suerte, milord no la escogerá —alegó Coraline que no podía dejar de observar a la forastera con interés.

—Es una belleza deslumbrante, pero no sé si podría interesar a Edwin. Sospecho que es demasiado inocente para alguien tan perverso como él —opinó el duque.

—Merezco otra nuera tan hermosa, de esa manera nuestros nietos serán tan atractivos. Deberíamos conseguir el nombre de esa joven por si lord Monroy no se interesa en ella.

—Me encargaré de eso —dijo Coraline con una sonrisa. Estaba dispuesta a conseguirle una esposa a su cuñado para tener un poco de paz en su vida y debía hacerlo antes de que su embarazo siguiera avanzando o terminaría pariendo antes de tiempo por los achaques que resultaban de los encuentros caseros con aquel hombre—. Esperemos que lord Monroy encuentre a alguien que sí esté soltera y no como lady Armstrong para que deje de ser el eterno enamorado.

Coraline puso en marcha su estrategia para saber más de las personas que estaban en el salón y que habían llevado hasta ahí a esa joven tan prometedora. Era graciosa con aires de inocencia y una belleza casi incomparable. Para ella era la persona que podía dejar noqueado a Edwin.

No perdió tiempo para regresar a su familia y contar lo que había averiguado.

—¿Y bien, querida? —curioseó la duquesa.

—Es lady Penélope Hess, cuñada de lord Cholmondeley que es su tutor y heredero del padre de ella. Es algo complicado de explicar, pero no difícil de entender. Es de buena familia con una dote alta, son de Cheshire.

—Lord Cholmondeley… —pronunció el duque—. Conozco personas que hacen negocios con él y dicen que es alguien inteligente, aunque poco entusiasta para socializar.

—Pues él ha salido de su cueva para presentar a su cuñada y es la candidata para alzarse con lord Monroy. Estaban en tratativas desde semanas y a él pareció fascinarle ella al igual que a su padre y la tía —siguió Coraline.

—Cariño, has perdido el tiempo en averiguar sobre alguien que pronto se casará, no es una candidata que nos sirva para algo.

—Hasta que no se anuncie el compromiso, ella es una mujer libre de escoger y de apuntar sus ojos a un marqués. ¿Qué pasaría si voy a tentarla con eso? Pocas se resistirían a conocerlo. —La sonrisa de Coraline hablaba de que cometería cualquier locura con tal de que Edwin se comportara y tuviese una familia propia para estar en la misma sintonía. Sentía que con la nueva visitante podría tener mucho en común para conversar.

—Sería algo arriesgado. Creo que lo mejor es que le hablemos a Edwin sobre ella y dejemos que él escoja. Ya saben que la última vez se puso de mal humor porque escogimos a sus parejas y no le gustaron. Nos limitaremos a sugerir, no importa si a nosotros nos ha impresionado —concluyó la condesa que no dejaba de mirar hacia lord Monroy y la forastera.

El pasar de las horas fue para Penélope un éxito y el hambre regresó a ella esa misma noche durante el banquete. No la colocaron junto a lord Monroy, sino que lo hicieron junto a la tía de este, una posición igualmente privilegiada. Las personas se acercaban a ella y le hablaban con interés, aunque lady Elizabeth Fairfax había intervenido en un par de ocasiones con la frase: «Estoy alejando a los buitres, querida».

Estaba segura de que deseaba ese matrimonio con lord Monroy por varios motivos y uno de ellos era que, pese a que no había sentido un fuego intenso al conocerlo, confiaba en que eso llegaría con el tiempo. Le agradaba la atención que le daba y la voz suave y pausada con la que conversaba con ella. Se daba cuenta de que

sería un matrimonio tranquilo como deseaba. Con todos sus temores y dudas disipadas podía disfrutar de la noche como llevaba días sin hacerlo. El color de pelo de ese caballero no suponía un problema para Penélope, se lo había explicado y comprendió que no era un viejo intentando casarse con una joven, aunque su edad ciertamente era algo interesante, suponía que por fin estaba encontrando la valentía suficiente para contraer matrimonio. Por lo que sabía no había cortejado a nadie más en esos años, con lo cual era libre de escoger a quien quisiera.

Una vez terminada la cena, lord Monroy le pidió a lord Cholmondeley y a su padre para que lo acompañaran en privado y poder conversar sobre la primera impresión que le había dado lady Penélope Hess.

Capítulo 9

Mientras que Penélope se quedaba en compañía de su madre y su hermana, las tres fueron invitadas a unirse a varios juegos que propusieron los anfitriones para entretener a las personas. Ninguna de las tres tenía mucha habilidad para los juegos de mesa, preferían las mímicas de un gran grupo de personas que se divertían sin parar.

Penélope se dio el lujo de reír creyendo que todo estaría en orden, pues su cuñado conversaría con lord Monroy esa misma noche para saber si el compromiso se haría o no. Se sentía confiada en su futuro. Su mente había cambiado en un par de horas, de la desesperación a la calma absoluta. Por más que no tuviese sentimientos por el conde, sabía que podría ser tan feliz con él como con otro que tuviese sus mismas condiciones.

En el despacho del marqués de Monroy, Rudolf sirvió tres copas para que se distendieran mientras conversaban.

—De todos los caballeros a los cuales estudié para contactar usted es el único que lo ha hecho solo, lord Monroy —habló Daniel que sorbió un poco de la bebida.

—Le daré una razón de eso, lord Cholmondeley —interrumpió el marqués—. Mi hijo no se ha puesto en contacto por cuenta propia, sino porque yo lo animé a hacerlo viendo cómo desperdiciaba su futuro. Un amigo de usted estuvo haciendo correr la voz entre la alta sociedad que buscaba candidatos para presentar a su cuñada. Pese a que no lo conocía ni a usted ni a su esposa, aunque oí de la notable belleza de su mujer, milord. Entonces, no he decidido encaminar la vida de Rudolf. Como me ve, me estoy acabando y él no está muy lejos de terminar como yo. Debe dar un heredero que lleve nuestro nombre en el futuro. No quería perder el tiempo en…

—Padre… —interrumpió Rudolf con tono precavido.

Lord Cholmondeley sintió cierta tensión entre padre e hijo. Las sonrisas que antes adornaban el ambiente estaban ausentes. Existía algo que lord Monroy no quería que él supiera.

—No impedirás que hable —dijo el marqués con autoridad—. La verdad es que Rudolf lleva casi diez años persiguiendo a la esposa de lord Armstrong y por eso se ha negado a casarse. Es algo peligroso para mi heredero, por lo que le he pedido encarecidamente que piense en el futuro de su legado, si es eso lo que desea para su vida. Esa mujer está prohibida y lejos de su alcance.

—Me está avergonzando, padre.

—No te estoy avergonzando, estoy poniendo sobre aviso a alguien que puede entregarte a su cuñada, una parte importante de su familia. Me siento en la obligación moral de advertir sobre tu comportamiento. Cheshire será un buen lugar para que vivas con lady Penélope y olvides lo que te ata aquí. Es momento de dejar ir. La has visto, te ha gustado, entonces no hay nada que impida este compromiso.

Daniel dejó su copa sobre el escritorio y turnaba su mirada entre padre e hijo. Esto era algo que no esperaba. Todo era demasiado perfecto para ser cierto, era evidente que debía existir algo detrás y lo había descubierto sin mover un dedo.

—¿Usted no está seguro de desear desposar a alguien? No me refiero solo a mi cuñada, sino también otra mujer ajena a la mencionada por su padre, lord Monroy —musitó Daniel con un tono que no dejaba lugar a dudas que estaba defendiendo a su familia.

—No es así. Estoy listo para hacerlo. He comprendido el punto de mi padre y acepto un compromiso. Mi disposición es absoluta. Lo único que ha hecho mi progenitor es traer al presente algo que acordamos dejar en el pasado. No haré sufrir a su cuñada, es una promesa. Le doy mi palabra de que lady Penélope Hess será feliz a mi lado. Mis errores del pasado no tienen nada que ver en mi futuro.

—¿Cuál es su error? Estar enamorado no creo que sea el problema de fondo, dígalo.

—He sido su amante por todos estos años…

El cuerpo de Daniel buscaba una silla para recostar el peso de su cuerpo. Este hombre no era un libertino común, era alguien que había obrado de acuerdo con sus sentimientos, pero haciendo lo

incorrecto. ¿En qué problema involucraría a Penélope si no hablaba con ella primero?

—La verdad pensé que me encontraría con un libertino cualquiera, uno recuperable, pero si está enamorado…

—Es solo un gran capricho y lo he comprendido. De haberme amado, ella no hubiese mandado llamar al médico para que salvaran a su esposo de un ataque al corazón. —Rio sin humor—. Fue una oportunidad perdida y no hay más de esas. Pronto seré yo el que sufrirá los achaques de la edad.

—Debo hablar con Penélope. Si ella está dispuesta a tomar el riesgo, entonces celebraremos el compromiso.

—Hable con ella —pidió el marqués—. Nosotros lo esperaremos aquí.

No dudó en ir a conversar con Penélope, la buscó con la mirada y la encontró riendo de las boberías de unos extraños.

—Penélope, lamento tener que bajarte de esta nube, pero tengo un asunto en las manos que debo resolver contigo —pronunció con una urgencia extraña.

Ella frunció el ceño, aunque sin que su sonrisa desapareciera y lo acompañó hacia otro lugar.

—¿Qué ocurre? Es una noche divertida.

—Me alegro de que estés tan contenta, pero tu sonrisa puede desaparecer con lo que tengo que decirte.

—No me digas que no quiere casarse… —Al decir eso sintió que su corazón se detenía.

—No es ese el problema. Considero esto un asunto delicado, pues nuestro flamante marqués está enamorado de una mujer casada y se casará contigo porque no puede hacerlo con ella. No es un libertino común, es un amante de larga data de esa dama de la que te hablo. Contraer matrimonio con alguien así es un riesgo para tu tranquilidad.

De cierta forma, ella sintió alivio al escuchar lo que él le dijo. Con calma le dio una sonrisa antes de decirle algo más.

—Acepto casarme con él. No me ama, no lo amo. Aquí no hay nada distinto a la conveniencia. El afecto tal vez nos llegue con los años.

—Ahora soy yo el que se preocupa por tu decisión, pero si no puedo persuadirte, continuaré con esto.

La joven asintió y él regresó hacia el despacho. Eso no logró ensombrecer la paz que sentía Penélope. El asunto era algo recíproco. Si ya sabía lo que le esperaba, no existiría sufrimiento.

Regresó para seguir distrayéndose. Las copas de vino fluían a su alrededor y ella no se negaba a ninguna. Reía sin parar con su madre, la única que no perdía la compostura era Mildred que prefería no beber. Solo cogió una copa para mojar sus labios y no desentonar con el ambiente, pero le preocupaba mucho la reputación de su progenitora y su hermana. Aquellas parecían tener un agujero en la copa, apenas llegaba una y el contenido desaparecía. Comenzaba a desesperarse y esperaba que su esposo regresara pronto o iría a buscarlo.

Cuando vio llegar a Daniel no dudó en hablarle al oído sobre la situación y aquel negó con la cabeza.

—Penélope —gruñó colocándose junto a ella.

—¡Daniel! Esto es divertido —expresó señalando hacia los otros que reían tan ebrios como ella.

—Nos vamos —escupió cogiéndola del brazo—. Te despedirás de lord Monroy y de su familia. Trata de no caer frente a él, de arrastrar las palabras y, en el peor escenario, vomitar.

Mareada caminó hacia donde se encontraba Rudolf, trataba de disimular su estado. Por primera vez en días lograba recordar cómo intentar ocultar su felicidad o su abuso de bebidas. Fingió seriedad y a la vez gracia.

—Nosotros iremos a descansar, señoría, milord —se disculpó Daniel—. Todavía seguimos cansados por el viaje desde Cheshire.

—Sí, imagino el cansancio. Gracias por haber venido —replicó lord Monroy que se acercó a la mano de Penélope y dejó un beso en ella.

—Gracias por la invitación, milord. Espero volver a encontrarnos pronto —declaró ella con una reverencia.

—Así será. Procuraré que todo Londres sepa que mi prometida debe ser invitada a todas partes…

Se despidieron y salieron de la mansión rumbo al carruaje. Entusiasmada, Penélope le cerró el camino a su cuñado que tenía el semblante serio.

—¿Estás enfadado? —preguntó Penélope con incredulidad.

—¿Enfadado? ¿Debo estar enfadado?

—¿Estás siendo sarcástico?

—El alcohol te está dando sentido común. ¿Cómo no entiendes que esta cena era para que la gente te viera? ¿Y tú que has hecho? ¡Gritar a los cuatro vientos que eres una pueblerina inadaptada! No, no estoy enfadado ni estoy siendo sarcástico.

—Estás de mal humor…

—Sube a ese carruaje antes de que te suba a empujones.

—¿Están peleando? —indagó Mildred al ver que su esposo tenía el ceño más fruncido que de costumbre.

—¿Pelear? Ni siquiera sé qué es esa palabra. Esta debió ser una noche especial, pero lo único que pudo verse era la debilidad de la futura condesa de Monroy por el alcohol.

—¿Seré la condesa de Monroy? ¿Está asegurado?

—¿Es eso lo único que te importa? ¿Y tu comportamiento? —cuestionó indignado.

—¡Madre, ya tengo un prometido!

La condesa viuda y su hija se abrazaron con emoción, a la par que Mildred y Daniel se miraban. Ella quería pedirle disculpas por su familia, pero él ya sabía cómo eran esas mujeres.

—Espero que no termines todas las reservas del conde en una noche —masculló Daniel para llamar la atención de su cuñada.

—¿No puedes estar feliz? Me he quitado un gran peso de encima…

—Y me lo has colocado en los hombros, esto es vergonzoso.

—Querido… —intervino la condesa—. Es tiempo de festejar. No seas un carcamán.

—¿Carcamán? ¡Carcamán! Solo pido un poco de decencia, y que el dinero invertido en educación no fuera tirado a la basura. Prefería cuando tenías miedos y dudas, Penélope. Eras más decente.

La joven dejó de reír y puso esa mirada que intentaba usar para convencer a alguien de que era la inocencia personificada.

—Conmigo eso no funciona. Tu pedestal se tambalea, Penélope —avisó con seriedad.

—Daniel, no deberías ser tan severo. Nadie ha notado nada —abogó su esposa para salvar a su hermana.

Él llevó una de sus manos a su rostro y lo tapó antes de dar su réplica para Mildred.

—Mildred, te amo, en verdad, pero es mejor que te mantengas al margen. No has sabido controlar a estas dos. Cuando me viste lo primero que hiciste fue quejarte de ellas y sus vicios. Eres floja y dejas que te arrollen como una diligencia. Deberías ser más dura en lugar de ablandarte con esta gente a la que le pasas la mano y toman del hombro para arrastrarte a sus desastres.

—Eso es extremista. Solo estoy tan feliz y emocionada. Escribiré una carta para mis hermanas y los demás. Quiero que sepan que estoy comprometida con un hombre rico y con título. Que me envidien un poco para que sus objetivos sean altos.

—A lo que contribuye la envidia es a que en algún momento te acorralen en un pasillo y te apuñalen. Si algo así llegara a pasar, estaré del lado de tus hermanas.

Su cuñado echaba serpientes por la boca. Estaba ofendido. Sabía que era alguien que cuidaba mucho su imagen de seriedad y la de su esposa. Tenía razón en que había sido descuidada con la bebida, estaba mareada, pero no era una tonta para no comprender el punto de lo que le reprochaba él.

Cuando llegaron a casa y ella fue a su habitación, no tardó mucho en salir de nuevo antes de que Diana la atacara con preguntas sobre lo que había ocurrido en la noche. Fue hasta la

puerta de Daniel y la golpeó. Él le abrió y aquel ya estaba vestido con su camisón hasta la rodilla y un gorro, parecía un bufón.

—¿Qué quieres que no pueda esperar hasta mañana? —increpó.

—No quiero que durmamos enfadados.

—Yo no dormiré enfadado, tú lo harás con la culpa.

—Has hecho un gran trabajo, lamento mucho si lo puse en riesgo. —Lágrimas caían de los ojos de Penélope.

—Oh, no, lo que me faltaba —se quejó Daniel mirando al techo.

—Lo siento tanto…

—Estás ebria, ve a dormir —ordenó y cerró la puerta con un estruendo que hizo que toda la casa se moviera.

Capítulo 10

El marqués de Torton se despertó más temprano ese, lo hizo para la hora del almuerzo. Sus padres estaban sorprendidos de verlo antes del té de la tarde.

—Buen día —saludó Edwin mirando a su alrededor—. ¿En dónde están esos dos que parecen no tener casa propia para estar todo el día aquí?

—Esos dos, como los llamas, vinieron a desayunar y se fueron... —contestó su padre.

—Son como una plaga que arrasa todo en esta casa. No solo quieren comerse mi título, también desean devorar mi comida.

—Querido, es un día precioso para que lo empieces siendo un cascarrabias envidioso. ¿Cómo te fue ayer? —curioseó su madre.

Él bostezó antes de responder.

—Bien, bebida y un poco de opio. No mucho para que durante toda la semana pueda ver bien a las candidatas... ¿Y a ustedes? ¿Se divirtieron en su aburrida noche?

—De hecho, nos hemos divertido mucho, hijo. Hemos visto a una verdadera beldad, una flor inglesa que tú no hubieses podido resistir... —comentó su padre.

—Si es como el resto de las beldades que me han presentado es mejor perderse en un monte.

—Tu padre tiene razón, cariño. Era una mujer nueva en Londres. Dicen que lord Monroy está detrás de ella...

—¿Lord Monroy? ¿Lord Extraño? ¿El eterno enamorado? ¿El que persigue una sola falda cuando lord Armstrong cumple su servicio para la corona? La mitad de Londres sospecha que su hijo no es suyo y la otra mitad está segura.

—Al parecer ha dejado ese mal amor que sentía por esa mujer irrespetuosa de las buenas costumbres —masculló el duque—. Esta mujer es el sueño de cualquier caballero. Si mi amada duquesa me permite decirlo, de tener tu edad, estaría corriendo tras ella.

Los duques se miraban con complicidad, deseaban tentar a su hijo para que consiguiera la atención de esa joven.

—Díganme, ¿qué tiene de especial?

—Es la cuñada de un hombre serio, respetable y adinerado. Se llama lady Penélope Hess, es de Cheshire. Tiene el cabello rubio y los ojos tan azules como el mar, puedes perderte en ellos si la miras por mucho tiempo. Es vivaz, divertida y con aires de inocencia que para ti podría ser más adictivo que el mismo opio —describió la duquesa.

Edwin les entregó una sonrisa burlona. Él conocía cualquier tipo de manipulación por parte de sus progenitores. Era evidente que estaban exagerando.

—No esconda el elefante en el armario, madre, no cabe. Está exagerando. Apuesto mi vida a que es una más del montón, al menos de ese en el que ustedes tienen pésimo gusto. No creo en nada de lo que dicen.

—¿Para qué creernos a nosotros si puedes verlo con tus propios ojos? —cuestionó su padre—. Conseguiremos una invitación para el próximo evento en el que estará, esperemos que no se comprometiera, ya que lord Monroy y su familia estaban entusiasmados con ella.

—Debo regresar a los salones a buscar lo que no se me ha perdido por culpa de ustedes y de mi buen hermano y la arpía con la que se casó.

—Ellos aprueban completamente a esa joven, Edwin, ¿no te parece una señal? —inquirió su madre.

—Sí, una señal clara para huir de ustedes y sus manipulaciones. Si estoy en esta situación es porque ustedes me han desahuciado.

—No nos tengas rencor, nos agradecerás esto, querido. Como tu madre, sé lo que es mejor para ti.

Él no quería discutir con esas personas, jamás les ganaría en su propio juego. Esperaba que algún día ellos entraran al suyo y se arrepintieran de sus maquiavélicos actos.

Durante el día su madre estuvo persiguiéndolo por cada rincón donde él osaba colocar sus pies para estar tranquilo. Le decía lo encantado que quedaría con lady Penélope Hess. Comenzaba a pensar que su familia se había obsesionado con ella de una manera que antes no había ocurrido. Comenzaba a tener una gran curiosidad por conocerla.

Por la tarde, su hermano y Coraline fueron a la residencia. Saludaron a Edwin como siempre lo hacían y después se sentaron para conversar con la familia.

—Estimada suegra, hemos perdido la oportunidad de tener una compañía adicional en la casa —dijo Coraline con un suspiro de cansancio. Ella se había entusiasmado pensando en una futura cuñada que la defendería o que cambiaría la peculiar forma de ser de Edwin para que la dejara tranquila.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó la duquesa.

—Nos enteramos de que ella se comprometió anoche con lord Monroy. Es una pena que Edwin no alcanzara a conocerla —respondió Ernest.

—Con tanto que me han hablado de ella comencé a interesarme. Al parecer era lo único valioso que podía ofrecerme esta ciudad para ponerme la soga al cuello —intervino Edwin—. Lástima que esa oportunidad se haya perdido.

Quienes más lamentaban eso eran Coraline y la duquesa, porque debían seguir la búsqueda de la marquesa para que en esa casa existiera paz después de mucho tiempo.

Con el paso de los días, Edwin leyó el periódico, en donde se hablaba del compromiso más importante de la temporada social. No solo porque se casaba un solterón extraño, sino porque la dama en cuestión había impactado a muchos con su gracia y belleza. Sus padres, hermano y cuñada no eran los únicos encantados con esa desconocida, al parecer la gente en Londres también lo estaba, por eso a él se le quedaba en la cabeza la siguiente pregunta: ¿de qué se había perdido al no conocerla?

Ese cuestionamiento ya era absurdo a estas alturas, lo que le quedaba era seguir buscando, pese a no querer hacerlo. Solo una esposa haría que retuviese su herencia y su título. No dejaría sus privilegios, lastimosamente tendría que sacrificarse por ellos a través del matrimonio.

Esa noche saldría en compañía de sus padres a lo que sería una cena con un baile íntimo, algo más exclusivo. Ellos le habían recomendado buscar a una dama en un ambiente más controlado por la parte más pudiente de la aristocracia. A él no le quedaban más opciones que ir. No tenía mucho argumento para negarse.

Al llegar al salón, todo era como siempre: elegante y sofisticado. Toda una fiesta para hacer que los más tontos quedaran impresionados. A Edwin era difícil sacarle una frase halagadora sin que alguien lo mereciera. Con su copa en la mano comenzó a buscar candidatas, todas parecían tan normales que se desesperaba, hasta que, por primera vez en su vida, sentía que tenía un corazón en lugar de una roca. La dama más bella que había visto en su vida entraba al sitio con una seguridad absoluta y la gracia de un cisne.

Penélope llegaba con su familia a un nuevo baile. En este y en los anteriores se sentía mucho más segura que en el primero. Saber que estaba comprometida la llenaba de una nueva sensación de confianza, una que no había sentido al llegar a Londres. Solo le ocurrían cosas buenas desde que llegó, se sentía imparable, pues los cumplidos, las notas sobre ellas y los halagos en público no cesaban. Era un éxito en la temporada social.

Miró a su alrededor y notó que era casi la misma gente de las otras ocasiones, ese ambiente comenzaba a sentirse más familiar. Sin embargo, notó unos ojos grises que la miraban, imperturbables. Un escalofrío recorrió su espalda, erizando su piel en el camino. Su pecho subía y bajaba como si hubiese corrido contra el mejor caballo de una carrera. Nunca había sentido una mirada tan fuerte que amenazaba con desarmarla, parecía ser desnudada por aquel, pero no podía dejar de verlo, esa intensidad era abrumadora. Solo rompió el contacto porque Daniel la cogió del brazo para presentarla a más

personas. Debían esperar que llegara lord Monroy a esa velada para que estuviesen juntos, mostrándose ante los demás. Lord Cholmondeley estaba adelantando el trabajo de presentar a Penélope.

—Ven, hay muchas personas que debes conocer antes de que mi energía social se acabe —ordenó estirándola con delicadeza.

Ella miró a Daniel como si lo viera por primera vez. Sus ojos estaban tan abiertos que parecía haber visto un fantasma, tampoco podía pronunciar una sola palabra para hablar con él.

—Te ves pálida, Penélope, ¿estás bien? —inquirió su cuñado, preocupado.

—Necesito una copa —pidió como si saliera del trance en el que se encontraba.

—No te pondrás a beber como si fueses una tabernera.

—Solo una…

Él la llevó hacia la mesa del tentempié para que cogiera la copa, mientras que miraba a su alrededor. Lo que le había ocurrido a su cuñada no era algo convencional. Se había puesto protector al buscar cualquier cosa que la hubiese trastornado. De repente, notó que un caballero no podía disimular su inquisitiva mirada hacia Penélope, la estaba incomodando.

—Iré a solucionar el problema —pronunció con determinación.

—¿Qué? —cuestionó ella al no entender las palabras de Daniel.

—Que iré a arrancarle los ojos a alguien.

—¡Oh, no! No es su culpa. No es algo a lo que esté acostumbrada, es todo. Por favor, no te comportes como un caimán que no ha comido en días, no puedes atacar a alguien que no te ha hecho nada.

—Pues haremos una guerra de nervios aquí —sentenció determinado.

—¿Por qué beben tan pronto? —preguntó Mildred que los encontró ahí—. Mi madre y yo estábamos hablando de Penélope y esta nunca apareció. Debe aprovechar toda esta popularidad para tener un excelente lugar en la sociedad.

—Resolveré algo aquí y te alcanzaremos… —afirmó lord Cholmondeley que comenzó a intercambiar miradas con el hombre que no dejaba en paz a su cuñada.

Mildred y la condesa observaron hacia donde Daniel tenía la mirada fija y asesina.

Edwin no se había dado cuenta de que estaba siendo el blanco de las miradas acusatorias de los que serían familiares de la joven. Él solo tenía ojos para perderse en ella.

—Edwin, ven a conocer a las damas —mandó su madre que lo cogió del brazo.

—No quiero conocer a nadie más que a esa dama —dijo sin dejar de mirar en dirección a la joven a la que había visto por primera vez.

La duquesa se fijó hacia el sitio donde él observaba y entendió que había encontrado a la que en este momento era la mujer más prohibida de Inglaterra.

—Querido, lamento tener que decirte que ese barco ya zarpó… —alegó la duquesa.

—¿Qué quiere decir con eso? —cuestionó Edwin.

—Que es una mujer que se encuentra fuera de tu alcance.

—¿Fuera de mi alcance? —se burló y después rio—. Ninguna está exenta de caer con mis dotes.

—Cariño, puedes escoger a cualquiera de este salón, menos a ella.

Mientras más prohibido el fruto, más deliciosa era la sensación de que necesitaba probarse a sí mismo que cualquier riesgo valía la pena.

No sabía quién era ella, pero su mente exigía que la abordara sin perder más tiempo. Pocas veces era tan impulsivo y prepotente; no obstante, estaba dispuesto a volcar toda su petulancia con tal de conseguir su atención. Tenía algo que la convertía en el ser más irresistible del universo.

—Es evidente que no sabe quién es esa mujer, querida —alertó el duque al ver a su hijo con la llama de la determinación en los ojos.

—Pero le estoy diciendo que no tiene oportunidad con alguien como ella…

—¿Por qué no le dices la razón? Él no lo entenderá hasta que se lo expliques con claridad. Hijo… —llamó su padre para tener su atención.

—No quiero escuchar nada que me aleje de mi objetivo, y no me importa que me digan que tiene escondida una cola de caballo atrás, si es un animal mítico, legendario. Digan lo que digan, iré a por ella. No se salva de un baile conmigo. Es una criatura esplendorosa que no puedo dejar pasar.

—Ella es la dama a la que queríamos que conocieras, es lady Penélope Hess… —confesó su madre. No quería decirlo, pero su hijo era tan obcecado que no podía comprender las implicancias. Estaba dispuesto a obtener lo que deseaba a cualquier precio y en esto no podían detenerlo.

Capítulo 11

Con la copa de vino ella creyó que la sensación extraña pasaría y así fue. Evitaba mirar hacia donde se encontraba el individuo que la había observado de manera tan extraña. Su madre y Mildred persuadieron a Daniel para que él no se arrojara sobre el hombre para dejarlo como pan recién amasado. Le dijeron que todo Londres sabía lo hermosa y novedosa que era y que, en algunos casos, él no podría evitar que algún que otro caballero se fijara en ella irremediablemente.

Eso no solo lo tranquilizó a él, sino también a ella. Era una explicación magistral y lógica de cómo funcionaba un cerebro primitivo de un varón. Entonces, continuaron en la noche con total normalidad. Penélope esperaba que su prometido apareciera esa noche para que juntos pudieran mostrarse ante el resto o tendría que soportar el halagador asedio a su presencia en solitario.

En los días anteriores había tenido que colocarse dos medias para bailar, puesto que uno de sus zapatos le raspaba cerca del talón y la incomodidad se hacía cada vez más insoportable. Solo cuando su prometido llegaba podía descansar. Conversaban más que bailar, se estaban conociendo. Él no le hablaba sobre su pasado, suponía que con lo que Daniel le había contado era suficiente, no necesitaba más detalles. Lo importante era que Rudolf había dejado a esa mujer inconveniente.

Por un lado, creía que las cosas estaban equiparadas, porque ella todavía no sentía nada por él. Se forzaba por buscar sentimientos distintos a la amistad o el respeto. Su corazón solo latía cuando se asustaba, junto a ese hombre como su esposo, los sobresaltos serían inexistentes. Era bueno, pero como cualquier Hess que se respetara quería pelear un poco. Los matrimonios por conveniencia se sostenían por años y suponía que era porque el cariño llegaba con el tiempo, pues suponía que con el respeto no habría mucho que hacer, tal vez ni siquiera los herederos llegaran. Esperaba que

pronto comenzara a sentir algo distinto a la amistad o solo una persona agradable. Quería la misma pasión que veía en sus hermanas casadas. Penélope en verdad creía que un matrimonio conveniente debía poder darle todo lo que ella deseaba y notaba a su alrededor. No sabía si estaba apresurada por sentir o si todo esto tardaba tanto tiempo.

Varios caballeros llenaban su carnet. Si seguía de esa manera no quedaría nada de ella, ni siquiera tiempo para conversar con su prometido. Desesperada tuvo que buscar un lugar para esconderse y creyó que un pilar alejado del barullo haría que nadie la encontrara; sin embargo, vio a una figura frente a ella, una que la sobresaltó de manera inesperada.

Edwin no había dejado de perseguir a Penélope con la mirada, por lo que vio el momento perfecto para abordarla. Era un cazador y nada se le escaparía.

—Buenas noches, milady… —saludó Edwin con una sonrisa ladina en el rostro al ver que ella estaba asustada al verla.

—Es inapropiado abordarme de esta manera, caballero —espetó con un poco de petulancia en su voz.

Los ojos de Edwin destellaban desafío al oír algo tan duro de una dama tan delicada como una mariposa.

—¿Y qué quiere que haga para acercarme a usted?

—Sabe cómo son las normas. Mi cuñado es el hombre de la familia, por lo que él debería presentarnos.

—Son convencionalismos absurdos. Ya estamos aquí, ¿me negará la oportunidad de conocernos y bailar juntos?

Ella no podía creer lo que oía. Apenas podía replicar a lo que este extraño decía y aquel ya soñaba con conocerla y bailar juntos.

—Lo lamento, pero mi carnet está lleno.

—No es lo que veo. He contado la cantidad de caballeros que la han abordado y no llena el cupo.

—¿Me está espiando?

—No la estoy espiando. Esta no es su casa para creer que está entre cuatro paredes.

—No puedo creerlo…

Estaba aturdida por lo que oía. ¿Quién se creía ese hombre para hablarle de esa manera? Lo peor era saber que la mirada del principio vaticinaba lo que ocurría en ese mismo instante.

—Pues créalo. Soy Edwin Neville, marqués de Torton… —se presentó cogiendo la mano de ella sin que pudiese retirarla a tiempo.

Al sentir los labios de ese hombre en su guante sentía que se desvanecería. Esa sensación que la recorría completa era algo nuevo, inquietante, pero a la vez tan reconfortante que le parecía una locura lo que pasaba.

—Canalla… —masculló Penélope con los dientes apretados.

—Su nombre es un poco extraño. Hermoso anillo, lady Penélope Hess… —dijo Edwin refiriéndose a la sortija de compromiso que le había dado lord Monroy días atrás.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Qué pregunta más absurda. De lo único que se habla es de la fascinante joven que llegó desde Cheshire y ha deslumbrado a la sociedad con su carisma. Estoy esperando que sea carismática conmigo. Hasta ahora soy el único caballero al que está rechazando. ¿Por qué? ¿Tiene algo en mi contra?

Lo había olvidado. Era cierto que era la sensación de la temporada y de eso no podía esconderse.

—No tengo nada en su contra, señoría —confesó.

—Entonces, ¿cuál es el problema para que me conceda un baile o la posibilidad de conocerla como los otros?

—No hay ningún problema —siguió confesándose.

—Completaré su carnet.

Penélope quería replicar, pero él ya se había adueñado de todo para colocar su nombre. Este hombre era un torbellino de locura y eso era extraño para ella, los caballeros que conocía eran serios, amables, respetuosos, pero este parecía ni siquiera ser de la aristocracia por más que contara con un título de marqués, debía tener su educación bien guardada en el armario.

—He oído que se ha comprometido con lord Monroy. Mis condolencias... —habló con un tono que fingía preocupación.

Eso que él había dicho captó su atención de inmediato.

—¿Por qué dice eso?

El marqués suspiró dramáticamente.

—Todos saben que él es amante de una mujer casada cuyo esposo nunca está en Londres. Siempre cumple deberes porque pertenece a la milicia. Es un hombre joven y preparado, pero la esposa prefiere a este extraño varón de cabellera extravagante. Créame que, si lord Monroy no está aquí, estará con ella.

Las palabras del marqués eran crueles, pero le daba más rabia que la vida del conde fuese de conocimiento público y de forma tan descarada. Al parecer, ser su prometida era una desgracia disfrazada de bendición.

—¿Con qué derecho juzga a otro caballero? —inquirió Penélope, enfadada.

—La verdad no lo estoy juzgando porque no soy mejor. Soy un calavera con título, a usted solo le cuento lo que quizá no sabe, porque alguien lo omitió a conveniencia. ¿No cree que soy un hombre justo?

—No lo sé, no lo conozco.

—Pues estamos a tiempo de conocernos mejor. Recuerde mis palabras, él no vendrá porque está en otro lugar, con otra persona. Mañana le dará una excusa interesante por no haber estado hoy.

Penélope no pudo evitar que las dudas la asaltaran. El marqués no era la mejor persona que había conocido en su vida, pero parecía sincero en lo que decía.

—Disculpe, me retiro. Lo veré cuando sea el momento de nuestra pieza. Le pido que converse con mi cuñado antes de que me aborde de esta manera.

—Así lo haré.

Ambos se sostuvieron la mirada por unos segundos y Penélope se retiró. Edwin no podía dejar de mirar a la joven que se marchaba contorneando sus caderas con gracia. Ella era más de lo que él

esperaba. No solo por su belleza, sino también esa voz tan melódica y dulce que tenía. Esa era la mujer que necesitaba para conservar su título y aniquilar a Coraline. Por una vez en toda la existencia, su familia tenía razón en algo: que esa era la dama ideal para él y eso no pensaba discutirlo con nada. Estaba comprometida, pero eso para Edwin solo era un ligero contratiempo.

Ella regresó junto a su familia y no dudó en coger del brazo a su cuñado para hablarle de lo que había ocurrido.

—Daniel, he cometido un error —comentó con voz apagada, como si de buenas a primeras mereciera perdón sin que él cuestionase algo.

—Me contarás en qué te has metido después. Saluda a Derek —mandó.

Frente a ella estaba un hombre al que conocía poco. Mildred tenía más contacto con él por las visitas que hacía en la propiedad de Daniel. No era alguien que acostumbrara a visitar a las personas. Los ojos verdes penetrantes y el cabello oscuro eran su principal rasgo, sin olvidar su sonrisa descarada. Él no debía tener más de veintisiete años.

—Lo sabía, he visto potencial en cada una de tus cuñadas, Daniel. Milady, lamento felicitarla por su compromiso, pero admito que usted y yo podríamos haber tenido una historia interesante... —Él cogió la mano de Penélope y le dio un corto y respetuoso beso.

—Lord Stanley, es bueno volver a verlo. Es una pena que nos informara tan vagamente sobre el hombre que es mi prometido hoy en día. Se guardó cosas muy importantes —musitó Penélope como un reproche. Si este hombre hubiese sido menos bromista y más serio, las andanzas de su actual prometido no hubiesen sido una sorpresa. Por más que no sintieran amor, suponía que el comportamiento de lord Monroy era inapropiado considerar que aún seguía viendo a una mujer casada.

—Me temo que no sé cuál es el reclamo —musitó Derek con una sonrisa nerviosa.

—No nos ha dicho que mi prometido era amante de una mujer casada —espetó con humor sarcástico.

—Ah, eso. —Rio Derek—. Considero que todos los caballeros que deseamos casarnos merecemos una segunda oportunidad. Es cierto que, tal vez lo difamé al momento de describirlo, pero se entiende que también yo participaba de esa carrera. Intenté buscar una ventaja desleal; no obstante, ni siquiera fui considerado como candidato.

—¿Desde cuándo eres tan honesto? —cuestionó Daniel con el ceño fruncido.

—Quiero tener otra oportunidad con la que viene después. Me parece justo ser sincero, así dejaré una imagen más limpia para mi próxima postulación.

La joven no podía enfadarse con Derek, pues tenía razón en parte. Ella y Rudolf estaban en igualdad de condiciones, ambos sin sentir nada el uno por el otro, aunque le parecía injusto pensar en que aquel seguía viendo a la mujer en cuestión y que Penélope fuese fuel como un perro.

—¿Próxima postulación? —inquirió lord Cholmondeley.

—Sí, solo falta un año para Hannah. No tendré que esperar demasiado. ¿Qué crees que pedirá tu otra cuñada?

—Ni lo pienses... —masculló con seriedad para que su amigo olvidara ese asunto.

Mientras que Daniel se negaba a seguir oyendo las tonterías de su amigo, Penélope se quedó para conversar con ellos y, al final, Derek terminó convenciendo a ambos de que Penélope bailara con él una pieza. Se dispuso a completar su nombre hasta que notó uno que le resultaba extraño.

—¿El marqués de Torton? —preguntó Derek levantando una ceja.

—¿Cuál marqués? ¿En qué momento se escurrió en tu carnet? —interpeló Daniel a Penélope.

—Es sobre lo que quería hablarte —pronunció con un poco de temor al notar los ojos acusatorios de Daniel—. Ese hombre me abordó cuando me alejé de todos. No quería que nadie más deseara

bailar conmigo, porque no quedaría lugar para lord Monroy. Entonces, este caballero se acercó con premeditación, comentando que me había estado observando. Es el hombre que me miraba cuando llegamos, Daniel.

—En este mundo existen personas malas, insolentes, infames, traidoras, desleales y el marqués de Torton, un vil libertino que prefiere moverse en los círculos menos exclusivos de la ciudad para mantener su estilo de vida lascivo y lleno de concupiscencia...

Tanto Penélope como Daniel se habían quedado de piedra con la descripción que había dado lord Stanley. Aquel no era más que un paria, una alimaña social que no podía estar cerca de alguien como ella. El marqués de Torton era un «No» ambulante.

—¿Es cierto lo que dices, Derek? —indagó Daniel.

—No, pero lo de vida lasciva y llena de concupiscencia es cierta, en partes... Es un hombre rico, con muchos encantos, pero que no ha deseado contraer matrimonio. Tiene un hermano mellizo que se ha casado hace un año con una mujer hermosa. Al marqués no se lo ve en exceso, pero entiendo que algo ha hecho que este hombre emergiera de los prostíbulos y tabernas a un salón exclusivo: debe estar buscando esposa.

Capítulo 12

—¿Esposa? Eso no lo hallará con Penélope. Está comprometida —afirmó Daniel con tranquilidad.

—Puede que esté equivocado, pero ¿un compromiso asegura un matrimonio?

—Bien, es suficiente. Considero que lord Stanley ha ido demasiado lejos en esta ocasión. Me ha dicho que ha oído hablar de mí y eso es todo. Es simple curiosidad —replicó Penélope para cortar de raíz el asunto.

—No creo que esté equivocada, mas no estoy seguro. No pondría las manos al fuego por nadie, y menos por este hombre.

—Tampoco confiaría en alguien que no habla de frente con el tutor de una joven, aunque también esa dama es culpable por cruzar con él más de cuatro palabras. ¿Cuáles son esas, Penélope? —increpó Daniel.

—¿No estoy disponible? —curioseó sin saber a lo que él se refería.

—Esas son tres palabras. ¿No sabes contar? Las palabras son: «Hable con mi tutor». Son cuatro palabras que siempre evitarán que te pongas en un peligro innecesario, pero como siempre caigo en el juego de que creo que todos tienen sentido común, doy el beneficio de la duda fracasando estrepitosamente entre personas que no saben ni siquiera lo que es.

—Daniel, eres duro con ella —musitó su amigo para calmarlo.

—Aún no he sido duro con ella. La castigaré por un par de días sin salir a un baile.

Primero, Penélope quería saltar de felicidad, pero si demostraba algún atisbo de conformismo con eso, él cambiaría el castigo por uno de verdad, tal vez la hiciera bailar en el salón de su casa con los zapatos más incómodos y apretados que tenía. No podía descuidarse de Daniel.

—Eres tan malvado para castigarme de esa manera —afirmó con la mirada triste y los labios encorvados hacia abajo, como si quisiera llorar, aunque en su interior por fin tendría un descanso de tanta atención y bailes en Londres. Era un premio y no un castigo.

Ninguno de los dos caballeros que estaban junto a ella se tragaron el cuento de que se sentía mal por un castigo que aún no había sido impuesto.

—Te castigaré de una mejor manera, Penélope: iremos a un par de veladas musicales y te inscribiré para unos números.

—¡No! ¡No! —expresó lloriqueando. Si hubiera algo peor que las ampollas en los pies era pasar vergüenza ante un público extenso.

—Ahora sí he conseguido una reacción real. Esto servirá para que, a la próxima oportunidad, pongas un límite con cualquiera que desee acercarse a ti sin haber pasado por mí. Hay lecciones que debes aprender de manera forzosa.

Odiaba la suerte que había tenido en ese momento. No podía creer la crueldad de su cuñado para torturarla de esa manera y todo por solo haber conversado con el marqués de Torton, ese hombre se las pagaría al momento de bailar. Si ella sufría, él también lo haría. Aquel aprendería la misma lección con el mismo dolor.

Edwin no perdía oportunidad para seguir los pasos de lady Penélope Hess. Había oído sobre el castigo que le habían dado. El tutor era un hombre rígido al que debía ganarse de alguna forma que aún no conocía. Él no sabía tener buenas relaciones por andar preocupado en asuntos del bajo mundo. Comenzaba a pensar en lo encantador que podría ser estar en una velada musical con esa joven presente. Su locura comenzaba a tener tentáculos demasiado largos. No estaba acostumbrado a perder o ceder, por lo que creía que podría conseguir lo que esperaba, aunque con más esfuerzo de lo que había puesto en otros objetivos. Ninguno igualaba al de mantener su posición, algo por lo que no debería luchar, pues era un derecho que querían arrebatarle con artimañas, mas él decidió que saldría victorioso de una manera u otra y esa dama sería un trofeo importante que callaría muchas bocas. Era un verdadero premio.

—He conseguido un baile con lady Penélope Hess, madre. Este barco aún sigue atado al puerto. Una vez que se case habrá zarpado —anunció con convicción.

—No hagas tonterías, Edwin. ¿Por qué meterte en un problema con una mujer comprometida? ¿Quieres que lord Monroy te dé un balazo entre las cejas en una fría madrugada? —dijo la duquesa.

—Si eso llegara a ocurrir, tienen a Ernest y a su esposa, ¿no es así? El título continuará. ¿Hay algo más que pueda preocuparla?

—¡No digas tonterías, jovencito testarudo! —lo reprendió su madre—. Mis hijos son importantes para mí de igual manera. Nacieron juntos y quiero que sigan estando uno en la vida del otro, apoyándose.

—Él me abandonó por Coraline. Ella lo ha engatusado y yo no pienso negarme al placer de que alguien me engatuse y me use a su voluntad. Esta joven es tan hermosa, madre. El tono de su voz es como la fragancia más embriagadora. No puedo creer que tuvieran tan buen gusto después de haber visto las porciones anteriores.

—Es una mujer prohibida, cariño. Es lo que tienes que entender. Un baile es como un poco de agua que no se le niega a nadie, pero recuerda siempre cuál es tu posición respecto a ella.

—Tengo clara mi posición actual y la que quiero tener pronto. Habrá cambios importantes en mi vida y en la de varias personas. Algunos perderán y otros ganarán...

La duquesa comenzaba a notar destellos de locura y determinación en sus hijos mientras observaba meticulosamente los bailes de esa joven con otros caballeros. Lord Monroy no había aparecido en toda la noche. No existía excusa para que aquel hubiese faltado, dejando sola a su prometida sabiendo lo popular y hermosa que era. Aquel no sabía que más de uno buscaba que resbalara y dejara el camino libre para otros candidatos, entre ellos el mejor de todos: su hijo.

El marqués nunca fue paciente, pero ver a Penélope bailar con varios hombres lo armaron de paciencia y resiliencia para no empujar a alguno y tomar su lugar. Esperaría su turno, aprovecharía

la oportunidad para sembrar la semilla de la cizaña y con eso se aseguraría una esposa que le daría todo lo que esperaba.

Cuando llegó su turno, Edwin se sentía como un niño al que le obsequiaron su primer caballo. Tuvo tiempo de considerar qué decir para que lord Cholmondeley no lo escupiera como si se tratara de tabaco de mala calidad. No sería fácil conseguir su visto bueno para ir al centro del salón en compañía de su cuñada. Sentía que antes de que lo pusieran en la mesa debía pasar por el proceso que pasaba cualquier gallina: lo atraparía, lo bañaría en agua hirviendo, lo desplumaría y después lo cocinaría con facilidad en una chimenea del infierno. Ese hombre no tenía la apariencia de ser alguien amable, sabía que su vida corría riesgo. Sin lugar a dudas, lo correría con tal de conservar su posición y tener a la mujer más hermosa de la temporada.

Las piernas de Penélope languidecían después de cada baile. Eso no era lo peor, sino que su prometido no aparecía, por lo que cualquiera que tuviese un poco de agallas se acercaba a tantear su suerte. Gracias a Dios su carnet se había llenado, aunque ya había conseguido que un depredador la cautivara. Mientras se sentaba en una silla para acariciar sus pies, sintió que alguien tomó asiento a su lado.

—Puedo hacer muchas cosas para sanar el pie dolorido, milady —pronunció sin miramientos viéndola sobarse la extremidad.

—Mis pies solo necesitan descansar, no requieren más que eso —farfulló.

—Necesitan caricias un poco osadas para volver a bailar. Le aseguro que puedo ayudarle.

—Ajá. ¿Piensa que sigo desconociendo sobre su vida? Es un calavera, me lo han dicho.

—Sí, se lo ha dicho lord Stanley. Él no puede señalar a nadie porque no es un santo.

—Sé que no lo es. Solo me advirtió sobre que existían cosas horribles en este mundo y después estaba usted.

—Él es siempre tan sincero. Prefiero que sepan lo que soy y sepan dónde estoy antes de llevarse una sorpresa desagradable. ¿Usted sabe en dónde se encuentra su flamante prometido?

—Debió sentirse mal o tuvo algo importante.

—¿Algo importante después de la hora del té? —Edwin hizo un chasquido con su lengua, mostrándole con eso que estaba buscando sembrar la cizaña en ella.

—Pudo haber tenido una cena de último momento...

—Qué crédula. No es la mejor forma de empezar un matrimonio. ¿Sabe en dónde estaría yo si usted fuese mi prometida?

A Penélope los colores se le subieron al rostro al imaginar ser la prometida de aquel buitre. Era un hombre extremadamente atractivo, la viva imagen de lo que temía encontrar en Londres, ese caballero que podía hacerla dudar de sus convicciones. Aquel era quien, con solo una mirada hacía temblar su existencia.

—Pero cabe destacar que no somos nada y que ya estoy comprometida —retrucó con una sonrisa de suficiencia.

—Nadie está seguro hasta que llegue el: «sí, acepto», milady, aunque como veo este asunto no llegará a eso, al menos con él. ¿No siente que el mundo es injusto jugando usted del lado de la ingenuidad y él burlándose de su persona en compañía de la mujer a la que nunca dejará?

—¿Todavía quiere bailar conmigo, su señoría? —increpó en tono hostil, uno que no estaba acostumbrada a usar, al menos no en los últimos años.

—Por supuesto.

—Entonces cierre el pico, habla más que una cotorra y lo único que hace es complicarse, marearse y ofenderme con sus tonterías que nadie quiere escuchar.

Él abrió los ojos con sorpresa. La inocente jovencita defensora de su prometida tenía las garras tan largas como un lagarto. Se asustó, pero le encantó. Era ideal para una pelea con Coraline.

—Usted es perfecta... —musitó mirándola con los ojos brillantes.

Penélope frunció el ceño, pues no entendía lo que ocurría con ese hombre.

—Es un demente.

—Tal vez lo sea, pero la imagino a usted peleando con mi cuñada, lo peor que existe en el mundo son las cuñadas...

—Soy cuñada de alguien, señoría —le recordó con un carraspeo incómodo de garganta.

—Usted se vería imponente defendiéndome. Soy un hombre necesitado de una compañía determinada como usted. Por fuera dulce y encantadora y por dentro tan peligrosa como una serpiente. Mientras los colores son más brillantes, más peligroso es el reptil.

—Vaya. Sus técnicas de conquista incluyen llamar serpiente y reptil a una dama. Me impresiona su galanteo y no me sorprende que esté soltero. —Ella se puso de pie, como si no sintiera dolor. Su enfado le daba inmunidad por un momento. Debía terminar con ese baile para poder respirar con tranquilidad—. Es momento de que este trámite se agilice, su señoría. El baile tiene que ser ahora.

—Nadie jamás me había tratado como un trámite —alegó con un poco de sorpresa en su tono. Para él su título era símbolo de respeto, pero esta joven comenzaba a usarlo como un pañuelo para sonarse la nariz. Era tan desagradable, aunque a la vez fresca con la brisa de otoño. De cierta forma, agradecía tanta sinceridad por más que fuese en contra de los preceptos de la buena educación. Un hombre que había trepado sobre una mesa para intentar ahorcar a su cuñada en un arrebato de locura no era el mejor ejemplo para juzgar a nadie.

—No daré vueltas a este asunto. Yo soy una víbora y usted un mero trámite que quiero acabar. —Penélope lo miró con arrogancia. Alzó el mentón y con un movimiento de las cejas le indicó que le diera el brazo para que pudieran ir a bailar.

—¿Me aplicará la ley del hielo? No importa, sigue siendo deseada y bella. Cuando él colocó su brazo para que ella lo cogiera, quien terminó tomando eso fue Daniel.

—¿Qué tenemos aquí? Alguien que no piensa presentarse para llevar a una dama. No espero nada de una lacra —escupió Daniel.

Una sonrisa burlona se escapó de los labios de Edwin.

—Tenga cuidado de cómo me habla, caballero —dijo Edwin—. No sabe quién soy...

—Estoy más informado sobre quién es usted de lo que puede saber de mí, marqués de Torton.

Lo que había dicho no era bueno para su reputación. Edwin sabía que, si quería conquistar a esa dama comprometida, tendría que ganarse al tutor.

—Disculpe la arrogancia, en verdad no sé quién es usted —se disculpó fingiendo sinceridad—. ¿No es otro más en la lista de milady?

Capítulo 13

—Soy lord Cholmondeley, tutor y cuñado de esta joven. Nadie debería llegar a ella si no es por mí.

—Oh, milord, lo lamento. Mis más sinceras excusas por mi comportamiento. Solo pensé que quería robarme la atención de milady.

—¿No ve el anillo en su dedo? Significa que está comprometida —masculló Daniel, molesto.

—Sí, lo he notado, pero creí que podría ser de un familiar y, aunque eso no fuese así, estar comprometida no la deja lisiada, ¿o sí? ¿Cuántas veces más tendrá la oportunidad de bailar? Créame, también tengo una cuñada y sé lo que se siente. A veces son un poco temerarias…

El rostro de Daniel se suavizó al oír un punto en común con aquel hombre.

—Entonces conoce el sufrimiento —correspondió el conde que le pasó la mano a Edwin.

—A veces dan ganas de reprenderlas y castigarlas… —siguió Edwin al notar el punto débil de ese hombre.

—Ni lo diga… ¿En qué maldad lo tiene su cuñada?

Ella no podía creer lo que ocurría. En lugar de salvarla, Daniel se unió al enemigo tan rápido como llegó y solo por hablar mal de otros. Al ver que ambos reían y conversaban animadamente, Penélope se sentó de nuevo en la silla y los miró con desagrado. Cruzó los brazos bajo el pecho esperando que alguien recordara que ella era la piedra del escándalo, la razón por la que estaban ahí. Deberían estar desenfundando sus armas para algo, para defenderla o para robarla. En cambio, conversaban de desgracias.

—Claramente su cuñada es una víbora —expresó Daniel después de escuchar los relatos de Edwin—. Sin embargo, yo vivo en un nido.

—A mí no me importaría estar ahí si ellas son tan bonitas como milady… —Rio Edwin que miró a la joven.

—Ah, es cierto. Penélope sigue aquí. Querida, ve con el marqués. Te divertirás. Aprovecha para hacerlo ahora que no está tu prometido. Deberá dar una buena explicación para complacerme —musitó lord Cholmondeley—. Y usted, su señoría, ha sido persuasivo y ha sabido en donde atacar. Que tenga una buena noche.

—Ha sido un placer conversar con usted. Haré feliz a su cuñada con este baile y después la devolveré con ustedes.

El conde asintió y se retiró.

—¿Se ha dado cuenta de que perdió su turno de bailar? —curioseó la joven.

—Ha sido solo una pieza mientras su cuñado y yo conversábamos. Estábamos construyendo una relación con varias cosas en común.

—Le advierto que él tiene un mejor amigo que es mi otro cuñado, así que tiene muchas cosas de qué hablar con Daniel.

—Eso es mucho mejor. Dos personas quejándose de las mismas cuñadas. Esto es el paraíso.

—Mi cuñado debió defenderme, no arriesgarme de esta forma arrojándome a sus brazos.

—Eso suena muy bien. ¿Cuándo se arrojará a mis brazos?

—¡Sinvergüenza! —exclamó.

La pieza de fondo terminó y los bailarines comenzaron a marcharse, dejando el salón para que las próximas personas comenzaran a danzar. Edwin le mostró su brazo para que ella lo cogiera y así poder continuar con lo que tenían previsto antes de la corta pausa para conversar con lord Cholmondeley. Cuando ella cogió su extremidad y sintió su calor supo que ese era el lugar en el que deseaba estar. Nunca le había visto sentido a bailar con nadie, ni a estar en los salones. Para él era algo tan absurdo. De hecho, casarse para Edwin no significaba más que tener problemas con alguien que nunca estaría de acuerdo con sus acciones y pensamientos, es más, creía que sería comparable a vivir con su madre, entre deber y exigencias. ¿Por qué un hombre tomaba a una mujer como esposa para arruinarse la vida? Viéndola tan bella,

elegante y frágil, obtenía la respuesta sin mucho esfuerzo. Cualquiera desearía tener a alguien así en su cama, y por ese deseo se sacrificaba la libertad. ¿Valía la pena una presión perpetua? Solo lo sabría si las cosas con esta joven avanzaban más allá de esa noche.

Hicieron las venias correspondientes antes de empezar. Sus pies se movían de forma sincronizada con la música. Era algo tan ensayado que a todos les enseñaban desde pequeños, preparándolos para este momento en el cual debían encontrar a la persona ideal con la cual pasar sus años y tener una gran reputación. El matrimonio era una carta de presentación diferente a la de ser soltero, era un estatus diferente del respeto que uno recibía. Era un peldaño por encima del respeto básico por un soltero. ¿Sería posible que al casarse lo percibieran de otra manera?

—¿Ha venido a Londres a explorar o solo para comprometerse? —indagó el marqués.

—A comprometerme. Lo que menos deseaba era estar en veladas y conocer a los caballeros —confesó.

—¿Por qué no quería conocer a más personas?

—Porque deseaba un matrimonio por conveniencia. No quería escoger a nadie. No me siento capaz de hacerlo...

—¿Lord Monroy fue seleccionado?

—Sí. Es por eso que saber que no me quiere es algo correspondido. Tal vez algún sentimiento nazca en el futuro.

—Tiene mucha fe en ese proceso. Mi hermano se casó enamorado de Coraline... Ella me atraía... —confesó.

Lo que dijo el conde la dejó sorprendida. Eso era algo extraño.

—¿Está enamorado de su cuñada? Es retorcido.

—No dije eso. Me parecía bella, pero nada como usted. Puedo mirar a muchas damas, pero no puedo pasarla por alto porque no lo merece. ¿También sabe qué no merece? Estar con un hombre que no la respetará. Lord Monroy solo busca una fachada para esconder su perversidad.

—¿Y usted qué? ¿Es un santo?

—No, tengo cosas que me impulsan, por ejemplo, que me quiten el título para dárselo a mi mellizo. Él ya está formando una familia y yo no he tenido vestigios de querer hacerlo en todos estos años. Todos tenemos algo que nos motiva, ya sea por obligación o por gusto. Si quiere puedo salvarla de su destino con ese hombre. Me ofrezco a cubrir el puesto de prometido por conveniencia. Es una relación de ganar, ganar. ¿Qué le parece mi propuesta?

Estaba atónita. Esperaba cualquier cosa, menos algo semejante. Cambiar un prometido por otro no era algo que pudiera hacerse. La idea era descabellada por dónde se la viera.

—¿Ha perdido el juicio o siempre careció de él? —cuestionó Penélope asombrada por las palabras de ese hombre.

—Cualquiera de las dos opciones puede ser correcta tratándose de mí. Suena un poco demente lo que mencioné, es cierto, pero es una posibilidad. Si yo le agrado más que su prometido solo debe decirlo y conversamos sobre un matrimonio concertado.

—Su desfachatez es increíble. Nunca he oído algo similar. Estoy comprometida, felizmente comprometida, su señoría.

—¿Qué tan feliz estará cuando su esposo la deje por las noches para entrar por ventanas ajenas? Además, la gente sospecha que el hijo de esa mujer no es de su esposo, sino que es de lord Monroy. Si el cabello le hubiese salido canoso las cosas estarían complicadas. Un bastardo no es algo bueno para nadie, ni para la esposa oficial ni para la amante. No eche en saco roto mis palabras.

—Son especulaciones...

—Puedo demostrar lo que digo... —pronunció con presteza. Sembrar la duda era el principio para asegurar que esa joven dejaría a su prometido por él.

—¿Cómo cree que conseguirá pruebas?

—Tengo mis formas. No hay nada más perspicaz que los ojos de uno mismo.

Edwin no tenía pruebas, pero tampoco dudas sobre lo que ocurría entre el conde de Monroy y lady Armstrong. Era algo de conocimiento público por lo que explotar esa vulnerabilidad era lo

mejor que podía hacer. Si hacía falta seguiría a ese caballero hasta asegurarse.

—Me parece descabellado... —musitó Penélope que se negaba a creer que lord Monroy corriera a los brazos de esa mujer otra vez. Su vida corría riesgo y más si lord Armstrong era un militar.

—¿No le gustan las escapadas nocturnas? En una de esas podríamos salir a dar una vuelta por Londres cuando no pueda vernos nadie.

—No puedo creerlo. Está usted demente si piensa que saldré en medio de la noche. Soy una mujer comprometida, debería respetar eso. No puede invitarme a esas actividades. Después de acabar esta pieza, no quiero volver a verlo.

Una vuelta en el baile hizo que se separaran por un momento sin que Edwin pudiese replicar, una vez que regresó a su lado, él tenía listo lo que diría.

—¿Cree que puede deshacerse de mí? Eso lo veremos.

El resto del baile solo se miraban. Ella lo hacía con los ojos desafiantes, mientras que él no hacía más que sonreír. Estaba seguro de qué hacer para conseguir lo que deseaba. Ese compromiso era como un huevo sobre la mesa, solo faltaba un empujón para que se rompiera y Edwin sería el encargado de eso.

Por más que Penélope sintiera cierta diversión con las discusiones, no podía darse el lujo de bajar la guardia con ese aprovechado. Por más que le gustaran los debates y amaba ver correr la sangre, no podía dejarse llevar por esos vicios familiares.

Cuando acabó la pieza, hicieron sus reverencias y Edwin le ofreció su brazo para llevarla, pero ella retrocedió para no aceptar que la acompañara.

—Fue un placer conocerlo, pero aquí quisiera terminar cualquier acercamiento entre nosotros —dijo Penélope con convicción.

—Considero que lo estábamos pasando bien. Al menos deje que la lleve junto a su cuñado. Ya sabe que tenemos una buena relación.

—Ja, ja, ja... —Ella no pudo evitar la risa—. ¿Esa buena relación está en su cabeza?

—Me parece que no cree que pueda conseguir una relación con lord Cholmondeley.

—Es evidente que no. Él es inalcanzable para cualquiera. Puede que sea amable, pero no significa que pueda inmiscuirse en su vida de otra manera. No tiene más amistades que mi otro cuñado y créame, están muy enamorados el uno del otro. No hay lugar para otro más.

A él no le importaba lo que ella decía, colocó la mano de ella en su antebrazo para llevarlo.

—¿No hay una posible integración de lord Monroy?

—Mmm... Tengo dudas en ese punto. No importa que sea o no su amigo, una relación cordial es suficiente.

El marqués acompañó a Penélope hasta donde se encontraba su cuñado y la familia de ella. Le demostraría que él podría conseguir lo que quisiera con lord Cholmondeley.

—Buenas noches... —saludó el marqués con una sonrisa seductora dirigiéndose a la madre de Penélope y a la esposa del conde—. Vengo a dejar a milady. Ha sido una compañía encantadora...

—Me alegro de que divirtiera a mi cuñada —manifestó Daniel que extendió su mano para que Penélope la tomara.

Penélope no lo dudó un segundo y prácticamente corrió hacia su refugio que era Daniel, a su lado sentía que todo estaba bajo control.

—Lord Cholmondeley, me encantaría invitarlo a mi residencia. Tengo un buen whisky, de los mejores de Escocia. Mi padre, el duque de Manchester, estará contento al conocer a alguien con su valía —comentó Edwin—. Puede ser para una cena o solo una visita para hombres...

—Una visita para hombres está bien para mí. Mañana, en su casa...

La joven no podía creer que su cuñado cayera en el juego de ese sinvergüenza.

—Estaré encantado. Aprovecharemos el tiempo. Con permiso... —El marqués se despidió ante la mirada incrédula de la joven.

—¿Quién es el caballero? —preguntó la condesa viuda.

—Es el marqués de Torton y por lo que veo, en cualquier momento se convertirá en duque si tiene un padre vivo —contestó Daniel que sorbió el contenido de su copa.

—Es un sinvergüenza y no puedo creer que vayas a su casa mañana —masculló Penélope.

—¿Qué te asusta de él? ¿Que te abordara sin mi consentimiento? Tú le diste el tuyo. Hablar con las hermanas Hess sobre un comportamiento decoroso es algo que no se puede hacer con facilidad. Preferí una cita masculina en lugar de llevarlas a ustedes. No estarás a su lado, Penélope, no tengas miedo de engañar a tu prometido...

Esas palabras de Daniel la dejaron perpleja. ¿De dónde había sacado esa conclusión? ¿Qué lo impulsaba a pensar de esa manera?

Capítulo 14

El resto de la noche Penélope pasó sufriendo, con los pies adoloridos en medio de cada baile. Rezaba para que pudieran irse a la casa pronto.

Cuando llegaron se quitó los zapatos. Sentía que la planta de sus pies palpitaba como si tuviesen vida propia. El dolor era inmenso, estaban maltratados. No quería volver a salir al menos en una semana, merecía un poco de paz.

—Disculpe, milady. Esta misiva llegó hoy muy temprano —comentó Diana entregándole una carta—. Es de su prometido. Si me permite, el papel tiene un perfume de mujer...

Penélope cogió lo que la doncella le daba y antes de leerlo se lo llevó a la nariz. Sí, en efecto, tenía un aroma peculiar.

—Necesito que me ayudes a cambiarme. No puedo ponerme en pie. Los pies me están matando...

—Por supuesto, milady. Al parecer la popularidad no es algo que le venga bien.

—La verdad es que comienzo a odiar este lugar, quiero regresar a Cheshire —confesó. El marqués cambió algo dentro de ella. Esa seguridad que la acompañaba se desvaneció por las dudas y por la misma presencia de ese hombre tan imponente. Era insoportable; no obstante, algo de él la atraía, hacía que lo mirara diferente, percibiendo en su aire perverso lo que ella deseaba, la libertad de ser quien era. Lord Monroy era un verdadero caballero, pero no sentía nada, aunque pensaba en la vergüenza que pasaba al saber que muchas personas hablaban de ella y no por las razones correctas, sino porque se casaría con el eterno amante de una mujer casada. Hasta el marqués de Torton se había burlado. Se sentía tan avergonzada que no había forma de calmar su vergüenza. Si aquel que era un libertino sabía sobre las andanzas de su prometido, toda la ciudad también debía saberlo. Era el hazmerreír de la ciudad. Esa conclusión la golpeó como un puñetazo.

La doncella la ayudó a colocarse las prendas de dormir y le masajeó los pies un rato antes de retirarse.

Una vez que Diana se marchó, Penélope cogió la misiva de su prometido y la leyó.

Estimada lady Penélope.

He tenido que salir de la ciudad por asuntos que escapan de mi control. Regresaré en un par de días. Por favor, disculpe que me surgiera un compromiso de último momento, por eso no acudí al baile de esta noche.

Atentamente.

Rudolf.

—Ajá. Al menos tuvo la decencia de dejar una excusa, pero no fue suficiente para evitar la vergüenza. —Ella arrugó la carta y la arrojó al suelo. Gracias a su ausencia conoció al marqués de Torton y temía mucho lo que pudiese hacer su mente con esa información. Saber que, dentro de su locura, quería convertirla en su esposa, le daba cierto nivel de demencia a causa de la extraña percepción que tenía sobre él.

Derek había contado lo necesario, pero cuando se trataban de sus descripciones merecía la pena el beneficio de la duda para el juzgado. El marqués era un hombre guapo, divertido, vivaz y para su sorpresa, inteligente. Sí, inteligente. Si a algo le temía, aparte de encontrar esposo, era que su futuro compañero fuese un verdadero tonto. Fue torturada por el preceptor y la institutriz para que pudiese conseguir alguien preparado para su rol tanto como ella. No podía concebir conseguir alguien por debajo de las expectativas que tenía.

Los años y la experiencia de la vida de sus hermanas casada le hicieron ver que, si bien el título era primordial, la conducta y proceder del caballero era algo que no podía dejar de lado. Tal vez pudiera prescindir del amor verdadero, pero no de un buen trato, uno que hiciera que ella sonriera y que quisiera estar con ese hombre. ¿Para eso era necesario el amor o solo un buen relacionamiento?

Después de sopesar su noche decidió dormir. Estaba cansada de todo y sus pies eran una molestia insoportable.

A la mañana siguiente, ella bajó descalza. Caminaba con cuidado, pues sus pies todavía parecían tener vida propia. El cansancio era incesante y luchaba por mantenerse en pie.

—Pero ¡qué haces descalza! —La reprendió la condesa viuda, al verla de esa manera.

—Buen día, madre. No soporto los pies. Usted no tuvo que tolerar tantos bailes. Ni siquiera tuve fuerzas para pisar a la gente para que me dejaran en paz. De aquí no me sacarán ni si el mismo príncipe quiere casarse conmigo. Necesito recuperar mis pies para que no quieran independizarse de mi cuerpo.

—Oh, pobre de ti, querida. Pediré que te pongas zapatos si llegamos a tener visitas. Hablaré con Diana para que prepare agua templada para tus pies. Si lo llegaras a sumergir las cosas mejorarán para ti, pero lo primero es desayunar.

—Debí pedir el desayuno en la habitación.

—Ya sabes que tu cuñado solo aprueba eso si es una cuestión de vida o muerte o está enfadado con alguna de ustedes.

—Esto es de vida o muerte...

—Buen día... —saludó Daniel mirando los pies de su cuñada—. ¿Estás segura de que ahí hay cinco dedos? Al parecer tu rostro absorbió la belleza de tus pies y los dejó pareciendo ramitas de un árbol raquítico.

—Estoy segura de que mis pies son más bonitos que los tuyos.

—Al menos mis dedos parecen dedos... ¿Por qué no usas zapatos?

—Con suerte estoy aquí. De tanto bailar no puedo caminar y me duele. —Las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos por la impotencia que sentía.

Él se agachó para mirar sus pies maltratados y entendió que en verdad estaban mal.

—Aparte de feos son un desastre. Pediré un médico para ti. Deja de llorar que me aflojarás —espetó con molestia.

Penélope miró a Daniel con sus ojos brillantes, entonces lo oyó decir una maldición por lo bajo.

—¡Humbert! —llamó el conde con presteza.

—Diga, milord —pronunció el criado.

—Ayúdame a llevar a Penélope a su habitación. Tú la llevas de los pies, no quiero ver sus extremidades y menos olerlas, lo más probable es que estén podridas. La llevaré desde los brazos.

—Cualquiera de los dos puede llevarme —dijo con cierta diversión. Sabía que estaba metiendo a su cuñado en algo que a él no le gustaba.

—No arruinaré mi espalda por ti. Anda, Humbert, ayúdame...

Después de que la devolvieran a su habitación, su cuñado cumplió e hizo que un médico fuese a verla. Aquel le dijo que debía descansar los pies y usar un ungüento para que sus heridas sanaran.

Una vez que aquel se fue y Diana comenzó a curarla, Mildred entró a la habitación y se sentó junto a ella en la cama y le dio un abrazo cariñoso.

—Debiste hablar sobre tus heridas y de lo incómodo que era usar esos zapatos. Tendremos que buscar un buen zapatero para ti. No puedes regresar a los salones hasta que solucionemos este problema.

—Daniel me castigará con más baile por haber conversado con el marqués de Torton sin su consentimiento. Él quiere que quede lisiada.

—Dios mío, Penélope. Daniel no te haría algo así. Tal vez estaba un poco enfadado porque pisoteaste su autoridad, pero jamás querría que a ti te pasara alguna cosa terrible. Eres como su hermana pequeña...

—Él no sabe lo que es tener hermanas. Es evidente que me ve como a una mascota, quizá como a sus caimanes.

—También es cierto, pero ¿no te parece que el cariño es sincero?

¿Qué podía esperar de Mildred? Por supuesto que defendería a su esposo contra viento y marea. Él la quería como una mascota, no más que a uno de sus caballos.

—Sí, lo importante es eso.

—¿Y qué te ha parecido el marqués de Torton? Considero que fue el que más llamó tu atención anoche.

—Estoy comprometida, Mildred, no me ando fijando en otros caballeros, y menos en un libertino.

—Pues yo lo he visto muy entusiasmado contigo. Es una pena que no se pueda romper el compromiso.

—¿Por qué desearías que rompiera el compromiso con lord Monroy y más si lo terminara cambiando por un libertino?

Mildred hizo una mueca con sus labios y respondió.

—Considero que, sabiendo lo que sé, es mejor tener aventuras con mujeres con las que no se pueden involucrar sentimentalmente, antes que tener solo a una mujer a la cual jamás podrá acceder. Lord Monroy espera tapar años con un compromiso arreglado. Temo por tu felicidad y a veces pienso que casarse en estas condiciones es un riesgo para ti, para tus sentimientos, tus sueños... Ser la esposa de alguien no es solo estar en eventos sociales, es sentir, dar, recibir, amar... No quiero que te prives de eso por capricho.

—No lo entiendes. No puedo cambiar algo malo que puede terminar siendo peor. Lord Monroy ha confesado su problema y piensa resolverlo. En cambio, el marqués de Torton...

—¿Qué tienes que decir de él?

Por nada del mundo podía decirle a Mildred que ese hombre le había pedido que dejara a su prometido porque él también necesitaba una esposa en la brevedad. ¡Era una locura! Por momentos se arrepentía de estar comprometida, porque si no lo estuviera, correría a sus brazos con entusiasmo, mas debía resignarse con lo que había conseguido. Por alguna razón el marqués no estaba en la lista de Daniel.

—No tengo nada bueno que decir de él. Derek ha dicho todo lo necesario.

—No puedes creer en Derek. No ha dicho ni hecho algo verdaderamente útil. Es un tonto consagrado.

—Tu esposo no piensa lo mismo.

—A veces no sabe seleccionar sus amistades.

—Me doy cuenta. Ya sabes que hoy irá a casa del marqués de Torton.

—Mmm... Creo que él tiene intenciones ocultas. Daniel no iría si no tuviese algo interesante que escuchar.

—Te lo puedo contar. Ellos dos hablarán mal de sus cuñadas y estarán debatiéndose entre cuál de los dos sufre más. Es el resumen. Los oí ayer, ambos me ignoraron por completo el tiempo que dura una pieza campestre.

—No puedo creer que Daniel no supere esa etapa de hablar mal de ustedes. Sé que no son santas, pero merecen un poco de respeto.

Penélope se encogió de hombros. Eso era algo que no podía conseguir con rapidez, al menos no con Daniel, aquel quería tener sus propios temas de conversación.

Horas después y con los pies más aliviados, Penélope se dispuso a terminar su pintura. Faltaba una semana para el cumpleaños de su cuñado y su obsequio debía estar listo.

En la planta baja, Daniel cogía su caja de cigarros para llevarlos con él para sentarse a conversar con el marqués. Mildred lo veía con asombro. No acostumbraba a hacer eso.

—¿Por qué llevas esa caja? —cuestionó ella persiguiendo a su esposo por el despacho.

—Porque no sé si sus cigarros me gustarán. Le diré a Humbert que me busque si quedo en mal estado para venir por mi cuenta.

—¿Te estás oyendo? ¿Por qué crees que volverás mal?

—Cariño, iré a la casa de un hombre cuya reputación es indudablemente mala, aunque no tanto; no obstante, no significa que vayamos a beber té. Llevo tiempo sin beber hasta perder el conocimiento.

—Lo único que te pido es que no te mueras.

—No moriré.

—¿Cuál es la razón por la que irás a casa de ese caballero? No tienes motivo alguno.

—Hay algo en él que me recuerda a mí. Además, es mejor tener a todos los caballeros interesados en Penélope muy cerca para estar preparado y que no le tomen por sorpresa en esta ocasión, como ocurrió con Frances. Soy un perro viejo, pero que puede aprender trucos nuevos.

Daniel se acercó a su esposa y le dio un beso tierno en los labios.

—Prepárate para la noche, me encanta estar contigo cuando estás embarazada...

Ella se sonrojó y dejó ir a su esposo. Mildred sabía que aquel tenía algo bajo la manga y no era con exactitud lo que había dicho su hermana. Quizá eso fuese una excusa, pero había más que ver en ese par de hombres que se encontrarían.

—Búscame tarde en la noche en casa del duque de Manchester. Tengo un par de cosas que conversar con su hijo —mandó Daniel a Humbert.

—Sí, milord. Si me permite, ¿quién es ese hombre?

—Es el caballero que Penélope quiere como esposo.

—Pero milady está comprometida.

—Lo sé. Quiero saber hasta donde llegan los escrúpulos de su señoría.

Capítulo 15

Edwin anunció en su residencia que tendrían la visita de lord Cholmondeley. Sus padres, al igual que su hermano y su cuñado, habían quedado perplejos. No sabían con qué objetivo él había invitado a ese conde a la casa si su cuñada estaba comprometida.

—¿Te atreverías a tocar a una mujer comprometida? —increpó Coraline, sorprendida.

—Por supuesto. Tengo grandes posibilidades de conseguirla. Por fin ustedes han tenido un buen ojo para algo —replicó Edwin con un extraño brillo en los ojos.

—No creo que lord Cholmondeley te dé la mano de su cuñada en matrimonio si la ha comprometido con otro caballero —musitó Ernest con dudas.

—¿Necesito el permiso de alguien para seducir a una joven comprometida? Yo creo que no...

—No digas tonterías. Solo te estás regodeando por haber conseguido que lord Cholmondeley viniera a la casa. No te asegura un puesto en su familia —alegó el duque con incredulidad.

—Hasta que no los declaren marido y mujer, milady es soltera y está disponible. Además, con la reputación de lord Monroy como el eterno enamorado de una mujer casada, me otorga una ligera ventaja.

—Ajá. ¿Y tu reputación en qué estado se encuentra, querido? —curioseó su madre.

—Ese es un golpe bajo, madre, pero le responderé. Usted sabe que, si bien he sido un hombre desorientado en los últimos años, no he hecho algo que me afecte públicamente. Por lo que, me ven como un caballero que es un excelente candidato a esposo. La gente ama más a un libertino que a un joven bien portado.

La familia lo miraba con una mezcla de razón e incredulidad. Por un lado, era cierto que su reputación estaba mejor posicionada que la del actual prometido de la joven en cuestión y, de cierta manera,

también era razonable lo que dijo sobre los libertinos. Las damas a veces buscaban un poco de emoción en el matrimonio y era evidente que un calavera era la opción ideal.

—Me preocupa que termines metiéndote en un problema, Edwin. ¿Y si lord Monroy te reta a un duelo por intentar robar a su prometida? —cuestionó su padre, preocupado.

—Es cierto. El opio ha consumido parte de su pensamiento sensato y el alcohol ha acabado con la otra parte —manifestó Coraline, burlona.

El marqués respiró con fuerza para no perder la cordura. Esa mujer lograba desquiciarlo.

—Ernest, después no te quejes de que soy un mal hermano cuando en cualquier momento la ahorque.

—No ha dicho nada descabellado, hermano. Dudamos de tu estado mental por todas las cosas que has estado consumiendo. Es probable que esta situación de robar a alguien sea consecuencia de tus excesos… Admite que es peligroso —pidió Ernest.

—Es cierto, es peligroso. Si me muero Ernest hará lo posible por llevar todo a buen puerto, está preparado, muerto no me servirá el título. Por un lado, eso acabaría con la carga de buscar esposa, pero a un costo elevado. Prefiero no pensar que las cosas irán por ahí. Considero que puedo matar a lord Armstrong, dejar viuda a la mujer, lord Monroy se casa con ella y lady Penélope Hess queda libre… ¿Qué les parece esta parte de mi plan?

El rostro horrorizado de sus parientes decía mucho sobre la respuesta a esa pregunta. Era evidente que la locura estaba consumiendo al marqués de Torton.

El sirviente de Edwin se acercó a ellos que estaban sumidos en un silencio profundo con las caras pálidas, como si hubiesen visto a un fantasma.

—Disculpen la interrupción. Su señoría, lord Cholmondeley ha llegado —comunicó con incomodidad.

—Hazlo pasar. Le presentaré a mi familia.

Cuando el sirviente se retiró, Edwin dio unas palmadas para que aquellos despertaran de su estupefacción.

—Espabilen, familia. Hay alguien importante en camino —mandó poniéndose de pie para recibir al hombre interesante.

—Buenas noches… —saludó Daniel que se encontró con toda la parentela del marqués.

—Sea bienvenido, lord Cholmondeley. Le estaba hablando a mi familia sobre usted.

Comenzaron con la presentación de los padres de Edwin, después con el mellizo que se parecía demasiado al marqués y por último a la cuñada de la discordia. Daniel la comparó de inmediato con Frances, pues al parecer tenían la misma edad. Por todo lo que había oído de ella debía ser tan encantadora como la culebra que cuidaba la casa de Cheshire en su ausencia.

—Es un verdadero placer conocerlos a todos —musitó Daniel, condescendiente.

—Es una pena que no trajera a su esposa y su suegra, milord. Nos hubiese encantado conocerlas —manifestó la duquesa.

—Ellas estarán encantadas de tomar un té con usted y su encantadora nuera. —Lord Cholmondeley les entregó una sonrisa encantadora, una que había perfeccionado con los años para no parecer cascarrabias al momento de buscar candidatos para sus cuñadas. Todavía no podía creer que hubiese caído tan bajo.

—Venga conmigo, lord Cholmondeley. Mi padre y mi hermano nos acompañarán si quieren unirse a nosotros.

La curiosidad consumía al duque y a Ernest, querían saber cómo Edwin abordaría lo que le importaba. No pudieron resistirse y fueron hacia la biblioteca que era un lugar enorme, lleno de libros, obras de arte valiosas y muchos asientos.

Al poco tiempo comenzaron a conversar sobre las actividades y la fortuna de uno de ellos. Mientras hablaban de eso, el whisky se servía para que pudiesen entrar en calor. Las ideas de hacer negocios juntos empezaron a salir. Después hablaron de política y esta vez intercambiaron cigarros, pues la familia de Edwin quería

probar lo que había llevado el conde y Daniel deseaba intercambiar los suyos por algunos de los que tenía el marqués.

Cuando las copas comenzaron a llenarse con más frecuencia, el asunto cambió a algo familiar, iniciando con Penélope y su compromiso. Pese a que las conversaciones anteriores fueron entretenidas, Edwin quería llegar a este punto.

—¿Cómo se encuentra su cuñada? Ayer la vi sufriendo un poco —comentó Edwin.

—Oh, la pobre Penélope ha recibido la visita de un médico…

—¿Qué le ha pasado? —inquirió el marqués de inmediato. Casi saltó de su asiento para zarandear al conde para que le respondiera con rapidez.

—No se preocupe, no ha sido nada grave. Admito que he sido un tutor imprudente al dejarla bailar con tantas personas. Sus pies no lo soportaron. Tal vez quisimos aprovechar su popularidad para que la gente la conociera. Anoche no esperamos que su prometido faltara, pero él lo hizo, aunque dejó una excusa de tener que salir de la ciudad cuando llegamos a casa y ella leyó su misiva.

—¿Quién se atrevería a dejar a milady de esa manera? Me parece imperdonable. Lamento decirle que lord Monroy no es la mejor persona del mundo para comprometerse con ella. Considero que sabe a lo que me refiero —dijo Edwin deseando sembrar la semilla de la duda en Daniel.

—Sé de lo que habla. Le pregunté a Penélope si estaría dispuesta a tolerar lo que sabía de lord Monroy y aceptó encantada. Creyó que no sería un problema mayor.

—Todavía está a tiempo de que este compromiso se rompa…

El duque golpeó a Ernest en el brazo para que ambos salieran de ese lugar. Consideraba que estaban sobrando en esa conversación.

—Nosotros iremos a traer algo más para comer —musitó el duque que se levantó un poco mareado después de tantas copas y charlas. Su hijo Ernest todavía soportaba un par de copas más, pues como antes siguió los pasos de su hermano, su tolerancia a la bebida era fuerte.

Daniel agradeció que ellos se fuesen y pudiesen quedar a solas.

—¿Por qué quiere que este compromiso no prospere? —inquirió lord Cholmondeley con curiosidad.

—No tengo una explicación razonable… —confesó el marqués.

—Usted es un libertino como cualquier otro.

—¿Usted también lo fue o no?

—En menor medida, pero es cierto.

—Necesito una esposa…

—Como cualquier otro hombre. Pensé que no tenía una explicación.

—Dije que no tenía una explicación razonable, no que no tuviese explicación alguna. Milady me ha resultado fascinante y lamento no haber estado en su primera noche en Londres. Fui invitado, pero decidí dejar los salones por ese día por agobio.

—Entiendo que buscar esposa es agobiante. ¿Desea una esposa o lo están obligando?

—Siempre ve más allá que cualquier cosa, lord Cholmondeley. Me están presionando o me sacarán el título. Se preguntará la razón por la que entre tantas damas me he fijado en su cuñada y, ante eso, solo puedo decir que es la única que me ha gustado entre toda la amplia gama de mujeres con las que he bailado en las últimas semanas. Ir a un baile es deprimente y más para ver las mismas caras de siempre.

—La situación es complicada, señoría. He dado mi palabra para este compromiso, Penélope está conforme y dudo que lord Monroy quiera dejar ir a su bella prometida, pues ha indicado que claramente ella le agrada.

—Pero usted y yo sabemos que no más que lady Armstrong. Puedo sonar como una rata despiadada y tal vez lo sea, pero lady Penélope estaría mejor conmigo porque yo solo velaré por ella.

Lord Cholmondeley quería dudar del marqués, pero notaba en él aquel brillo de locura que solo la determinación por una dama podía dar. También se sentía identificado con este libertino por cuestiones que quizá estuviese romantizando, pero en parte le recordaba a su

yo del pasado, de aquel que dio pie a su matrimonio; sin embargo, Daniel sabía que estaba obligado por su palabra y no podía dar marcha atrás con el matrimonio de Penélope, pese a que sabía que sería mucho más feliz con este hombre que con el otro, porque lo notaba en sus ojos, podía notar que necesitaba esa belicosidad para estar tranquila, mas suponía que su próximo esposo le podía dar muchas más razones para enfadarse porque tenía muchas posibilidades de que tuviesen una tercera en discordia al menos los primeros años del matrimonio.

—¿Qué nos queda, señoría? Como caballero sabe que sin mi palabra no soy nadie. Deberá conformarse con saber que es probable que mi cuñada le corresponda, pero no puedo romper este compromiso, salvo…

—¿Salvo? Esa palabra puede dar mucha esperanza, lord Cholmondeley, debe tener cuidado al pronunciarla…

—Salvo que, como le dije, el mismo lord Monroy quiera romper esto y usted recoger lo que él ha dejado.

—Tendré paciencia, sé que esto no va a durar mucho —afirmó Edwin, confiado. Lo que tenía en mente era forzar la ruptura lo más pronto posible—. ¿Para cuándo sería la boda?

—Todavía no hay fecha. Su señoría, tenga cuidado con lo que haga. Usted me agrada, me identifico con su demencia situacional, pues mi esposa la produjo en mí, aunque mi situación tal vez fuese más sencilla que la suya.

—De todas maneras, puede contar conmigo como un amigo. Sé que quizá iniciamos esto de forma incorrecta con mi petulancia.

—Tiene razones para ser petulante. Es un marqués, pero yo jamás me dejo pisotear, tal vez solo mi esposa tenga ese poder. Créame, las damas Hess tienen mucho poder.

—No lo dudo ni un instante, su cuñada me hipnotizó.

El hermano de Edwin y el duque consiguieron más comida y regresaron a la biblioteca en donde continuaban bebiendo y fumando como si no hubiese mañana.

Cuando llegó la hora de retirarse, Daniel fue llevado por Humbert hasta el carruaje en pésimas condiciones. Llevaba muchos años de no ver al conde tan ebrio y contento. El padre y el hermano del marqués no quedaron mejor que Daniel, ellos se habían quedado dormidos en el suelo en posiciones poco ortodoxas, mientras que Edwin todavía podía articular frases completas. Era la ventaja de sus fiestas nocturnas.

Al pasar la puerta de su casa con Humbert, Mildred miró el estado lamentable de su esposo.

—¡Oh, Daniel! —exclamó viendo cómo su sirviente parecía arrastrarlo escaleras arriba, mientras ella se apresuraba.

—Qué hermosa eres, querida… —pronunció con una sonrisa alocada—. No recuerdo haber bebido tanto en mucho tiempo. ¡Ten cuidado por un demonio! —gruñó a su sirviente que por accidente lo golpeó contra el marco de la puerta.

—Tienes malas compañías. No me gusta ese marqués —espetó Mildred cerrando la puerta tras de sí.

Capítulo 16

A la mañana siguiente, Penélope se levantó de la cama con los pies un poco menos maltratados que el día anterior. Deseaba saber cómo le había ido a su cuñado.

Bajó las escaleras con cuidado para desayunar con la familia, pero al llegar al comedor encontró a su madre y a Mildred. El lugar de Daniel estaba vacío.

—¿Qué ha pasado? —inquirió señalando el asiento de su cuñado.

—No puede resucitar. No es tan joven como antes. Ese marqués de Torton es una pésima compañía para él —replicó Mildred, enfadada.

—¿Llegó muy mal anoche?

—Sí, irreconocible. Desde que lo conozco no ha bebido tanto… —confesó su hermana con preocupación.

—Considero que solo ha festejado su cumpleaños antes de tiempo. Ya saben que solo faltan cuatro días —dijo Penélope para que Mildred no se preocupara, pues estaba embarazada y cualquier cosa mala podría ser dañino para el bebé.

—Es cierto, Mildred, no te agobies. Además, es solo un día. Sabes todo lo que ha tenido que pasar para encargarse de nosotras. Merece un poco de paz… —sugirió la condesa.

—Es cierto. Debe sentirse tan presionado por nosotras… Mi pobre esposo…

Penélope giró los ojos, pues sabía que su cuñado era una verdadera víctima de la vida al tratar con ellas, pero Mildred abusaba con amor ciego y meloso que sentía por él. Envidiaba ese afecto tan sincero de ella para Daniel y ella esperaba sentir eso alguna vez; sin embargo, lo único que tenía era un prometido con el corazón comprometido con una mujer prohibida. Las posibilidades de que le hiciera caso en algún momento eran pocas, pero no nulas.

En medio del desayuno, Diana entró corriendo al comedor y miró a Penélope con los ojos brillantes.

—Disculpen la interrupción —se justificó Diana con una sonrisa cómplice—. Un lacayo ha venido con un presente para lady Penélope.

Las damas se miraron entre ellas sonrientes.

—Debe ser de lord Monroy. Debe ser para disculparse.

—Dice que lo dejará con una carta —continuó.

—Entonces, ¿qué haces aquí? ¡Ve a traernos eso! —mandó Mildred, emocionada, sin dejar de mirar a su hermana.

La joven sospechaba que se trataba de un obsequio de lord Monroy. No estaba tan sorprendida con eso. Cuando vio a Diana trayendo aquello, sonrió y lo cogió. Los ojos alrededor la presionaban para que lo hiciera en público, incluso la doncella seguía ahí, animándola con un par de miradas ansiosas.

Abrió la cajita y dentro había un par de aretes de zafiro con diamantes incrustados alrededor de él.

—¡Lord Monroy sabe pedir disculpas! —exclamó la condesa viuda con alegría.

Diana le dio la carta a una impresionada Penélope. No creyó que le enviaran algo tan valioso. Todavía no podía digerir esto en medio de los pedidos ansiosos de los demás. Cuando abrió el papel, comenzó su lectura.

Estimada lady Penélope Hess.

Me siento agradecido por poder enviarle este presente sencillo ante su convalecencia. Me encantaría reducir su dolor con unos pies nuevos, pero siendo un hombre poderoso, también tengo mis limitaciones.

Suyo.

Edwin Neville, marqués de Torton.

Su rostro palideció al darse cuenta de que ese presente no venía de su prometido, sino del hombre que pensaba que era tan sencillo cambiar de pretendiente como si fuese un zapato inservible. Estaba impactada. Su palidez cambió rápidamente para convertirse en un sonrojo que más indicaba halago que vergüenza.

—Este obsequio no es de mi prometido, es del marqués de Torton…

La sorpresa no se hizo esperar en el rostro de las personas que se encontraban ahí. Sus sonrisas vacilaban sin saber qué agregar.

—Qué incómodo recibir algo de un hombre extraño —confesó la madre de Penélope con una sonrisa forzada.

Mildred no sabía qué decir, solo podía observar con cierto recelo aquel presente, pues ella no estaba acostumbrada a esas cosas tan extrañas.

—Bien… —pronunció Mildred, confundida—. Deberíamos hablar con Daniel para saber si puedes conservar esto o se podría ver mal para una mujer comprometida.

—Por supuesto que me quedaré con los aretes y me los pondré la próxima vez. Y, además, agradeceré el gesto con una carta —comentó Penélope con determinación.

—Deja que lo converse con Daniel. Es su palabra y su reputación las que están en riesgo. Recuerda que tienes más hermanas —pidió Mildred.

Por un segundo, la mente de Penélope se nubló. No creía que en algún momento de la vida pudiese escuchar esa frase tan cruel que fomentaba el sacrificio en lugar de la verdadera felicidad. Mildred la oyó, Frances también lo hizo y ahora era su turno de sufrir la crueldad.

—Yo hablaré con Daniel —aseguró Penélope—. Sé que eres su esposa, pero es mi tutor y lo que me concierne lo hablaré con él sin tu intervención. Hannah y Alethea agradecen tu preocupación.

Ella se levantó de la mesa del comedor y se apresuró a salir de ahí. Esperaría que su cuñado volviese de entre los muertos para poder hablar de esto.

El marqués de Torton era todo lo que ella quiso esquivar desde que decidió que un matrimonio por conveniencia era lo mejor para evitar sufrimientos, pero tenía el presentimiento de que sufriría mucho más con este caballero a cuestas.

Después de un par de horas, Daniel revivió, almorzó y fue a su despacho para intentar concentrarse en lo que merecía su verdadera atención cuando la puerta se abrió.

—Daniel… —habló Penélope que entró con el presente en la mano.

La cabeza de su cuñado estaba recostada sobre el escritorio. Sus ojos estaban cerrados y al escuchar su voz ni siquiera se movió.

—Estoy muerto no quiero que nadie me hable… —alegó sin mirarla.

—Lamento interrumpir en tu incómodo día, pero he recibido unos aretes.

—Ah, lord Monroy quiere tapar sus errores con cosas. Es algo convencional. Ve a descansar.

—No son de lord Monroy, son del marqués de Torton y quería decirte que pienso quedarme con ellos.

Aquel levantó la cabeza y apretó sus ojos con los dedos.

—¿Sabes que eso es darle comida a un mendigo? —inquirió Daniel.

—No me importa, lo que sé es que este detalle lo convierte en alguien importante para mí.

—Penélope, no puedo romper tu compromiso. Aparte, este hombre es inconveniente.

—¿Es inconveniente por tener una sinceridad un poco retorcida?

—Es inconveniente porque no tiene principios al querer conquistar a una mujer comprometida. Di mi palabra y te casarás con lord Monroy. Conserva el presente, pero no pasará de eso.

—No considero que el marqués quiera nada importante. Solo aprovecharé el obsequió. ¿No crees que se me verá muy bien? Pienso que a lord Monroy le sentaría saber que tiene competencia por más que cuente con una prometida. Considero que de esa manera me cuidará más…

—No hagas tonterías desafiando tu suerte.

—Por supuesto que no lo haré. Ahora me temo que te dejaré para que tengas un buen día. Iré a responder por lo que el marqués

me envió. Debo ser respetuosa y agradecida.

Penélope se dispuso a salir del despacho cuando su cuñado profirió unas palabras.

—¿Fuiste sarcástica con lo de tener un buen día?

—Absolutamente, quien tiene un buen día soy yo. —Ella le sonrió y se retiró, dejándolo que sufriera por sus excesos.

Fue a su habitación y no perdió tiempo para agradecer el presente. También quiso incluir algo más. Cortó un pequeño mechón de cabello, lo ató con una cinta y lo roció con perfume. Esperaba que eso pudiese cubrir al menos un poco de la deuda moral que tenía por aceptar un presente de él.

Lord Monroy le había dado algo, sí, un anillo de compromiso, pero que, comparado con los aretes, no valía nada por el peso y el que había dado dicho presente. Para ella era más valioso lo que el marqués le había obsequiado que la piedra que tenía en su dedo pesando como una pésima decisión y un apuro exagerado. Lamentaba haberse metido en este lío. No podía estar con quien a ella le gustaba. En ese momento, regresaron a su mente las palabras de Diana que le advirtió sobre los hombres atractivos y libertinos. Su elección había resultado ser así, aunque todavía sentía que podía evitar todo el desastre, solo debía continuar con todos sus planes y enterrar lo que deseaba en verdad.

Cuando acabó la carta y terminó de secarse, envolvió todo con cuidado y llamó a Diana con la campana de la habitación.

—¿Le responderá a ese hombre? Milady, es usted una mujer comprometida.

—No nos engañemos, Diana, estás tan emocionada como yo por este envío. Solo hazlo.

La doncella no pudo hacer más que sonreír y cumplir con lo que ella le había pedido. Había intentado mirar a contraluz por si lograba ver algún rastro de traición, pero no vio nada. Se sintió estafada. Le entregó aquello a un lacayo para que lo entregara.

***

En la residencia del marqués, él era el único sobreviviente en compañía de su madre y su cuñada. Su padre y su hermano todavía eran como barcos encallados en una isla que se llamaba biblioteca.

Edwin había salido temprano a tocar puertas para conseguir algo digno para lady Penélope. Toda la información que lord Cholmondeley le había dado era un arma contundente para conquistarla. Jamás creyó que estaría en esta situación, buscando agradar a una mujer para que esta abandonara todo, de hecho, no imaginaba perseguir a nadie, pero las cosas se estaban dando de esa manera tan extraña.

Encontró unos pendientes que le recordaban a los ojos de ella. No dudó en comprarlo con todas las monedas que tenía en su casa. La joven lo merecía.

Su cuñada y su madre quedaron estupefactas después de lo que había hecho al enviar aquello con un lacayo tan temprano. Ninguna de ellas creía que él estuviese despierto, pues lo consideraban un vampiro. Fue ahí en donde se dieron cuenta de que su interés en lady Penélope Hess podría convertirse en un problema monumental y más si ella llegase a darle cuerda para continuar perdiendo la cordura.

—Su señoría... —habló su sirviente que llevaba una carta en su mano. Edwin estaba leyendo el periódico.

—¿Tan pronto? —indagó con asombro y tomó aquello de un salto.

Las damas que lo acompañaban se acercaron para intentar ver algo.

—Es de ella... —contó con una sonrisa y después caminó hacia el despacho para leer aquello con tranquilidad.

—¡Edwin! —lo llamó Coraline caminando con presteza tras el—. Puedes meterte en un problema serio. Está comprometida.

—Con esa advertencia me lavo los oídos, Coraline. —Él cerró la puerta en la cara de ella y fue a sentarse cerca de la luz.

Al abrir aquello, de él cayó un mechón de cabello atado con un lazo. Lo cogió con presteza y lo llevó hasta sus fosas nasales. Inspiró

aquel aroma de su perfume y sus pulmones se llenaron de su esencia. Su entrepierna se endureció unos instantes después. Eso que le envió vale más que cualquier dinero gastado. Su mente y su cuerpo la deseaban con locura y se había convertido en un verdadero depredador que seguiría ese olor para siempre.

Sin perder más tiempo, comenzó su lectura.

Estimado marqués de Torton.

Para mí es un honor dirigirme a usted en agradecimiento por haberme enviado tal presente que me ha dejado fascinada. Como una dama soltera no cuento con recursos para corresponder a su obsequio, pero le entrego algo que sé que si le intereso lo valorará por su humildad.

Deseo que esta misiva quede en secreto entre nosotros. No piense que le doy una oportunidad, pues estoy comprometida y no es correcto.

Atentamente.

P.

En lugar de desistir, Edwin había quedado más prendado de ella. Al responder a su presente, Penélope había vendido su alma sin darse cuenta.

Él cogió papel y pluma. Tomaría el mayor riesgo y ese consistía en hundir ese compromiso. Los sirvientes que tenía se estaban moviendo por Londres para averiguar si era cierto que lord Monroy había salido de la ciudad. Pronto tendría noticias de eso y, si era lo que sospechaba, aquel hombre estaba con lady Armstrong en su casa, porque lord Armstrong estaba en servicio activo. Con un cargo tan importante para la corona, siempre era requerido.

Tenía a alguien vigilando y le había dado dinero para que pagara a otros sirvientes de esa casa para que pudiesen asegurar que aquel estaba ahí. Esperaba no fallar o quedaría como un hombre despechado, mentiroso y envidioso frente a la mujer que le interesaba.

Capítulo 17

El lacayo que fue enviado por Penélope fue detenido por el sirviente de Edwin para que llevara la respuesta en la brevedad. Lo hicieron pasar a la cocina y le ofrecieron cosas para comer mientras soportaba la espera, a la par que el marqués trataba de secar la respuesta para la joven sacando un brazo por la ventana del despacho para que se ventilara el papel. Se veía ridículo, pero no pensaba perder la oportunidad de alimentar su locura.

Una vez que comprobó que aquello no llegaría como una gran mancha de tinta en un papel, el ayuda le entregó la carta al sirviente y este fue a la residencia de Penélope de vuelta.

En casa de lord Chomondeley, Penélope se encargaba de colocar su firma bajo la pintura que le obsequiaría a Daniel por su próximo cumpleaños. Con eso daba por terminado aquello que, más que un poco de arte, suponía el alma de su cuñado.

—¡Milady! —exclamó Diana que entró con premura a la habitación con un papel en la mano, agitándolo como si se tratase de una bandera.

Penélope cubrió su obra. Nadie más que su cuñado debía verlo primero.

—¿Por qué entras así a mi habitación?

—Lo que pasa es que… ¡El marqués le ha enviado una respuesta!

—¡Cierra la puerta y baja la voz! —masculló entre dientes. No quería que nadie supiera que tenía más contacto del necesario con el marqués de Torton.

—Es la emoción, milady, disculpe.

—Bien… —Ella cogió el papel de las manos de la doncella y fue a sentarse en la cama para comenzar su lectura. Tenía que esconderse de Diana porque ella estaba a punto de meterse en su correspondencia.

Queridísima lady Penélope.

Usted no sabe cuánto estoy disfrutando de su preciado presente. Es lo mejor que he recibido en toda mi vida. Puedo llevar un poco de usted a cualquier lugar al que vaya. Podré percibirla y convertirla en algo real para mí. Esto que me ha dado, en lugar de detener mi puja por usted, ha hecho que se encendiera la inconsciencia en este cuerpo de por sí desobediente. Me siento alentado a caer en esta manía que tengo desde que la conocí. No puedo dejar que se desperdicie con lord Monroy, no sin antes conocerme y anhelar lo que soy: un hombre deseable.

Esta noche, a las diez, estaré frente a su residencia. Espero que baje junto a mí, hay algo que deseo mostrarle.

Suyo.

Edwin.

Un extraño calor subió por su cuerpo hasta concentrarse debajo de su vientre. Sin querer abrazó aquel papel y mordió sus labios con expectación. Una vez que se dio cuenta de que no estaba sola, le señaló la puerta a Diana.

—Vete… —ordenó.

—Pero, milady…

—No te diré lo que me ha escrito…

—Por favor, necesito saberlo. Seré una tumba, solo las moscas reposarán en mí, lo prometo.

—No seas cotilla. Sal de aquí —insistió.

Con la decepción en el rostro tuvo que retirarse y Penélope se quedó pensativa, debía considerar lo incorrecto de la situación. No podía encontrarse con él. Lo mejor era negarse por decencia.

Cogió papel, pluma y tintero para empezar su carta de respuesta; sin embargo, se detuvo sin escribir nada. Solo una gota negra manchaba aquello. Cerró los ojos y pensó que no haría nada malo, solo lo vería. Nadie lo sabría si solo los dos estarían juntos tal vez por unos minutos.

Arrugó la hoja y la arrojó al suelo. Sin dudas saldría a encontrarse con él. Deseaba eso y para tal efecto usaría los aretes que él le había obsequiado.

Trataba de contener la emoción respecto a lo que ocurriría por la noche, aunque, de repente, recordó que necesitaría un cómplice, alguien que solo tuviese moscas alrededor. Requería de una persona con el perfil de Diana. Tendría que contarle lo que Edwin había dicho en su carta.

Después de la cena, en la que Daniel todavía no reaccionaba del todo, ella se levantó y fue hacia la cocina. Sabía que ese era un lugar prohibido para cualquier hermana Hess. Su cuñado era demasiado estricto con eso, no lo aceptaba ni por un minuto. Los sirvientes tenían miedo de que por algún error alguna de ellas cayera en ese lugar.

—No debe estar aquí, milady —dijo Diana con presteza. El resto de los sirvientes palidecieron al verla.

—Ven a mi habitación, necesito unos masajes...

Diana obedeció y el resto pudo respirar en paz con la cuñada del conde lejos de ese lugar.

—No vuelva a ir a la cocina. Su cuñado nos castigará.

—Él piensa que puede tapar nuestro pasado de cazar, cocinar y elaborar panes. Es un verdadero tonto si cree que haciendo daño a los demás borrará nuestro peor año.

Al entrar en la habitación, Penélope tomó valor para contar lo que pasaría esa noche.

—Diana, prepara un vestido sencillo para mí, lo usaré a las diez.

—¿Saldrá? Su cuñado se fue a dormir. No puede salir de la casa.

—Necesito que seas mis oídos. Voy a verme con el marqués.

Con una pose dramática, Diana se sentó en la cama de la joven y se sujetó del dosel.

—No puedo creerlo. Eso...

—No te estoy preguntando si lo apruebas, te estoy diciendo que me cubras la espalda. Tú me abrirás la puerta en la salida y la entrada.

—Milord me despedirá, pero no sin antes destriparme y darle mis vísceras a sus caimanes. Qué futuro tan horrible me espera por defraudar a lord Cholmondeley.

—Él no se va a enterar. Está más en el mundo de los muertos que en el de los vivos.

—Prometa que no hará una tontería. Usted es más peligrosa que lady Frances. Ni siquiera conozco al marqués.

—Pero te emocionas con lo que puede darme y yo también lo hago. Además, si lo que me ha dicho él no es mentira, mi prometido me ha estado siendo infiel, no quiero pagarle con la misma moneda, pero me merezco un poco de diversión que, claramente lord Monroy no puede darme...

—Compórtese. Este hombre puede ser un libertino insufrible. Le advertí sobre esos hombres y es ahí donde fue a caer. Me siento culpable por tan solo haberlo mencionado.

—No te mortifiques. Daniel siempre da una charla extensa sobre los caballeros, las faldas y el libertinaje. No se ha guardado nada. Gracias a él no llegaré con la típica inocencia a mi noche de bodas. Me arrojaré en la cama y abriré mis piernas... Es lo que dijo.

El sonrojo en el rostro de Diana era de vergüenza absoluta. No imaginaba al conde diciéndole eso a sus cuñadas que eran tan pequeñas. Es a educación debería venir desde la madre o la mayor de las hermanas.

A la doncella no le quedaba más remedio que acatar las exigencias de la cuñada favorita del conde. No importaba que estuviese imaginando las mil maneras de morir que aquel tendría para ella si, por algún chascarrillo del destino, la joven terminara involucrándose con la pesadilla de cualquier padre, hermano, tío o tutor: un libertino de ley.

Con la ansiedad de la hora, ella esperaba a que el marqués apareciera. Cada cierto tiempo miraba a través de la ventana hacia la calle.

Edwin llegó un poco antes de la hora. La casa estaba a oscuras, salvo una habitación que parecía iluminada por una lámpara. Esperaba que ella hubiese aceptado salir, si no lo hacía lanzaría piedras al cristal de ese dormitorio y le daría igual si ahí dormía un mastín iracundo o un spinel con mal humor o el mismo lord

Cholmondeley con un arma en mano. Podría arriesgarse a cualquier cosa con tal de arrimarse a ella.

Nunca había tenido una atracción tan desmedida por alguien. Con esta mujer no podía parar. No sabía si se debía a que era una mujer prohibida y eso lo entusiasmaba, si era su belleza cegadora o quizá que le correspondiera de alguna manera. Un mechón de cabello no podía significar algo menos que un afecto que él deseaba saber si existía de su parte o solo era una estrategia para mantenerlo interesado. Sin importar lo que fuese, lo tenía ahí.

Cuando su reloj dio las diez, el marqués se quedó frente a la residencia, observando que nadie lo estuviese viendo mientras esperaba que la joven llegase junto a él. Ella no parecía tener la misma puntualidad, de hecho, Edwin no era puntual; no obstante, la ocasión lo ameritaba.

Siguió de pie ahí hasta que oyó unos pasos y giró sobre sus talones para ver de quién se trataba. Edwin distinguió la esbelta figura de Penélope y sonrió como un tonto. A ambos solo los separaban las rejas de entrada a la residencia.

—Milady...

—Su señoría. —Ella hizo una reverencia y después colocó ambas manos por las rejas para sostenerse, mas Edwin cogió una de ellas y se la llevó a la boca. No como un beso educado y convencional, sino como si quisiera devorarla.

—¿Todavía sigue muy mal? Me lastima saber que sufre, si pudiese darle mis pies...

—¿Siempre es tan encantador cuando quiere algo de una dama, señoría? —Penélope retiró la mano antes de que él se la quitara, pues estaba aferrado a ella.

—Esto no es nada de lo que puedo llegar a hacer por usted. Si desea puede ser la dueña de mi fortuna y de mi cama...

Se sentía escandalizada al oírlo, pero también muy halagada.

—Salga, que quiero enseñarle algo —habló Edwin que esperaba que ella no se negara.

—Usted no dijo eso en su carta...

—Debo enseñarle algo para que comprenda lo que le dije días atrás... Verá que no miento y que yo soy su camino.

En medio de aquella noche en la que solo las estrellas y la luna alumbraban, ella distinguió el rostro del caballero y no podía resistirse a esa belleza extraña que la observaba con interés. Su mente se negaba, pero la atracción que sentía por él y sus hipnóticas palabras.

La joven miró a la doncella que la había seguido.

—Ábrela... —ordenó Penélope refiriéndose al portón.

—Milady, él es un libertino, no irá a salir con él, ¿o sí?

—Por algo te lo estoy pidiendo, Diana. Me iré con él.

La doncella en lugar de obedecer se desmayó de la impresión. Eso era más de lo que podía soportar. Cayó entre las plantas del jardín.

—Creo que su doncella piensa mal de mí —alegó Edwin con un poco de diversión.

—Debería apoyarme y no estar jugando de esta manera. —Penélope cogió las llaves que estaban en el bolsillo del delantal de la doncella—. Volveré más tarde, Diana.

Cuando Diana volvió en sí Penélope ya había salido. La vio junto al marqués y después comenzó a rezar por lo que le pasaría si lord Cholmondeley sabía que su cuñada favorita salió por la noche con un hombre de reputación cuestionable.

Al ver a Penélope a su lado, Edwin la sorprendió cogiéndola en brazos.

—¡Qué hace! —exclamó Penélope que no sabía lo que aquel estaba haciendo.

—No puedo dejar que se siga maltratando, la llevaré en brazos hasta mi caballo.

Esa explicación la convenció totalmente y frunció los labios con una emoción contenida. Se aferró al cuello de él, aceptando su acercamiento casi como si fuese una desvergonzada. No estaba haciendo nada malo, al menos no algo que la llevase a arrepentirse.

¿Quién la había mimado tanto en años? Se merecía ese instante egoísta en su vida.

Edwin impregnó sus sentidos con el perfume de la joven. Ella era liviana como una pluma, tal vez fuese también porque él era mucho más alto que ella que, dentro de todo, era baja y delicada. Sin demasiado esfuerzo la subió al caballo y no pudo dejar de olfatear sus cabellos. Estaba en una nube que nublaba su juicio como nunca antes había sentido. Era como si hubiese consumido todo el opio de Londres. Ella era la única mujer que lo hacía enloquecer y desear cosas que nunca se le hubiesen ocurrido, por ejemplo, el matrimonio. Con aquella no parecía la cárcel. Si sus planes marchaban bien pronto, él sería su prometido y lord Monroy solo un recuerdo de un error.

Capítulo 18

El caballo no iba con rapidez, llevaba el peso de dos personas que iban en un silencio cómodo.

—¿A dónde vamos? —inquirió Penélope que aprovechaba cada segundo para recostarse en el pecho del marqués.

—Cuando lleguemos se lo diré.

—¿Por qué tanto misterio?

—Porque no quiero que crea que hablo sin pruebas.

—No sé sobre qué cosas está hablando, señoría. ¿Y si intenta secuestrarme?

—No puedo mentir, la verdad es que me encantaría llevarla a mi cueva escondida lejos de la ciudad y adueñarme de usted; sin embargo, soy un caballero, pese a lo que cualquier otra persona puede decir. Jamás haría algo sin su consentimiento.

—Confiaré en usted... ¿Por qué quiere algo conmigo?

—Ya se lo he dicho, necesito una esposa.

—Hay tantas mujeres necesitadas...

—Pero no quiero a ninguna de ellas. Usted me ha cautivado desde que la vi esa noche. Nunca he estado tan seguro sobre algo. La quiero en mi vida.

—Estoy comprometida, ¿lo recuerda?

—Comprometida, no casada. ¿Sabe que los compromisos se rompen?

En ese instante cayó en cuenta de la historia que siempre contaba Robert cuando tomaba más vino del necesario al jugar ajedrez. Contaba que estuvo comprometido y que fue engañado, el compromiso terminó y él quedó libre. ¿Eso podría ser posible?

—Sí, mi cuñado, Robert, se comprometió años atrás; no obstante, ella lo engañó y se casó con otro.

—Eso me da una idea...

—Ni lo piense.

—Solo lo pensé, no he dicho nada.

Llegaron a una enorme residencia, había una lámpara encendida en una de las habitaciones del segundo piso.

—¿De quién es esta casa? —curioseó la joven.

—La casa de lady Armstrong.

El corazón de Penélope se paralizó.

—¿La...?

—Sí, la amante de su prometido, o más bien, la casa de la mujer que lo tiene como amante.

—Pero no entiendo la razón por la que me ha traído aquí.

—Porque su prometido lleva más de dos días quedándose aquí. Lord Armstrong está el desplegado con el ejército de la corona. Se aprovecha de la ausencia de ese hombre para hacer lo que yo sé y usted sospecha...

Ella observó la casa con asombro y no podía creer que su prometido estuviese ahí. Eso podría ser solo un invento, pues si no salía, no habría prueba de nada.

—¿Por qué debería creerme si no he visto entrar aquí a mi prometido? Solo es su palabra contra lo que él ha dicho.

—Lo que dice tiene mucho sentido, milady, pero tendré que contarle mis métodos. Desde que lord Cholmondeley me contó que él dio una excusa para no ir a la fiesta a estar junto a usted, pagué a varias personas para averiguar sobre su paradero y, no, lord Monroy no ha salido de Londres como le dijo. Vino aquí como una rata apenas el gato abandonó la casa. Lo he confirmado con un lacayo que sobornó a una doncella de esta casa. Puede preferir tapar el sol con un dedo o ser el venado de Londres. Usted es tan bella y popular que no merece tal trato. La estoy protegiendo de este bastardo. Todos saben que cuando el esposo se va el amante llega.

El marqués tenía varias razones para mentirle sobre su prometido, pero ella no era tonta. Lord Monroy tampoco era una criatura inocente. Él mismo había confesado frente a Daniel que mantuvo una larga aventura, una demasiado larga para el gusto de cualquiera. Sin embargo, ella debía mantener el norte. Su prometido era uno y hasta no tener pruebas aquel era inocente.

—No sé si creerle.

—Pues para eso estamos aquí. Me dijeron que a las once él se iría a su casa a recoger un par de cosas y después regresaría en la madrugada. Es información de primera mano. Lo único que tenemos que hacer es permanecer escondidos un par de minutos aquí y asunto solucionado. Podrá ver su futuro en un minuto.

Estaba nerviosa, en verdad que aquello era demasiado delicado para pasarlo por alto. Se quedaría junto a él.

—Aquí somos muy visibles —advirtió Penélope.

—Ese no es un problema. Nos esconderemos tras esa muralla —señaló el marqués.

Los dos fueron hasta ahí y se quedaron a esperar. Él le dio a ella la capa que tenía puesta y el quedó solo con sus prendas comunes.

—No tengo frío —musitó ella rechazando la capa.

—No es para que no sienta frío, es para resguardar su identidad. Mi reputación está un tanto ajada, pero la de usted debe permanecer intacta.

No dejaba de sorprenderse con ese caballero. En verdad se preocupaba por ella más de lo necesario y agradecida ese gesto.

Él la ayudó a colocarle aquello y antes de atar la capa en el cuello de ella, la miró con fuerza. Las miradas de ambos se cruzaban queriendo decir muchas cosas que no se animaban. Edwin estaba al borde de perder los estribos, necesitaba que esa dama le hiciera caso de alguna manera. Sin mediar más palabras se abalanzó a los labios de ella y comenzó a devorarla. Primero sintió que la joven se resistía, pero mientras los segundos pasaban fue cediendo hasta intentar seguir el paso de Edwin de manera un poco torpe, pero haciéndolo vivir nuevas experiencias.

Penélope no podía creer lo que estaba haciendo. Lo que pasaba ahí era algo grave. Sus labios estaban pegados a los de él y ella no podía hacer nada para impedirlo, pues aquel marqués la embadurnaba con sensaciones placenteras que atravesaban todo su cuerpo. Besarlo era el acto más pecaminoso jamás cometido y lo peor era que estaba convencida de que su prometido jamás podría

besarla de aquella manera. Ese hombre era lo que su corazón esperaba; sin embargo, lord Monroy era lo que su ansiedad por el futuro había escogido. Debió ser más inteligente y madura para esperar. El marqués quería una esposa y Penélope un esposo. Se complementaban y, para colmo, se entendían de una forma en la que a ella le costaba comprender. No llevaba más de una semana conociéndolo, pero sentía que era la persona con la que deseaba pasar el resto de su vida.

Las manos de Penélope comenzaron a inquietarse, buscando la mejor manera de acercarse a Edwin sin parecer una mujer desesperada, aunque tal vez su ahínco para seguirle el paso delatara ese inconveniente en ella.

Para ser la primera vez que se besaba con alguien lo estaba haciendo bien y consideraba que su cuerpo mismo la estaba ayudando como si hubiese deseado esto desde el principio de su vida. Las sensaciones que la embargaban eran extrañas e intensas, lo que dejaba a los libertinos muy por encima de un caballero convencional, pese a las constantes advertencias de la señorita Carlington y del señor Kepler sobre lo peligroso que eran y los problemas que acarreaban. Pues comenzaba a notar en dónde estaba el problema: en lo apasionados que eran.

El sonido de un portón que se abría los tuvo que alejar. Los dos se pegaron a la muralla desde la que verían lo que ocurría en la casa de lady Armstrong. Ninguno de ellos hablaba sobre el beso que compartieron, al parecer podía quedar para después.

—Si es él quien sale de esa casa, le recomiendo no sentirse culpable por nada de lo que pueda ocurrir entre nosotros de ahora en adelante —murmuró Edwin cerca del oído de ella.

—Pues más vale que sea él quien esté a punto de salir... —replicó Penélope que tenía las mejillas teñidas del rojo vergüenza.

Ambos miraron hacia la residencia y, sí, en efecto, quien salía de la casa era lord Monroy. Penélope no creía que eso la afectara tanto, pero le dio un vuelco en el estómago. ¿Tendría que lidiar con esto durante el resto de su vida? Esta era la razón por la que el marqués

de Monroy quería que su hijo saliera de Londres y fuera a Cheshire. Nada era una coincidencia. Una dama rica del campo y de buena familia era lo que aquel necesitaba para que su hijo descarriado salvara su reputación, ya que todos los conocían por lo que hacía.

El cabello blanquecino era inconfundible, además del porte delgado y alto. No tenía dudas, ese era su prometido.

Edwin observaba más a Penélope que a lord Monroy. Sabía que él no tenía salvación en ese aspecto porque ya lo había averiguado. Dentro de sus momentos más delirantes, pensaba que podría enviarle una carta a lord Armstrong y contarle que tenía un parásito en su residencia introduciéndose en su mujer cada noche, mientras aquel cumplía con su deber. Eso sería algo muy vengativo de su parte.

—¿Está bien, milady? Tal vez escuché cómo su corazón se rompía...

—¿Romperse mi corazón? Más bien siento náuseas. Me pregunto si tendré que soportar esto. No lo amo, pero es una situación humillante.

—¿Por qué debería soportarlo? Aquí me tiene, milady. Usted dice ladre y yo lo haré. Solo debemos hacer lo posible para romper el compromiso.

—Su señoría, no estamos hablando de sacar una espina de la bota. Esto es mucho más que eso. El compromiso está anunciado, no es un secreto y yo no he hecho nada para que se rompa.

—¿Besarme no ha sido suficiente para que se decida? ¿No la he persuadido? —inquirió tomando su mano.

—Se está apresurando conmigo. Parece más un demente que otra cosa. Hay mujeres solteras.

—Por su culpa la demencia es una condición de felicidad. Las demás no me interesan porque no son como su persona, no tienen eso que busco y encontré al solo verla. Hace un par de semanas solo era un hombre que vivía feliz en sus excesos, después a alguien se le ocurrió colocarme entre la espada y la pared para no perder mis privilegios. Lo único que pedí es poder elegir a la mujer que me

torturará por el resto de mi vida, sea corta o larga y esa mujer es usted. Tengo muchas dotes que no puede despreciar.

—¿Una dote es tener muchas mujeres?

—Pues eso lo he dejado hace un tiempo. La búsqueda de una esposa no es nada sencilla. He tenido que desempolvar algunas habilidades sociales que dejé de lado. Llevaba tiempo lejos de los salones y de las damas decentes, pero... ¿Por qué demonios le estoy explicando esto a una mujer cuyo prometido es el amante más conocido? Soy un verdadero tonto. ¿Lo nota? Comparándome a mí con él, salgo como ganador indiscutible. Soy su mejor opción...

—Vaya... Usted no pierde el tiempo. Al menos deje que se enfríe el cadáver. También no le vendría mal un poco de humildad y vergüenza.

—Vergüenza debería tener lord Monroy para engañarla estando usted en la ciudad. Al menos debería dejar que el compromiso pase desapercibido, ¿no le parece? Imagine, si yo sé esto, ¿cuántos más podrían saberlo? Admito que me he tomado más libertades que el resto, pero es una excelente causa: robarle la prometida a ese indecente.

Dentro de toda la frustración y decepción que rondaba su cabeza por lo que había visto, el marqués le sacaba una sonrisa. Hablaba demasiado para ser alguien que parecía serio, pero resultaba ser un hombre divertido. No la dejaba decaer. Sin embargo, debía considerar el asunto. Su futuro esposo tenía una amante a la que no podía dejar y no importaba lo bonita, adinerada y soltera que pudiese ser Penélope a lord Monroy simplemente no le importaba. No había amor entre ellos, pero ese hombre al menos le debía respeto y lo exigiría de una manera contundente. No podía romper el compromiso con él porque Daniel podría quedar mal y comprometer el futuro de Hannah y Alethea.

—Quiero regresar a casa, su señoría, me siento cansada —dijo deseando retirarse para pensar.

—La dejaré en su residencia solo con la condición de que me prometerá que pensará en mí y en mi propuesta.

—Entienda que no tengo nada que pensar. Usted es, en una palabra, adorable, que es difícil dejarlo pasar; no obstante, hay cosas que no se pueden cambiar. Ha llegado tarde a mi vida y es irremediable.

—No me dé ideas para remediar esto, porque las imposibilidades me dan creatividad. Haré lo que sea para convertirla en mi esposa y no me importará que todos sepan a quién quiere como esposa el marqués de Torton —sentenció. Se acercó, la cogió en sus brazos y la llevó de vuelta hacia el caballo para que pudiesen regresar.

Capítulo 19

Penélope no podía negar la comodidad que sentía junto al marqués. Su cercanía era algo que deseaba y comenzaba a esperar. Él parecía tan vehemente que le costaba creer que pudiese estar jugando con ella, mas no podía confiarse, pues lo había hecho con lord Monroy y lo había pillado in fraganti.

—Le escribiré una carta a lord Monroy y le exigiré que deje a esa mujer —contó la joven revelando su plan.

—¿Sabe de qué servirá? De nada. Es absurdo. Es lo mismo que decirle a un borracho que deje de beber o, más bien, se parece a tirar dinero en el mar: un desperdicio de tiempo y esfuerzo. No me opongo a que ejercite sus bellas y perfectas manos con una carta, pero recuerde que con una sola jamás será suficiente y menos con un ejército de misivas dirigidas a apelar a una decencia inexistente. Si me pregunta algo adicional le diré que se resigne a lo que conseguirá.

—Mi prometido es una persona entendida, cuando hablamos...

—¡Bah! No quiero escuchar boberías —gruñó con desdén—. Hace cosas malas y todavía lo defiende. No sé a qué decencia apelar, a la de él o a la suya. Entienda que este árbol está torcido y no puede remediarlo, lo mejor es sacarlo de su vida a hachazos antes de que le toque sufrir. Puede evitar este matrimonio y yo la ayudaré es cuestión de que me diga que sí.

—No puedo hacerlo, su señoría, entienda que esto no es sencillo. Intentaré todo lo que esté a mi alcance. Fui razonable al escoger un matrimonio conveniente, confiaré en mi decisión.

—¿Hasta cuándo? Si no rompe el compromiso, esperaré a que lord Armstrong tome este asunto en sus manos. ¿Piensa que un militar dejara pasar a este granuja? Ha soportado demasiado, un día retará a duelo a lord Monroy y esa será la última vez que lo verá. La viudez no suena mal. Yo estaré ahí, ni siquiera dejaré que el cadáver se enfríe para casarme con usted.

Entendía la gravedad de lo que citaba el marqués. Tenía razón en todo y ella no podía refutar sus afirmaciones. Solo le entregó una sonrisa y recostó su cabeza en el pecho de él. Oía su corazón latir con tranquilidad, mientras el de ella latía desenfrenado.

El ritmo seguro y desenfadado de Edwin le daba cierta paz a Penélope. Los momentos de felicidad después de su compromiso se extinguieron con la sombra de la infidelidad. ¿Cómo sería feliz si su futuro esposo no dejaba de encontrarse con su amante? Las preocupaciones opacaban la alegría que sentía en los brazos del marqués, aquel lugar cálido y real en donde desde esa noche quería permanecer para siempre.

Cuando ella vislumbró la casa de su cuñado, supo que este instante tan íntimo con él terminaría y solo quedaría en sus recuerdos.

—¿Cuándo cree estar lista para otro baile? —curioseó el marqués que estaba a punto de bajarla del caballo.

—No lo sé... —respondió. El marqués la cogió por la cintura y le hizo poner los pies en el suelo, ínterin en que hizo que ambos pegaran sus cuerpos. Penélope colocó las dos manos en el pecho de él para alejarlo, pero estas seguían ajenas a hacer lo correcto.

Edwin la atrajo hacia su figura aún más y después levantó una mano para acariciar su mejilla.

—Usted es maravillosa —declaró. Alzó el mentón de Penélope para después dejar un beso tierno y pausado como despedida—. Los días se me hacen eternos en su ausencia. Espero que pronto se recupere.

—Si voy a alguna velada, pasaré el tiempo sentada. Adiós, su señoría.

Antes de irse lo miró a los ojos y le entregó una sonrisa tímida. Lo que había vivido esa noche tenía varios matices, desde descubrir que el problema de su prometido era más grave de lo que pensaba y también darse cuenta de que el marqués de Torton podía convertirse en un serio problema para su vida. No sabía qué juego tramaba, pero estaba seguro de poder ganar con sus dotes de calavera. No

era posible saber si podía confiar en él ciegamente. No le parecía honorable robar a la prometida de otro caballero para tener una, por más que el prometido fuese un sucio inmoral.

Comenzaba a ver a lord Monroy como alguien indigno de confianza y, para su pésima suerte, eso parecía arrojarla hacia el marqués que tampoco era un santo. No sabía qué decisiones tomar y un consejo a alguien de esa casa terminaría siendo un disparate. Al menos no estaban Hannah y Alethea para burlarse de ella.

Al entrar al jardín delantero, la doncella aún seguía en la misma posición en la que la había dejado.

—Deja el dramatismo —gruñó Penélope que cogió a Diana de una mano para arrastrarla hacia la casa.

—Lo mejor que puedo hacer es morir, he visto que ese hombre la ha besado. Lord Cholmondeley me matará, tirará mis restos al Támesis y los peces se alimentarán de mí...

—Por favor, deja de demonizar a mi cuñado. No ha sabido nada. Te explicaré todo el resto después, pero acompáñame adentro, comienzan a dolerme los pies.

—Lo que debería dolerle es su decencia —alegó la doncella que era arrastrada sobre la hierba.

—No me hables así y levántate antes de que te levante con un puntapié.

Diana obedeció a regañadientes y se levantó; sin embargo, su mente seguía imaginando los peores escenarios si el conde sabía que su cuñada había salido con un libertino y, peor aún, se habían besado en sus narices. Ni siquiera el marqués de Winchelsea se había atrevido a tanto con lady Frances. El nivel de caradurez de este otro marqués era impresionante, pero más le sorprendía que tuviese a lady Penélope, una joven un poco más inteligente que el resto siguiendo sus deseos. Comprendía a estas niñas de sociedad y más aún a esas con las que llevaba años compartiendo de una u otra manera. Siempre buscaban la manera de meterse en problemas.

Enteraron a la residencia con cuidado y fueron hasta la habitación de Penélope. Ella se dio cuenta de que llevaba puesta la capa del marqués.

—Es su capa... —dijo Penélope una vez que se percató de eso. La desató y la acercó a su pecho con delicadeza. Esa prenda tenía el aroma de una fragancia un tanto extravagante para su gusto. Era una mezcla de perfume con tabaco y tal vez algo que no sabía distinguir con precisión.

—¿Qué haremos con esa prenda, milady? Todos saben que esa capa le queda como una manta enorme.

—Lo sé, te lo llevarás mañana temprano antes de que todos se levanten.

—¿No es más sencillo que me lo lleve ahora? —cuestionó Diana.

—Buscaré si tiene algo escondido en la capa. Tal vez algún prendedor de diamantes, es un marqués.

—Usted no es una ladrona, ¿para qué quiere quedarse con la capa?

—Eso es asunto mío. Lo mejor sería devolverla mañana y también tú te encargarás. No quiero que un lacayo vaya de lengua suelta con el conde. Todos sabemos que la chismosa de la casa es Sarah y ella no está aquí. Si esto de la capa sale de aquí sabré que fuiste tú. Este secreto es nuestro.

—No quiero guardar secretos, al menos no por voluntad propia.

—Si no los guardas, todas tus pesadillas de muerte a manos de Daniel se harán realidad. Tú escoges a qué diablo le harás caso ahora mismo.

—¡No es justo! —lloriqueó Diana sin disimular su frustración. Le encantaba el chisme, pero no uno que arriesgara su vida.

—Es justo. Estás involucrada y ahora debes apoyarme de cualquier manera.

—Si estoy involucrada y voy a morir, lo mejor es que me diga todo.

—Pues no es muy difícil de contar lo que ocurre. El marqués de Torton me ha llevado hasta la residencia de lady Armstrong,

supongo que ya has escuchado ese nombre en varias conversaciones casuales...

—¿Yo? Son injurias, milady.

—Supondré que lo sabes. De ese lugar vimos salir a mi prometido. Él se está quedando ahí y me ha mentido.

—¡Desgraciado! Ir a la casa de su amante es algo horrible.

—Entonces sí lo sabías... —acusó Penélope y vio cómo la doncella se sonrojaba por la vergüenza.

—Es cierto, he escuchado demasiadas conversaciones, milady.

—La próxima vez evita mentirme. Sigo contando... El marqués me ha propuesto ser su esposa porque él está urgido para que no le arrebaten su título. Intenta convencerme con sus juegos y su majadería, pero no puedo corresponder y no es porque no quiera casarme. De hecho, prefiero casarme con él que con lord Monroy que no tiene reparos en irrespetar nuestro compromiso tan descaradamente. Estoy atrapada en una situación peligrosa. Mis deseos no coinciden con mi realidad. Sin duda he cometido un terrible error al comprometerme sin ver a otros candidatos antes.

—Es para eso que estaban los bailes, pero usted fue reacia a escuchar los consejos de sus hermanas. Pocas veces han tenido razón y esta es una de ellas. Ahora quedará atada a un infiel y todos hablarán de usted como si fuese una pobre mujer ignorante sobre las actividades de su esposo.

—Estás describiendo mi futuro con una exactitud sorprendente. Creo que no merezco esto, pero es lo que tengo por ser obtusa. Si hubiese escuchado a Daniel... Ahora no puedo decirle nada del beso o convertirá mi oreja en una goma que estirará hasta que se suelte.

—¿En verdad no puede liberarse de este compromiso?

—Pude no haberme metido. Daniel me lo advirtió, pero estaba tan conforme que no vi nada malo. Esta es la razón por la que no quería conocer a nadie más. Ahora las dudas me consumen y no puedo evitarlo. Me siento tan tonta. Odio al marqués por mostrarme lo que no quería. Estaría tan tranquila si él no me hubiese metido dudas en la cabeza. Merezco ser feliz, no soy una mala persona.

—¿Y qué hará con el marqués?

—Todavía no lo sé, porque sus besos me confunden, hacen que no piense con claridad, que desee buscarlo por incorrecto que fuese.

—¿No pensará pagarle al conde con la misma moneda? Traición con traición se paga... —dijo Diana desde el odio más puro en su corazón. Quería que la joven tomase cartas el asunto, siendo la venganza un verdadero as.

—No, no es correcto hacerlo. Soy una dama que respeta su compromiso.

Diana cruzó los brazos bajo el pecho y la miró como si ella estuviese diciendo tonterías.

—La he visto besar a otro hombre, milady. No diga que de esa agua no ha de beber. A mí no me engaña.

—¡Cómo te atreves! El marqués se ha tomado unas atribuciones que no le corresponden. De ninguna manera lo haría. Eso me rebajaría a ser como él.

—¿Y entonces?

—Pues no hay mucho que hacer, lo importante es que me casaré y Hannah no tendrá inconvenientes para conseguir esposo, ¿qué te parece? Ahora cámbiame y luego vete. Necesito descansar un poco.

La doncella se apresuró a cumplir con los pedidos de la joven, ella también estaba cansada. Todo lo que debía saber era cuánto tiempo más viviría, porque esperaba que lord Cholmondeley ignorara lo que ellas dos habían hecho esa noche.

Después de que la doncella se retirara, Penélope se recostó en la cama junto a la capa del marqués y se preguntaba, ¿qué debería hacer? Romper el compromiso no era una opción. Lo más probable es que viviera el resto de su vida sabiendo que su esposo siempre estaría pensando en otra. Eso la alejaba de la idea de que el amor llegaría con el paso del tiempo. Su único tiempo de conocer algo parecido al amor y la pasión era el marqués de Torton. ¿Por qué le debía fidelidad a alguien que no estaba dispuesto a olvidar su pasado para vivir el futuro con ella? Si arruinara su vida con este

hombre en un matrimonio hasta que la muerte los separara, lo haría a su manera y eso sería ser feliz antes de lo inevitable.

Capítulo 20

El marqués regresó a su residencia y se percató de que no tenía su capa. No importaba, tenía más de esas, aunque la que perdió era su favorita, le enviaría una corta misiva al día siguiente para recuperar lo suyo y tener otro encuentro con la joven.

Esa noche él había traspasado un límite que nunca creyó posible con una debutante. Era como meter el cañón de un arma cargada en la boca. Eso era tan arriesgado que no le importó. De hecho, era más sinvergüenza de lo que había creído. Se aprovechó de la inocencia y confusión de una dama.

Le parecía tan injusto que lord Monroy, ese individuo incapaz de continuar adelante, mereciera semejante premio por nada. La engañaba con tanta soltura que, siendo un libertino de lo peor, se sentía escandalizado por la falta de respeto hacia una flor tan delicada como lady Penélope Hess. Mientras él quería convertir a esa mujer en futura duquesa, aquella se convertía en el próximo hazmerreír de Londres.

A lord Armstrong parecían no importarle las actividades que tenía su esposa a sus espaldas, ni parecía cuestionar el origen del hijo que decía ser suyo.

Quería salvar a Penélope con un título, salvarse él y conocer la vida que venía en el matrimonio. De no querer este castigo pasó a aceptarlo con gracia. El beso había sido el combustible para darle más cuerda a su absoluta devoción por una desconocida por la que sintió un flechazo instantáneo. Después de tantos años huyendo de Cupido, aquel le tendió una emboscada en donde le habían robado todo, desde su voluntad hasta su deseo de permanecer soltero. La vulnerabilidad de Penélope era un bálsamo para Edwin. Estaba seguro de que jamás podría verla sufrir de ninguna manera. El problema era el compromiso, uno que estaba seguro de que le haría daño a esa joven. Debía pensar en la forma más inteligente de sacar a lord Monroy del camino y este hombre no se lo ponía tan fácil.

Podría hablar con él, ya que conocía su rutina, si las buenas no funcionaban, las malas serían el siguiente paso.

Esa noche durmió como un bebé y se levantó más fresco que todas las personas de su casa. Su padre todavía seguía en un limbo alcohólico después de dos días. Estaba viejo para revivir viejos tiempos en una noche.

—Buenos días, querido —saludó la duquesa que vio a su hijo entrando al salón. Este se acercó y le dio un beso en la mejilla.

—Buen día, madre. Usted parece estar recuperándose, padre —musitó colocando una mano en el hombro de aquel.

—Estoy mejor. Ya sé que el tiempo pasa demasiado rápido. Recuerdo cómo antes unas veinte copas apenas me mareaban, ahora con el olor siento que me golpean.

—Ya no eres un jovenzuelo desvergonzado, cariño. No estás para esos trotes. Nuestro querido Edwin está fresco por la juventud. Me sorprende que cada día despierte más temprano.

—Así es, madre. Tengo cosas que hacer. Hoy debo pensar en cómo encontrarme con lady Penélope Hess otra vez.

—¿Otra vez? —preguntó su padre.

—Sí. Ayer le envié unos pendientes como obsequio y después nos encontramos por la noche.

—¿Fuiste a un baile? —curioseó su madre.

—No, fui a su casa a buscarla y la saqué de ahí, fuimos a dar un paseo.

Los duques se miraron con cierta consternación.

—Hijo, no debiste hacerlo. Has expuesto su reputación y de paso la tuya a su lado —habló el duque con preocupación.

—Y la besé...

La duquesa cogió su servilleta del regazo y se abanicó con ella buscando alguna forma de calmar el bochorno. Su esposo la ayudaba pese a que estaba igual de avergonzado.

—¡Cómo puedes hablar así! —exclamó la mujer, sobresaltada—. Es una mujer comprometida.

—Lo sé, madre, pero espero que lo esté por poco tiempo. Comenzaré a mover los engranajes para que eso se termine.

—¿Sabes en el problema que te meterás? Pueden retarte a un duelo. —Su progenitor quería persuadirlo—. Edwin, sé que esa dama es hermosa, nosotros te hemos hablado de ella; sin embargo, entiende que existen limitaciones para todos. Un compromiso es una barrera que es mejor evitar.

—Tienen otro hijo que agrandará su familia. Yo quiero perseguir lo que deseo. Si ella no es mi esposa, nadie más lo será.

Esa sentencia asustó a sus padres, pues sabía que Edwin cuando se proponía algo no desistía hasta lograrlo.

—No creas que podemos cambiar un hijo por otro. Te amamos de la misma manera, cada uno de ustedes tiene su encanto. No somos de esas familias que no aman de igual manera —alegó su madre.

—Lo sé, pero se los dio para el caso en que yo llegara a faltar, pero les aseguro que quien llegará a faltar será lord Monroy, porque no soy yo el que está en su casa viendo a su mujer. Eso lo constaté anoche y se lo mostré a milady. Conozco a esta clase de sinvergüenzas, pues simplemente podría ser yo. Es cuestión de ponerse en el lugar de él. Si el esposo no estuviese en la casa de mí amante, es evidente que yo estaría ahí, aunque de manera discreta, no como este conde que no sirve ni siquiera para ocultar las huellas de sus aventuras nocturnas. Aparte, ¿quién en su sano juicio se metería con la esposa de un maldito militar? Es como vivir en la cuerda floja. Lord Armstrong necesita poner orden en su gallinero porque un zorro se come a sus gallinas, solo requiere de un pequeño aviso.

—¿No estarás pensando en delatar a ese hombre? Por favor, Edwin, no es asunto tuyo —insistió su padre.

—Es mi asunto. Lo primero que haré será hablar con él y decirle que rompa el compromiso, pues ahí estaré yo para recoger los pedazos de reputación de milady. Todos olvidarán el asunto porque seré yo quien la salve, ¿no les parece algo justo?

—Es absurdo e idílico. Sabes que ese hombre no la dejará ir tan fácilmente, porque es como su telón de fondo para que no se vean sus porquerías —añadió la duquesa.

***

—¡Buen día, futura condesa! —exclamó Alethea que se arrojó sobre Penélope que estaba dormida.

La joven gritó en la habitación y después vio a Alethea saltando en su cama.

—Esto es una pesadilla... —dijo tratando de saber si era real o no.

—No es una pesadilla, todos hemos venido desde Cheshire. ¡Londres es hermoso! ¡Esta casa también lo es!

—¿Por qué están aquí?

—¡Porque Robert ha planeado una fiesta sorpresa en su mansión londinense para su mejor amigo que cumple años mañana!

—A él no le gustan las sorpresas...

—Le gustará esta, te lo aseguro. Es como darle la bienvenida a su verdadero hogar después de años de no estar aquí.

—Verás lo que te digo y si es solo con la familia preferirá ser enterrado vivo.

—¡Será con toda la alta sociedad londinense!

—¿Crees que estarás invitada?

—Bueno, espero estarlo, ¿o no? Soy su cuñada. Me quedan cuatro años para casarme.

—Quiero ver lo que él tiene que decir...

—Entonces ven...

Alethea bajó de la cama y fue corriendo hacia el pasillo, dejando a Penélope sola. Ella miró sobre la cama, esperando ver la capa, pero al parecer Diana ya se la había llevado. Agradecía que lo hubiese hecho, pues de no haber ocurrido eso las explicaciones para su hermana serían eternas.

Agitó la campana para que Diana se presentara y la cambiara para saludar al resto de la familia.

Diana entró y cerró la puerta.

—Buen día, milady. Han venido sus hermanas. No han podido entrar a la habitación de su cuñado porque Humbert lo ha impedido. Les advirtió que, de interrumpirlo, debían prepararse para un día apocalíptico en cuestiones de castigos —comentó Diana.

—Creo que la tranquilidad de Daniel en su propia casa será algo difícil. ¿Has devuelto la capa?

—No, milady. Sus hermanas me han tomado por sorpresa. Estoy esperando a que se cansen del viaje y duerman para que pueda salir. No crea que será fácil. Además, Humbert husmea constantemente en lo que hago, haciendo que me sienta nerviosa. Huele que escondo algo.

—No deberías parecer tan sospechosa. Ese es el problema, que tú misma te has puesto la carga de tener algo escondido. Si andas con cara de penitencia y desconfianza por cada rincón de la casa es evidente que lo sospecharán.

—¿Y qué quiere que haga? Tengo un cadáver en el armario, milady. No puedo andar campante por ahí, y eso sin contar que el cuerpo es suyo.

—Por esta vez estás justificada...

Diana le colocó a la joven las prendas de día que le había pedido y Penélope salió de la habitación. Al hacerlo su cuñado pasó como un vendaval frente a ella y detrás de ella corría Hannah.

—Es un gusto verte —musitó su hermana que le guiñó un ojo—. ¡Daniel!

Penélope se sintió tentada a seguirlos y lo hizo.

—Ahora que vine a Londres, ¿puedes presentarme? Quiero conseguir un esposo —declaró Hannah que intentaba alcanzar a su cuñado que iba a largas zancadas frente a ella—. Necesitaré joyas, vestidos, zapatos nuevos, algo que diga que ya no soy una niña, sino una casadera... Deberías oírme, es una oportunidad de oro para no tener que esperar un año. ¿Me oyes?

—No, no te oigo. No entendí nada de lo que has dicho y por tu seguridad lo mejor es que no lo escuchara y menos que lo

entendiera.

—Solo te haces el desentendido conmigo. ¿Por qué no puedo presentarme? Qué cruel eres. Te aseguro que saldrás beneficiado conmigo.

—Puede que cuando te cases salga beneficiado al no verte más o al verte con menor frecuencia. No me persigas...

—Te perseguiré hasta el infierno, hasta que recapacites sobre tu actitud conmigo. No pido nada descabellado, solo quiero estar en los salones.

—Uno ya no puede descansar ni siquiera en el infierno. Las amenazas van subiendo de nivel. Lo bueno es que sé que iré al cielo porque soy un mártir desde que me casé. Ustedes convierten en santo a cualquier demonio, nadie las soporta.

—¿Por lo menos crees que el asunto de las joyas sí puedes dármelo? Penélope tiene muchas, ¿por qué no recibo lo mismo?

—No es tu cumpleaños ni tu debut, fin de la discusión. Si me vuelves a seguir me encargaré de que un puntapié te meta al carruaje de regreso a Cheshire. No puedo creer esto. Pensé que estaría tranquilo en mi cumpleaños —masculló bajando las escaleras.

—¡Daniel! —lo llamó Alethea que corrió hacia él.

—Lo que me faltaba —gruñó con molestia.

Alethea hizo una reverencia calculada para intentar agradar a su cuñado.

A Daniel no le quedó más que suspirar. Su idea de un cumpleaños tranquilo se había echado a perder por todo lo alto. Ellas querían acabar con él. Los peores exponentes de la familia Hess. Con los años la sangre buena se había degenerado para dar paso a esas dos hienas.

—Te veo tan contento por nuestra llegada —comentó Alethea con sorna.

—Estoy contento. Mis caimanes importados estarán contentos por las próximas porciones que recibirán. ¿Para qué necesitarán joyas si perderán el cuello y no podrán lucirlas? ¿Dónde está Robert?

—¿Preguntaste por mí? No podía dejar que te perdieras toda la diversión.

Él miró al marqués de Winchelsea y negó con la cabeza. Su jugada era evidente. Robert no había soportado compartir el espacio con esas dos y su esposa. Sabía que se trataba de una empresa difícil.

—Qué reunión más conmovedora. Robert ha preferido venir a devolver el paquete que dejaste en Cheshire —habló Penélope que pasó frente a su cuñado para dirigirse al comedor.

—Queremos saber todo de tu compromiso, Penélope. Ser condesa debe ser algo que te haga tocar el cielo —declaró Hannah, sonriente.

—Esa historia la contaré yo... —interrumpió lord Cholmondeley.

La joven leyó en los ojos de su cuñado que este estaba dispuesto a decir las partes más vergonzosas con el afán de hacer desistir a sus hermanas de hacer tonterías. La verdad era que cualquier persona podría terminar persuadida al oír que el prometido tenía diez años siendo el amante de una mujer casada. Daniel no se detendría para avergonzarla. Este era un momento que él disfrutaría mucho para burlarse de ella y del resto.

Capítulo 21

Pese al cansancio de los recién llegados, la mesa de la casa de lord Cholmondeley estaba llena.

Volver a ver a su hijo de casi seis años, lo llenaba de felicidad. Incluso Robert y Frances estaban ahí. Ellos se hospedarían en la residencia del marqués para no molestar la dinámica en casa de Daniel, eso incluía a las hermanas menores que serían atendidas por Sarah, que también había ido con ellos hasta ahí.

—Queremos saber todo sobre el compromiso de Penélope. Nos ha escrito una carta cargada de felicidad, un gran señuelo para la envidia de Hannah y Alethea —pronunció Frances.

—Pues no todo es tan maravilloso como lo ha pintado Penélope. Lord Monroy no es un sueño, más bien es una pesadilla —masculló el conde—. Le advertí de los pormenores de casarse con alguien que tiene diez años obsesionado con una mujer casada.

Los ojos de los demás se posaron en Penélope, que continuaba mirando su desayuno con mucho interés.

—Vaya... ¿Y esta es la misma persona que juzgó a Frances por enamorarse de alguien que no tenía un título? Escupiste al cielo y ahora recibes lo que mereces —habló Alethea con burla.

—Esto huele a sufrimiento perpetuo. No debe sentirse bien saber que tu prometido siempre estará pensando en otra. Me duele el corazón con solo pensar en vivir algo así. Si me pasara, tomaría la drástica decisión de acabar con mi sufrimiento y la humillación —manifestó Hannah, que tenía más empatía por la situación, pero no el suficiente tacto para comentar.

—Gracias, Daniel, por exponerme al escarnio público —farfulló Penélope sin mirarlo.

—¿Pueden darle el beneficio de la duda a ese hombre? Tal vez merezca una oportunidad. No todos nos acercamos con la verdad... —afirmó Robert.

—Eso lo sabremos más tarde. He pedido a alguien que rastreara a nuestro futuro cuñado. Sabremos si ha dejado los hábitos o está aprovechando el tiempo al máximo antes de casarse con Penélope y hacernos creer que puede juzgarnos con el dedo y darnos clases de moral —dijo Daniel con una sonrisa.

—¿Ni siquiera le darás el beneficio de la duda? El marqués dijo que su hijo había cambiado de camino —musitó Mildred.

—No dijo eso. Lord Monroy nunca escogió el camino ni a la prometida, solo está siguiendo órdenes, como cualquier otro matrimonio convencional. Me dejé convencer por Penélope para comprometerla y pese a las advertencias que le di ella de igual manera quiso continuar. Ahora, Hannah y Alethea, ni siquiera se les ocurra pedirme que les busque un prometido. Desde hoy en adelante me niego a esto. Como un favor para ustedes solo averiguaré tal como lo hice con Robert. Si no tiene nada bueno es su haber, se olvidarán de él y en caso de desear continuar con mil advertencias, olvídenme.

—¿Entonces lo mejor es que busquemos a un esposo al que podamos querer? —inquirió Alethea.

—Por supuesto. Mejor que las quieran a que las engañen.

Penélope golpeó la mesa con ambas manos, se levantó y se fue. Se sentía humillada por lo que había ocurrido, mas ese solo era el principio de lo que sería su vida si dejaba que lord Monroy continuara ese camino. Así como su familia hablaba de ella, los demás también lo harían, la mirarían con lástima y, para colmo, sería el hazmerreír. Juraba que estaría en la gaceta semanal y la sociedad se partiría de risa con las ocurrencias de su esposo entrando y saliendo de la casa de lady Armstrong.

Una vez que terminó de quejarse de la vida, fue a su habitación y se quedó junto a la ventana para ver cómo los transeúntes pasaban frente a la residencia. Todos parecían felices y ajenos a lo que ella estaba teniendo en su mente. Vio a Diana saliendo de la propiedad con la cara más sospechosa que podía. Era vergonzoso.

El marqués de Torton, dentro de su malicia objetiva, le mostró lo que sería su futuro y no solamente eso, sino también lo que perdería si no lo tenía a él. Lo había planeado todo. Lo primero era decepcionarla de su prometido y después aprovecharse de su momento de debilidad para acercarse y robarle un beso. Aquel buscaba su propia conveniencia y no le ofrecía nada descabellado. Si hubiese estado sin comprometerse a estas alturas, ella le hubiese rogado para que hablara con su cuñado y pudiesen concretar un compromiso.

El tiempo no corría hacia atrás para cambiar. Daniel tampoco parecía decidido a salvarla del desastre, solo quería asegurarse de que lord Monroy no era una persona honesta. Tal vez no fuese un hombre malo, mas en medio de sus deseos podría dañarla a ella y la futura familia que formarían.

***

Diana llegó a la mansión del marqués, golpeó la puerta y, con presteza, arrojó la capa hacia el sirviente de Edwin y se echó a correr.

El ayuda de cámara miró la tela y por el olor reconoció que correspondía al marqués. Con la serenidad que lo caracterizaba fue hacia el despacho en donde aquel se encontraba con su padre revisando unos papeles. Dio unos toques a la puerta y entró.

—Disculpen la interrupción, pero una doncella ha traído esto sin mediar palabras y lo arrojó en mi cara —contó sin suavizar nada.

Edwin reconoció su capa y apretó los labios.

—No puede ser, ahora no tengo excusas para volver a buscar a milady —lamentó colocando una mano en el mentón.

—Al menos ella se ha dado cuenta de esta locura, Edwin —razonó su padre.

—No importa, mañana la veré en la residencia del marqués de Winchelsea durante la fiesta en honor a lord Cholmondeley. Qué mejor excusa que esta para seguir con el juego.

—Te meterás en un problema...

—Sí, lo sé, pero vale la pena. Milady será mi esposa y no la de lord Monroy. Puedo apostar mi fortuna y mi vida a eso. Me aceptará.

El duque negó con la cabeza ante la determinación de su hijo para hacer tonterías. Le quedaba asentir ante cada idea descabellada.

Esa misma mañana había llegado la tarjeta, aunque con poca antelación a alguien se le ocurrió colocarlos en la lista de invitados, tal vez por la relevancia social de su padre, pues la invitación había llegado a su nombre. No obstante, eso no pretendía detenerlo para poder ver a lady Penélope Hess. Debía aprovechar cada momento y no dejar que el acercamiento que tenían se enfriara. El asunto debía ser en caliente y rápido para que nadie pudiese arrepentirse de nada.

Sin pensar mucho en el rechazo, Edwin escribió otra nota, se la entregó a uno de sus lacayos y este partió con dirección a la casa de la joven.

***

Al poco tiempo de haber visto irse a Diana, aquella regresó como si hubiese corrido porque alguien la perseguía. Entró a la habitación de Penélope, agitada.

—El encargo está listo, milady —anunció la doncella tratando de mantener la calma.

—Con esa cara de que has cometido un delito, déjame decirte que mi cuñado no sospechará que estuvieras haciendo cosas malas.

—No hable tan alto, milady, puede llamar al diablo en esta habitación.

—No creo que ese demonio se anime a venir aquí. Dijo algo humillante en el desayuno y lo mejor es que permanezcamos a una distancia prudente en donde no debería volar las cosas de nuestro alrededor.

—Lamento oír que lord Cholmondeley la ha defraudado.

—No me ha defraudado, solo actuó como él lo hace, me ofendo con facilidad.

Una hora después, Penélope regresó a la planta baja y no encontró a sus hermanas. Ellas se habían ido a la casa de Robert, al parecer nadie le había dicho a Daniel que estaban tramando una emboscada feliz que le desagradaría.

—¿Quiere un compañero para jugar ajedrez, milady? —preguntó Humbert que se acercó a ella al verla sentada frente al tablero del salón.

—Sí. Es mejor contigo que con Alethea. No quiero que limpie el piso con mi cabello.

Ambos se sentaron frente a frente y comenzaron a mover las piezas.

—Diana es una persona que no sabe ocultar cuando hace cosas malas. Si Sarah fuese su confidente estaría más segura con sus secretos.

—¿A qué secretos te refieres? —inquirió Penélope fingiendo no saber de lo que hablaba.

—Salió anoche y se quedó con la capa de su acompañante. Dicen que soy como el sabueso de lord Cholmondeley y, en parte, es cierto. Tengo un ojo abierto durante la noche ante la ausencia de mi amo.

—¿Se lo has dicho?

—No, milady. Me quedo callado porque no será feliz con su matrimonio, entonces es mejor que experimente el mundo que hay afuera antes de lo inevitable.

—Eso va en contra de lo que quiere Daniel.

—Tal vez, pero me imagino que, porque desconfía de ese hombre, ha mandado investigar sobre sus actividades.

—Yo puedo decirte lo que hace. El hombre de la noche anterior me llevó hasta la casa de la amante y él salía de ahí. Es humillante, pero ni Daniel ni yo podemos retroceder. Estamos en esto hasta el cuello.

—Es lo que me temo. Quizá milord solo quiere asegurarse con qué clase de alimaña terminará emparentado.

—No sirve de mucho consuelo. Él será pariente y yo esposa. He tomado una mala decisión, Humbert, y no hay forma de retractarse.

El sonido de unos golpes de la puerta hizo que Humbert dejara por un segundo el tablero de ajedrez para abrir. Al hacerlo vio a un lacayo que solo le extendió un papel.

—Es para lady Penélope Hess… —dijo el emisario.

—Lo entregaré —acordó Humbert que después cerró y se dirigió de nuevo junto a la joven.

—¿Quién era? —curioseó, pero aquel no respondió, le entregó la carta y se sentó de nuevo frente a ella.

Ella frunció el ceño, pero al observar el sello que comenzaba a parecerle conocido, se sonrojó y a su mente regresaron los recuerdos del beso que habían compartido. Levantó la mirada del papel y miró a Humbert.

—No se preocupe, milady, soy ciego y sordo —habló el sirviente que prefirió observar con más detenimiento el tablero.

Estimada lady Penny.

De nuevo para mí es un placer saludarla de la manera que sea. Imagino su rostro leyendo esta corta misiva con una sonrisa complacida, recordando nuestro encuentro pasado, aunque poco memorable en algún aspecto, fue bastante revelador para otros.

Lamento haber recibido mi capa, mas lo bueno es tener su perfume impregnado en esas telas que no han conocido algo tan hermoso como usted.

Si no es mucha molestia me gustaría que me concediera un poco más de su valioso tiempo, solicito otro encuentro. Esta vez sin seguir a nadie, solo nosotros en las calles, camuflándonos con la oscuridad. Si está de acuerdo, estaré en su casa para las once. Si no responde esta carta, tomaré la respuesta como un sí a mi petición.

Suyo.

Edwin.

—¿Lady Penny? ¿Lady Penny? —masculló ella ofendida por el apodo que le había puesto el marqués sin su consentimiento. Pese a sentirse un poco mancillada de nombre, ella sopesó que no

respondería, pues esa sería la respuesta positiva para el encuentro. Sabía que no debería seguir, pero no podía parar.

—Lady Penny suena tierno, milady… —manifestó Humbert que miraba de reojo el contenido de la carta.

—Esto es un verdadero insulto. ¿Qué se ha creído este hombre? Nadie jamás me ha puesto un diminutivo tan vergonzoso.

—Siempre hay una primera vez para todo, milady. Considero que ese caballero quiere agradarla.

—Deberías aconsejarme mejor —lo desafió.

—Mi único consejo será que siga su corazón. Él le dirá lo que en verdad necesita. Sabe que es la persona que vivirá con un extraño pronto. Considere esto como las mejores palabras de aliento que conseguirá en muchos años.

Al terminar su juego con Humbert, la joven salió al jardín y vio llegar a uno de los lacayos al que no veía desde hacía horas. Aquel debía ser el informante de su cuñado. Si era como pensaba, pronto Daniel también se daría cuenta del error que habían cometido con ese matrimonio arreglado.

Comenzó a cortar algunas rosas mientras aguardaba alguna señal o un grito de furia por parte de lord Cholmondeley, mas al contrario de eso, la figura insegura y temblorosa de Diana se acercaba a ella.

—Milord desea verla —anunció con los dientes castañeando por el temor—. Estoy segura de que nos ha descubierto y, ahora, en el mejor de los casos me despedirá y en el peor… lo peor… —repitió nerviosa.

—No te preocupes. Creo que él quiere contarme lo que sé desde anoche. Iré ahora mismo.

Capítulo 22

El camino por el pasillo de los penitentes era algo común para Penélope y sus hermanas. Este día sabía que no era para obtener un castigo por más que lo mereciera, sino más bien para ser advertida sobre algo que llegaba un poco tarde y que no habían contemplado.

Entró al despacho sin tocar, pues suponía que no se enfadaría porque la esperaba.

—Tus modales, tus modales —repitió su cuñado—. Sabes que no me gustan las personas sin buenos modales. Considero que invertí mucho dinero en tu educación para que no puedas hacer lo mínimo.

—¿Qué te tiene tan cascarrabias? Supongo que no me citaste aquí solo para reprender mi comportamiento que es clásico de la familia.

—Me arrepiento profundamente de haberme casado con Mildred, pero no porque no la ame, sino porque ustedes son un problema.

—¿Ahora qué hicimos?

—Existir...

—No puedo consolarte por lamentar mi existencia. —Ella se encogió de hombros y tomó asiento.

—No estoy enfadado contigo ni con tus demás hermanas, por más que Hannah esté más insoportable que nunca y más demente. Quien me enfada es tu prometido que es incapaz de mantener los calzones en su sitio. Es una falacia que él haya salido de Londres, está en casa de la mujer casada. Este compromiso es un gran fraude en el que hemos caído y del cual no podemos salir sin hacer artimañas. ¿Sabes quién es el culpable de esta situación? —Él la observó, mientras ella miraba sus manos con interés inusitado y después la señaló—. ¡Tú! ¡Tú y tus ideas absurdas de evitar sufrimiento! Ahora no solo tendremos sufrimiento, también vergüenza. ¿Qué pensarán los pretendientes de tus hermanas? ¿Que será fácil pasarles gato por libre y a mí verme la cara del peor tutor de la historia?

—¿Puedo disculparme por todo lo que te hago pasar? —inquirió con cierto temor.

—No lo había pensado antes, Penélope. Por supuesto, una disculpa soluciona todo, rompe relaciones de diez años y compromisos de dos semanas.

—No me gusta cuando eres sarcástico conmigo.

—A la pobrecita Penélope no le gusta que se burlen de su tontería... ¿Sabes qué? ¡No me importa! Estoy a un día de mi cumpleaños y siento que estoy en pleno infierno, que me quema los zapatos. Tu prometido aprenderá una lección de sus mentiras.

—¿Y cuál es esa lección?

—Que las mentiras tienen patas muy cortas. No me hará perder a un candidato mejor por su estupidez, o respeta el compromiso o lo hago respetarlo por las malas.

—¿Un candidato mejor?

—No quería decirlo, tampoco es mejor, sino que es más poderoso en cuestiones de dinero. Además, me entiendo muy bien con él y, sobre todo, está interesado en ti.

Lo único que podía hacer Penélope en ese punto era fingir demencia y escuchar a su cuñado.

—¿Ese hombre es el marqués de Torton?

—Sí, son gente agradable. Pienso invitarlos en algún momento a pasar un día aquí y, próximamente, podría invitarlos a Autum Hall por el verano. Este lugar es un vertedero en esa época. Muchos agradecerían esta invitación en una propiedad tan interesante...

—Considero que su señoría es inapropiado, un libertino sin tratamiento convincente para corregirse.

—¿Conoces tu situación o quieres que te la recuerde? Es mejor un libertino del cual no puedas celar por ser estúpido por naturaleza que un hombre que lleva diez años enamorado de una mujer que solo viuda será capaz de corresponderle. Tú, todo Londres y yo sabemos que esto es así. Tomaré medidas con lord Monroy, porque no puede arrastrar tu nombre por el fango y salirse con la suya. Si yo descubrí con tanta facilidad lo que ha hecho, otros también

pueden hacerlo y el teatro se cae. Me veo en la obligación moral de cuidar mis intereses y eso incluye casar a mis cuñadas por algo tan infravalorado como la paz.

—No puedo creer que estés considerando a alguien que has conocido hace poco tiempo. ¿No has aprendido la lección? El marqués puede ser peor.

—¿Peor de lo que ya tenemos? No me hagas reír, no estoy de humor. Y, para que sepas, el marqués me recuerda mi pasado indeciso hasta que Mildred tocó las puertas del infierno y no quiso dejarme más, no quería que nadie me salvara, pero a ella no le importaba, me sacó de ese mundo. Tú puedes hacer algo con su señoría; no obstante, este compromiso no hace más que entorpecer las buenas oportunidades.

No podía creer que el marqués de Torton hubiese conseguido un aliado inesperado para su locura: su cuñado, que al parecer no había dejado atrás sus tiempos de rebeldía. La empatía lo estaba llevando a equivocarse dos veces.

—No tenemos opciones, Daniel. Solo un milagro puede hacer que este compromiso se rompa sin comprometer el futuro de Hannah y Alethea. Quizá la más afectada sea Hannah que debutará pronto. Siempre pensé que no me importaría este detalle, pero ahora entiendo la presión que han sentido Mildred y Frances por hacer lo correcto. Me he burlado de ellas y he sido egoísta. Buscar esposo es difícil, pero encontrar uno bueno es algo casi imposible.

—Sé que no tenemos muchas opciones, pero yo tengo dos: conversar sobre cambiar la actitud de lord Monroy o bien usar el arma apocalíptica.

—¿Cuál es el arma apocalíptica?

—Es un secreto de Estado.

—No me intrigues.

—Esta es la parte en donde escondo mi as bajo la manga. Si las cosas no mejoran, las medidas drásticas se harán efectivas y sabes que soy drástico.

—Ni se me ocurriría dudar de ti.

Hablar con su cuñado, en cierta manera, le daba paz a su mente que trabajaba más horas de las necesarias considerando opciones. Estaba entre hacer lo correcto que era respetar su compromiso esperando el mejor escenario después de escuchar a Daniel o simplemente vivir el momento con alguien que le ofrecía el cielo y la tierra. El marqués de Torton era alguien tan especial que se había ido metiendo en su piel, deshaciendo su coraza de seguridad que había construido con esfuerzo por años para evitar que su corazón sufriese por amor; sin embargo, la imposibilidad de estar juntos comenzaba a hacer mella en Penélope, queriendo ver el arma apocalíptica como una solución, igual sin saber de qué se trataba.

Ella esperaba que fuese de noche para volver a encontrarse con el marqués, pese a que sabía que eso no era correcto; no obstante, tenía un demonio hincándole un tridente para que aceptara esta aventura emocional con este hombre. Su cuñado consentía que aquel estuviese detrás de ella de alguna u otra manera.

Sus ojos estaban fijos en la calle, esperando ver al marqués en el mismo lugar de la última vez. Cuando se acercaba la hora, ella observó que una figura con una capa estaba ahí.

La joven no dudó un segundo en correr escaleras abajo. A pesar de que Diana se le había escondido con las llaves, Humbert le proporcionó la suya para que pudiera irse sin inconvenientes y regresar pronto. La cobardía de la doncella era alarmante, pero comprensible.

Fuera de la residencia de lord Cholmondeley, Edwin aguardaba con una calma inquietante. Durante el día estuvo trepando las paredes para que pasaran las horas y había llegado el momento de estar junto a Penélope y lo disfrutaría y, a la vez quería sembrar en ella la semilla de la decisión. Deseaba que, pese a un compromiso previo, ella se interesara en él tanto como Edwin por su persona.

Cuando la vio a través de las rejas, él sonrió.

—Esta noche veo mejor esos aretes, milady, aunque no se comparan con su belleza. —De nuevo quería coger su mano para

besarla y lo logró. Su devoción era tal que estaba a punto de arrancarle el brazo a Penélope.

—Su señoría, necesito mi brazo de regreso para unirme a usted. ¿A dónde me llevará esta noche?

—Si de mí dependiese, la llevaría a mi cama, pero no es bien visto...

El sonrojo tiñó las mejillas de Penélope. Edwin sabía cuál era su punto de vergüenza.

—Solo saldré de aquí si lo más importante para usted es proteger mi reputación y mi integridad. Necesito una promesa.

—Le prometo mi silencio. Mi lengua, mis ojos y mis oídos son suyos, por lo que puede escoger qué hacer con ellos, pero déjeme decirle que la lengua ofrece mayores beneficios...

—Confiaré en usted. ¿A qué lugar iremos?

—Se ha vuelto aburrido perseguir a lord Monroy, no hay mucho más para descubrir. ¿Qué le parece unas carreras clandestinas? Solo lo veremos y apostaremos, no nos subiremos a uno de esos pescantes. ¿Le interesa mi plan?

—La palabra clandestino grita peligroso en todas sus letras.

—Porque lo es. Yo la cuidaré, no se preocupe, peligro es mi segundo nombre.

Él la llevó hasta el caballo y la colocó en la silla para que pudiesen partir. Había algo familiar entre ellos, podían compartir ese momento con tanta intimidad como si llevasen años conociéndose. Penélope se sentía feliz a su lado, le fascinaba su extraña compañía y su comportamiento despreocupado. Para el marqués era fácil ser un hombre importante, se veía cómodo en su posición de caballero poderoso.

Edwin también pensaba en la comodidad y tranquilidad que sentía junto a ella. Cada momento que podía aprovechar a su lado le aseguraba que era la mujer que estaba destinada a acompañarlo de alguna u otra manera en el camino de vida que le quedaba por recorrer.

—¿Ha pensado en mi propuesta? —indagó el marqués.

—No puedo pensar en propuestas de un hombre soltero siendo una mujer comprometida, señoría.

—¿Y cómo es posible que yo no pueda dejar de hacer planes con usted? Estoy pensando en mudarme a Cheshire, comprar una enorme mansión o construir una nueva para mi lady Penny.

—Odio los motes extraños. No puede ser tan irrespetuoso.

—Lady Penny suena tan hermoso, la hace ver aún más tierna. Me recuerda a una liebre en la pradera, uno no sabe si cogerla y estrujarla con afecto o cazarla y comerla en un guisado.

—¿Me comería en un guisado?

—No, no practico el canibalismo, pero a su pedido podría darle unas mordidas en donde más le guste. Hay muchas cosas que puedo hacer con mi boca aparte de hablar y besarla.

—Claro, decir sandeces es una de ellas.

—Sí, no lo niego, pero puedo darle placer...

Ella negó con la cabeza. Sus mejillas se habían sonrojado al oír lo que este sinvergüenza decía con naturalidad.

Cuando llegaron al lugar en el que solían hacer las carreras clandestinas, el marqués guardó silencio y comenzó a pensar con más rapidez. ¿A dónde podría llevarla si no podían compartir este pequeño pasatiempo que él disfrutaba?

—Bien... Parece que hoy no habrá nada o tal vez cayó la ley y todos buscaron un agujero en el cual refugiarse.

—Eso significa que debe devolverme a casa.

—No, eso no pasará hasta dentro de un par de horas. La llevaré a otro de mis lugares favoritos.

—¿Y cuál es ese?

—Una taberna.

La joven no pudo evitar que se le escapara un grito al oír algo semejante.

—Usted no me llevará a un lugar de mala muerte, me niego. Soy una dama respetable.

—Nadie la juzgará si va conmigo. Además, tengo mi capa para resguardar su identidad si es que le teme a eso. Conocerá un poco

de lo que hay fuera de nuestra sociedad.

—No quiero conocer nada de eso —masculló con el corazón acelerado.

—Le prometo que se divertirá.

No estaba tan segura de eso. La pesadilla de Daniel era que una de sus cuñadas se convirtiera en tabernera y la sociedad lo supiera para luego juzgarlo como el peor de los tutores. Eso arruinaría su reputación y el de la familia Hess. Su cuñado siempre tuvo razón en decirle que no bebiera como tabernera y era evidente que él sospechaba que ella podría ser una de esas mujeres en el futuro.

Aquel hombre cumplió con lo que había dicho. Estaban en la peor zona de Londres, Whitechapel. Al solo pasar por uno de esos estrechos pasillos pudo distinguir el olor de varias cosas mezcladas. Humo de alguna comida, de cigarros, alcohol, orín, heces de personas y de caballos, aparte de un olor particular a osamenta que podría ser de algún animal muerto o, en su defecto, de un desafortunado ser humano. Penélope sacó un pañuelo de su ridículo y se lo colocó entre la boca y la nariz.

Capítulo 23

La sonrisa en el rostro de Edwin decía mucho sobre la situación. Le resultaba adorable que ese sitio le pareciera asqueroso a la dama. Para él esos olores eran algo familiar que indicaba buenos momentos.

—Hemos llegado... —indicó Edwin con una sonrisa.

Los ojos de Penélope recorrían ese lugar con bastante impresión. Ella sentía que se desmayaría y no sabía si era por el susto o los olores nauseabundos que amenazaban con acabar con su olfato.

La puerta de aquel rincón se abrió y un hombre fue arrojado al charco y no se levantaba. Penélope no podía recuperarse de todo lo que estaba ocurriendo.

—Esto es normal, lady Penny. No se asuste. La llevaré en brazos para que no se ensucie. Sus zapatos no pueden tocar este lugar tan asqueroso. La bajaré dentro.

Tragó saliva al ver bajar al marqués y este le entregó su capa para que se la pusiera. Después de hacerlo, él la cogió de la cintura y la llevó como si fuese una cosa valiosa. Ella se tapaba el rostro con la tela y la nariz con el pañuelo.

Una vez dentro, él la ayudó a ponerse de pie. Las personas lo miraban, reconociéndolo. Cogió a Penélope de la mano y se acercó al tabernero.

—Vaya, su señoría, ¿qué lo trae por aquí? La gente dice que está buscando esposa —comentó el hombre que intentaba ver el rostro de Penélope que estaba cubierto por la capucha de la capa.

—No se equivocan. Esos rumores son correctos. Ha llegado hora de asentarme.

—¿Y...? —El tabernero hizo un gesto con la cabeza para referirse a la joven.

—Para ella una copa de vino...

Eso fue todo lo que dijo Edwin para zanjar la curiosidad del señor. Después pidió una de las habitaciones y una de las jóvenes que

atendían clientes los llevó hasta ahí.

La mente de Penélope estaba embarullada por los sonidos grotescos a los que no estaba acostumbrada. En verdad se sentía asustada, por más que Edwin no soltara su mano.

La mujer también entró a la habitación y dejó la copa de vino con la botella de whisky para Edwin y cerró la puerta sin irse.

—Me da celos que traiga a otra mujer aquí, su señoría —murmuró aquella cerca de la oreja de él, haciendo que su lengua casi se introduciese en su odio.

Penélope levantó la vista para observar aquello y se indignó al instante. La señorita tocaba el brazo de él y se enrollaba por su cuello como una serpiente. Dentro de ella hervía una extraña sensación que hizo que apenas pudiese contener su ira. Se quitó la capucha y cogió a la mujer del brazo que tocaba al marqués.

—Ya puede irse, sus servicios de compañía no son requeridos —espetó con determinación.

Tanto Edwin como la señorita se quedaron atónitos.

—Vete, te agradezco el ofrecimiento, pero tengo compañía... —dijo para despedirla.

Aquella obedeció, miró a Penélope y se dispuso a salir.

—¿Me ha traído aquí para mostrarme sus dotes de libertino con otras? —increpó Penélope con los brazos cruzados bajo el pecho.

La mirada de Edwin brillaba con el esplendor de la admiración al ver que Penélope no era indiferente a él. No era una batalla perdida estar tras ella.

—Es aún más bella cuando se enfada. Me encanta verla así, es tan adorable.

—¡No se burle de mí! Si pudiera lo echaría a los caimanes de mi cuñado.

—No hay caimanes aquí.

—Son traídos de América. Usted puede ser comparado con un tentempié para ellos.

—Esa amenaza comienza a tener sentido.

Él la acercó a su cuerpo para acortar la distancia y la observó a los ojos.

—¿Está tan celosa para amenazarme con algo tan delicado?

—¡Ja! Me darían celos si me interesara, pero esta situación me irrita. Me ha traído a un lugar en donde ofrecen vino barato y las mujerzuelas cuelgan del techo como serpientes queriendo coger su presa. ¿Se da cuenta de lo que ha hecho?

—Sí, absolutamente. Considero que, para poder casarnos, debería conocer tanto mis buenos hábitos como los malos, aunque, le juro por mi alma inmortal que no regresaré aquí una vez que me acepte. Verla celosa me da esperanza.

—¡Que no estoy celosa! Se lo pueden llevar veinte más de donde ha venido esa suripanta.

La emoción en la mirada de Edwin no desaparecía, estaba encantado. La cogió del mentón y decidió callar lo que ella tuviese que decir con un tierno beso en los labios.

—Lady Penny, usted es una persona difícil de contentar. ¿Qué desea para pertenecerme? Estoy dispuesto a todo, incluso a acabar con la vida de lord Monroy con tal de tenerla.

No perdía de vista los astros azules del marqués. Parecían tan sinceros que le daba miedo que tomara una decisión tan drástica.

—Mi compromiso no se puede revertir.

—Solo dígame, ¿lo prefiere a él o a mí? Sabe que seré su esposo, tan devoto como solo yo puedo ser. He perdido la capacidad para sujetar a mi lengua y me cuesta más aún domar a mi bestia de los pantalones cuando la veo. Hace que me enloquezca. ¿De verdad prefiere a lord Monroy sobre mí?

—No me pregunte esas cosas.

—Responda.

—No quiero hacerlo, no es respetuoso.

—No hay nadie aquí que pueda juzgarnos. Hable con la verdad, ¿a quién quiere como esposo?

—No puedo escoger. Los dos son pésimas opciones.

—Admita que él es peor.

—No lo discutiré. Lo que se ve no se pregunta.

—Entonces tomaré eso como un sí.

Aquel volvió a los labios de ella para devorarlos, esta vez con más ahínco del necesario. Penélope no había dicho mucho, mas lo poco que había mencionado sirvió para acrecentar la llama del deseo de poseerla.

Se dejó llevar por él en ese beso que la consumía, que la hacía sentir cosas que no podría consentir con otro hombre. ¿Por qué debía negarse a ser feliz? Ella no quería ser la esposa de lord Monroy, quería estar con el marqués de Torton.

—¿No quiere ser mi amante en caso de no poder ser mi esposo?

Edwin la miró como si estuviese loca y después rio.

—Qué propuesta tan encantadora, pero ¿por qué conformarse con ser la amante si puede ser la marquesa?

—Porque no puedo salir de este compromiso.

—Entonces, ¿su opción es rebajarse como lord Monroy? Me parece que eso sería peligroso para usted, aunque tal vez hasta terminara siendo justo. Quizá me conforme por un tiempo con esa idea.

—Estoy enloqueciendo por decir esto —dijo Penélope alejándose de Edwin negando con la cabeza—. Ni siquiera sé a ciencia cierta lo que hace un amante, solo lo dije por la compañía. No lo conozco bien, su señoría, pero me agrada más de lo que quiero admitir.

—Eso para mí es suficiente para seguir insistiendo. Por un tiempo puedo ser su acompañante, un escape de la realidad que le ha tocado, pero no de manera permanente.

—Mi cuñado decidió que hablaría con lord Monroy para corregir su comportamiento. Si aquel no logra hacer caso, confío en que me libere, pero mi nombre y el de mi familia…

—Ni siquiera habrá tiempo de pensar en un nombre mancillado, pues yo estaré ahí para poner el mío para todos ustedes, al igual que mi familia.

Él se acercó y la cogió de la cintura para después comenzar a besarle el cuello. Ese instante era la perdición para ambos, ya que

Penélope no sabía lo que era un acercamiento como ese, languidecía bajo los labios húmedos de ese hombre. Sus dotes de calavera estaban a simple vista.

—Esto es parte de ser un amante… —declaró Edwin con la voz ronca por el acercamiento con ella. No existía momento más candente que ese que estaba viviendo con la joven en ese momento. La sensación era distinta cuando una persona era la indicada que cuando no. El deseo era diferente, la frialdad no existía y los sentimientos que él creía inexistentes se hacían presentes en cada beso y caricia que le hacía. No se resistía a su acercamiento y agradecía esa quietud e inocencia que tenía. Sabía que la asaltaban las dudas y un futuro con más interrogantes que respuestas.

Los gemidos tenues de Penélope se perdían en los oídos de Edwin que estaba a punto de sobrepasar algunos límites. Sentía que su prenda inferior ardía en llamas y se quemaba sin poder hacer nada. Al menos debía hacer un esfuerzo por apagar lo que ocurría de alguna manera inocente. Comenzó a empujarla sin violencia hacia la pared y la apretó contra el material macizo. El rostro de ella estaba completamente pegado al muro y él la asfixiaba con su figura sin dejar que el frío entrara a su cuerpo, porque Edwin la calentaba. Además, sus manos comenzaron a viajar por las piernas de ella, haciendo que diera varios respingos por las cosquillas en las partes desconocidas de su cuerpo.

Él estaba a punto de desnudarse y levantar la falda de ella como un salvaje, pero debía soportar tal cosa. No era un animal, era un caballero. Con el dolor de su corazón y de su entrepierna erecta como un mástil. Cerró los ojos con fuerza antes de reducir la locura de sus actos.

Suspiró con fuerza, aunque sin separarse de ella.

—Sé que me voy a arrepentir de esto, pero entiendo que todavía no comprende la amplitud de la palabra amante. No puedo aprovecharme, soy un tonto, el peor de los libertinos que no tiene el terrible impulso de llevarla a la cama y retozar entre sus piernas.

Admito que estuvo en un gran peligro, pero la conciencia es cruel a veces…

La agitación en Penélope no se iba con tanta facilidad. Giró sobre sus talones para recostar su espalda en la pared. Ella lo cogió de las mejillas y lo llevó hacia su rostro.

—¿Le ha costado ser un hombre decente?

—Absolutamente, lady Penny, me cuesta cuando usted no me dice que no. ¿Me llevará a la demencia con esta propuesta de ser su compañía? Quizá pierda el juicio como lord Monroy y me quede en cada ausencia; sin embargo, no me conformo. Puede ser la ama y no la esclava en mi corazón.

—Es una cuestión de esperar. Si Daniel habla, tal vez me puedan liberar.

—¿Y si no?

—Tendré que casarme.

Por primera vez desde que conoció a Penélope la observó con desaprobación después de haber dicho eso.

—Nunca fui un hombre sentimental, pero quiero que entienda lo que ocurre en la mente de su prometido. ¿Piensa que usted y yo merecemos pasar por lo mismo?

—No, pero no hay otra forma de volver a encontrarnos o de estar juntos. Por su culpa estoy enloqueciendo, su señoría. Si no se hubiese presentado en mi vida, si esa noche se hubiese quedado lejos... todo sería normal y viviría feliz en el engaño.

—¿Por cuánto tiempo? ¿Hasta que su cuñado hiciera lo mismo que yo hice? Bájese de su nube. Lo peor para una persona no es que le rompan el corazón, sino que le lastimen el orgullo.

—Sé que esto que digo suena un tanto absurdo, pero ahora no estoy bien con lo que ocurre. Pensaba que un matrimonio conveniente era algo sencillo y que no tendría que batallar demasiado pensando, bailando o escogiendo entre candidatos. No quería hacerme responsable de nada y resulta que todo ha salido mal. Me apresuré y escogí al equivocado, si hubiese estado esa noche...

—Me invitaron a ir, pero me sentía tan agobiado por la búsqueda incansable de la esposa adecuada. Llegué a sentirme abrumado, porque ninguna me gustaba y la única que consideraba bella estaba casada con mi hermano, hasta que usted apareció e hizo que los salones resplandecieran. Me arrepiento de haber preferido ir a una taberna que conocerla, no sabía que encontraría a la mujer de mi vida. Mi familia la vio primero y dijeron que era la indicada para mí. No sabía lo bien que la habían identificado.

Ella sonrió por el halago.

—Debería llevarme a casa...

—No sin que tome su vino barato y fume conmigo.

—No fumo, es un mal hábito de los hombres de la familia, pero no es algo que quisiera imitar.

—Encajaré a la perfección con ellos.

Capítulo 24

La joven y el marqués siguieron en aquel sitio aislado de la taberna para hablar. Ella tomó el peor vino del mundo y él podía tomar agua de charco como si fuese el mejor whisky de Escocia. La charla continuaba para ellos a medida que la noche avanzaba y se iban conociendo.

Mientras Penélope conocía más al marqués, peor se sentía respecto a no poder romper el compromiso de manera unilateral. Podían intentarlo, pero eso significaba arriesgar el nombre de la familia, pero Daniel no estaba dispuesto a quemar las oportunidades de las demás, ni siquiera por su cuñada más agradable.

Cuando fue el momento de llevarla a su casa, Edwin no le dijo que se verían en la fiesta del marqués de Winchelsea en honor a lord Cholmondeley.

—La veré más pronto de lo que piensa, lady Penny —murmuró el marqués que rodeó a la joven con sus brazos antes de despedirse de ella.

—Durante toda la noche intenté que dejara de usar ese mote tan desagradable para mí, pero veo que no lo hará. —Ella acarició una de las manos con la que el marqués la rodeaba—. Buenas noches... Tal vez esta sea la última vez que nos veamos por un tiempo.

—Soy consciente de eso. ¿Cuál es la ventana de su habitación? —preguntó el marqués analizando la estructura de la casa pensando en si sus habilidades de primate eran suficientes para trepar hasta la habitación de ella.

—Pocas horas en su compañía me demuestran que tiene una idea catastrófica en su cabeza —afirmó ella alejándose un poco para entregarle la capa.

—Aprendió a leerme demasiado rápido, pero eso no me detendrá. Solo no quiero equivocarme y meterme a la cueva del oso, usted sabe, el oso con título que la protege. Sé que me aprecia, pero no estoy dispuesto a poner a prueba su afecto reciente por mí.

—Es una jugada inteligente. Es aquella. —Señaló—. No considero apropiado que me visite por ahí, podríamos conversar por cartas y quedar en un lugar.

—Me gusta la emoción de saber que mi vida corre riesgo, de cualquiera de las dos maneras: por caer o porque entre a la habitación del conde y le acaricie el cuerpo o, peor aún, equivocarme de dormitorio y por error caer en el de su esposa. Seré hombre muerto.

—No piense mucho en eso, su señoría. Adiós...

—¿Así tan fría, sin un beso?

—Señoría...

Edwin la calló con aquel contacto y después se fue para dejar que ella descansara. Fue una noche maravillosa y memorable.

***

El día del cumpleaños de Daniel, todos estaban en la casa con sus respectivos obsequios. Él despertó encontrando su salón lleno de sus parientes, su esposa y su hijo. Quería mantener aquella fachada de odiar a todo ser vivo, mas en el fondo se sentía conmovido por el gesto de los demás. Durante años nadie le había hecho tal detalle y menos viniendo de una familia en donde los sentimientos fueron vistos como una debilidad o vergüenza.

—¡Lo primero será mi obsequio! —interrumpió Penélope a las personas que estaban ahí. Veía a los demás a su alrededor que también querían expresarle sus felicitaciones, mas ella había pintado el presente por meses. Merecía entregarlo primero por ser un esfuerzo mayor.

—Quiero ver cómo ha quedado. Pienso ponerlo en el despacho de Autum Hall...

Sin perder más tiempo, Penélope descubrió la imagen de uno de sus caimanes importados desde tierras más cálidas de América. Él tenía gustos exóticos.

Los demás quedaron sorprendidos por el talento de Penélope al pintar una escena en la laguna artificial bajo la luz del sol. Lo bueno

era que esos reptiles cooperaban sin moverse por horas buscando el calor de los rayos solares. Durante los inviernos siempre perdían a un par, mas con un cuidador especial lograron solucionar el problema del clima, dándole a estos animales un lugar cálido en el cual refugiarse del frío.

—Eres realmente talentosa, Penélope, mi cuñada más empática y agradable... —Daniel apreciaba el obsequio y también que el dinero invertido en las clases no se perdiera por completo.

Los bufidos de Hannah y Alethea no se hicieron esperar. Estaban ansiosas por destronar a esa hermana tan perfecta y molesta. Penélope solo les parecía una lambiscona que había construido su lugar en la familia con base en el aprovechamiento de sus habilidades de adaptación como un camaleón, a los deseos de su cuñado. Sobrevivía mejor que las demás.

La entrega de presentes continuaba. Derek le había llevado una botella de whisky para que siguiera ahogando su conciencia en eso. Le dijo que no había mejor compañía que la bebida.

Alethea le entregó una tabla con mariposas disecadas. Era algo exótico, pero era único que podía darle al no tener dinero propio para algún presente distinto. Su cuñado lo miró como si eso pudiese quemarlo, aunque lo aceptó con un gesto de cabeza, no solía darle su sonrisa a ellas, solo cuando estaba dispuesto a burlarse de alguien podía notar que sonreía.

Hannah se sentó en el pianoforte para ofrecerle lo que podía, ya que estaba en la misma situación que Alethea y, por más que se esforzara, no tenía el mismo talento con los pinceles. Al menos en la música mejoraba día a día. Lord Cholmondeley también aceptó el gesto de ella con una inclinación amistosa de cabeza.

—Bien, ahora te diré en qué consiste mi obsequio —comentó el marqués de Winchelsea a Daniel—. Confieso que hice algo que no te agradará, pero pese a que puedes ser un carcamán, sé que te gustará. Además, evitaré que te saltes el evento. Esta noche tendremos en casa una cena íntima en tu honor...

—Define íntima —ordenó Daniel alzando una ceja.

—Considero que un buen caballo de color negro para tu colección puede hacer que sonrías esta noche y te olvides de la cantidad de personas... —siguió Robert.

—Me siento muy agraviado por esto, pero deberías decirme más sobre el caballo...

—Es uno que deseabas...

Todos notaron el brillo en la mirada del conde. Sabían que a él le gustaban los animales.

—Tú sabes cómo comprar conciencias. ¿Está en mi caballeriza?

Robert asintió.

Para Daniel la entrega de presentes y las felicitaciones habían terminado, lo importante era ver al nuevo espécimen que ocuparía un lugar en sus caballerizas.

Los dos caballeros caminaron hacia las cuadras. Iban sonrientes, hablando sobre la belleza de aquel animal al que verían. Una vez frente a él, Daniel no podía ocultar su sonrisa ante aquella hermosa criatura de pelaje negro, sedoso y brillante.

—Siempre supe que eras mi cuñado ideal. El único que podría hacerme feliz...

—Te salvé de morir absorbido por estas mujeres. Ahora nos arrastran a ambos, pero si el sufrimiento es compartido es menor, ¿no es así?

—Absolutamente. Solo espero que no vayan tantas personas y si van de preferencia, que sean serias con hijos jóvenes a los que pueda conocer. Todavía tenemos dos problemas en la casa, aunque lo de Penélope...

—¿Te preocupa que pueda ser un asunto grave?

—No me preocupa, estoy seguro de que es un asunto grave que requiere una intervención de alguna u otra manera. Como cabeza de familia y el mártir más mártir de los mártires, debo hacerme cargo.

—Puedo compartir la responsabilidad, somos familia. Penélope también es mi cuñada. ¿Crees que si aporto más para su dote el asunto se solucionará?

—No es algo económico, Robert, es una cuestión moral. Sé que el amor es fuerte, pero si no puede vivirse, ¿por qué quedarse estancado? Tiene la oportunidad de vivir con Penélope, aunque sé que eso, desde ningún punto de vista es un premio, es mejor que quedarse solo y miserable con toda la ciudad burlándose. Está humillando a la familia y no puedo seguir permitiendo esto. No te lo he contado, pero lord Monroy está quedándose en casa de su amante.

El rostro de Robert se había puesto pálido. Eso era algo que llenaría de vergüenza a cualquier dama comprometida con él. Una cosa era que la viera con cierta regularidad, mas estar en casa de una mujer casada, durmiendo en la cama del esposo y comiendo la comida que él proveía, era otro nivel de descaro.

—No puede ser posible. Penélope no puede vivir de esta manera.

—Es por eso que, por más que sea mi cumpleaños, no puedo dejar que esto pase desapercibido. Iré a verlo ahora mismo.

—Yo estoy a tu servicio. Es un asunto familiar y somos familia, iré a apoyarte.

Después de ver al espécimen que estaba en los establos y de cepillarlo, salieron de la residencia en el carruaje del marqués con dirección a la casa de lady Armstrong.

Al llegar a la residencia bajaron con determinación para golpear la puerta. Solo Robert entregó su tarjeta de presentación. No quería que lord Monroy se escondiera como una cucaracha detrás de cualquier cosa.

Un mayordomo de aspecto sobrio y servil abrió y los miró.

—¿Lady Armstrong podría recibirnos? —Robert extendió su tarjeta para que el sirviente pudiera leer.

Aquel la observó, después levantó la vista hacia los caballeros que estaban frente a él.

—Hablaré con milady...

Ese hombre no los invitó a pasar. Tendrían que esperar un poco. Unos minutos después la puerta se abrió y pudieron entrar. La casa no era tan lujosa, aunque era evidente que habitaban personas de la

aristocracia en ese lugar. Un niño de unos cuatro años estaba en el suelo jugando con un caballo de madera, al cual azotaba por el suelo con violencia y cerca de él se encontraba una dama de unos treinta años. Era elegante, esbelta y hermosa, aunque no más que Penélope.

—¿En qué puedo ayudarlos? —indagó lady Armstrong que hizo una reverencia para saludarlos.

—Preferiríamos que el niño no estuviese presente. Es un asunto de adultos —aclaró Daniel con respeto.

La dama agitó la campana y una niñera se acercó al niño, lo cogió en brazos y lo llevó hacia un pasillo.

—Siéntense, por favor... —pidió la mujer.

Los dos fueron a sentarse hacia donde la mujer lo había hecho.

—Soy lord Cholmondeley y no adornaré lo que nos trae aquí, milady. Sé que lord Monroy está en esta casa.

—Está equivocado, milord. Lord Monroy no puede estar en mi casa —negó la mujer corrigiendo su postura.

—No me haga gritar su nombre. Tengo gente que lo ha visto aquí, no tiene sentido seguir mintiendo. Hágalo venir, porque lo que tengo que decirle es de suma importancia.

Ella tragó saliva y se levantó del sillón en el que se había sentado. Regresó después de un rato en compañía de aquel.

Daniel contenía la furia al verlo ahí.

—Le presentaré a mi concuñado, el marqués de Winchelsea, lord Monroy. Está aquí porque este es un asunto familiar.

—Lamento las circunstancias —afirmó Robert con el rostro más serio que de costumbre. Hizo una venia y lo miró con mucha desaprobación.

—Es un placer. —Lord Monroy no quería sentirse avergonzado, pero comenzaba a hacerlo.

—¿Podríamos hablar en privado los tres? —preguntó lord Cholmondeley.

Lady Armstrong no se opuso y se perdió en el pasillo por el que había ido su hijo.

—Usted es repulsivo, lord Monroy. Nos ha mentido con su excusa y lo peor no es eso, sino que esté aquí, avergonzando a nuestras familias, aprovechando que el ingenuo que mantiene este lugar está ausente —acusó Daniel sin perder tiempo.

Rudolf bajó la mirada sin poder defenderse.

—Mi situación es complicada —dijo sin mucha convicción.

—Pues «descomplíquela» para mí ahora mismo —exigió el conde.

—No tengo defensa. —Fue lo único que pudo articular.

—Entonces, ¿cómo queda este compromiso si no puede mantener el pantalón en su lugar? A mí no me tomará el pelo. Se irá con nosotros ahora a su casa y permanecerá ahí. Si me entero de que vuelve a las andanzas será lo último que hará en su vida, porque tomaré medidas drásticas. Solo le doy una oportunidad más si desea a Penélope y si no, puede dejarla ir.

—Por supuesto que quiero casarme con ella, lord Cholmondeley.

—Compórtese como un hombre respetable para que lo respeten, lord Monroy. Nosotros no damos segundas oportunidades ni negociamos con rufianes —advirtió Robert.

—Ha llegado el momento de decidir. Si se va con nosotros tendrá que dejar esta casa para siempre y no volver a ver a esta mujer casada. Es vergonzoso que no tenga la pericia suficiente para darse cuenta de lo que hace. Recoja sus cosas y venga con nosotros —ordenó Daniel con determinación—. Dígale adiós a su amante.

Capítulo 25

El conde de Monroy tuvo que agachar la cabeza y ceder ante la exigencia de su futuro concuño. Aquel no andaba con rodeos y lo había ultimado. Sabía que no podía seguir así, pero le costaba dejar sus viejos hábitos.

—Lo haré —aceptó. Fue primero a buscar a lady Armstrong y dejó solos a las visitas.

—No puedo creer que este hombre tan pusilánime sea el prometido de Penélope. No lo quiero en la familia. Prefiero mil veces a lord Rotterdam —dijo Robert, enfadado—. Este ni siquiera hace honor a los caballeros.

—Lo sé. Tengo la esperanza de que falle y libere a Penélope. Hay un gran candidato para ella.

—Por favor... No puedes estar hablando en serio.

—Lo estoy. Quizá no sea el mejor de todos, pero está loco por Penélope. Para mí ese libertino vale la pena...

Los dos comenzaron a hablar sobre el marqués de Torton y ambos coincidieron que, por las características que presentaba, era el esposo y concuñado ideal para unirse. Estaban pensando en que lo mejor era que ellos escogieran al próximo esposo de cada una de ellas con base en los gustos de los caballeros que integraban la familia. Ellas no eran de fiar por sus pésimas elecciones, incluso con un compromiso concretado, pues Daniel le había comentado a Penélope el gran defecto del conde de Monroy.

Después de varios minutos, el marqués regresó sin nada en la mano. No tenía una sola cosa que pudiese indicar su presencia, lo que hacía evidente que iba y venía. Todos en Londres sabían que él no estaba fuera de la ciudad, por lo que las mentiras de aquel eran obvias. Lo que hacía que sintieran aún más rechazo por ese hombre.

Al salir de la casa de la mujer trataron de ser discretos, pero todos sabían que era la cueva del pecado y los ojos curiosos no

dejaban de dirigirse a ellos. La gente pensaba que esa mujer ya era una hereje.

Fueron hasta la residencia del hombre en el que la tía de aquel los recibió. Observó a Rudolf con desaprobación y le señaló que se retirara, pues suponía que los caballeros habían hablado con él lo suficiente durante el trayecto.

—No podemos hacer nada para detenerlo, milord. Lamento que nos haga pasar tanta vergüenza —se disculpó la dama.

—No es su culpa, milady. Él es un adulto y supongo que sabe cuál es su lugar en el mundo y el respeto que le debe a su compromiso. Hoy es mi cumpleaños y mi buen amigo y pariente, el marqués de Winchelsea, ha preparado una fiesta en mi honor. Quiero que asistan ustedes, pero no lord Monroy —comentó lord Cholmondeley.

—Agradecemos la invitación, pero en esta ocasión tendremos que declinar. Este hombre no puede quedar sin supervisión. Además, no me quedarán fuerzas después de todo lo que le diré. Mis disculpas para su familia. No sé la razón por la que actúa así.

—Se llama desesperación, pero debe entender que esa mujer no podrá ser suya hasta que quede viuda y en ese caso solo le queda rezar para que lo envíen en alguna misión en donde lord Armstrong pueda ser asesinado —afirmó Robert.

—Oh, por Dios, no digan esas cosas.

—Es lo que su sobrino espera como un ave carroñera, pero si se descuida, quien terminará muerto será él. Cuídelo. —Daniel se despidió dejando eso en el aire. No fue del agrado de lady Elizabeth, pero era la realidad.

Los dos regresaron a la casa de Daniel, en donde al entrar encontró a sus cuñadas discutiendo entre ellas. Tenía a Mildred intentando mediar entre las otras.

—Este no es un gallinero, es mi casa —gruñó Daniel y ellas se dispersaron.

—Estaban discutiendo por el mejor obsequio que te dieron... —confesó su esposa que se acercó a él para refugiarse después de

que estuviesen a punto de tomarse de los pelos.

—El mejor fue el de Penélope —dijo haciendo que Hannah y Alethea estuviesen con el rostro molesto y los brazos cruzados bajo el pecho. Eran como dos gotas de agua hasta en las expresiones. En realidad, todas se parecían demasiado en los rasgos.

—Siempre es lo mismo contigo, Daniel. Espero que pronto Penélope se case y se vaya de la casa —espetó Alethea que se retiró después de arrojar un jarrón al suelo. Sabía que le costaría un castigo, pero no le importaba, necesitaba que sus demonios salieran de su cuerpo.

—¡Jovencita rebelde y desbocada! ¡Pegarás el jarrón con tu saliva! —advirtió Daniel que negaba con la cabeza—. ¿Es así como recuerda que es mi cumpleaños? Recuérdenme hacer un berrinche en el suyo. Tal vez arroje alguna de sus joyas al estanque. Gozaré viendo cómo intentará encontrarlo.

Penélope sonrió al ser la ganadora y miró a Hannah con suficiencia. Sabía que ella estaba enfurecida, pero al escuchar el castigo que podría recibir lo mejor era guardar silencio. Reaccionar solo haría que terminara arrepintiéndose. Tragar su orgullo era lo correcto. Al final aquella se retiró en silencio.

—¿A dónde han ido? Dejaron este gallinero sin gallos y se ha vuelto un desastre —habló Penélope.

—Tú sabes lo que he ido a hacer —musitó Daniel—. Saqué a tu prometido de la casa de su amante, en el sentido literal de la palabra, Penélope.

Esa noticia le cayó como agua fría. Había olvidado por completo la existencia de lord Monroy después de haber disfrutado de la compañía del marqués de Torton, tanto sus ojos como su mente le gritaban con desesperación que él era el hombre con el cual deseaba estar, pero su prometido era un inconveniente que debía quitarse de encima si quería casarse con Edwin. Dentro de sus delirios, él estaba dispuesto a todo para que estuviesen juntos. En un primer momento, ella pensaba que aquel era un hombre demasiado ambicioso para perder su posición y por eso deseaba casarse, pero

la definición de ambición no encajaba con él, ya que, si solo se tratara de mantener su título, hubiese escogido a cualquier dama, pero no era el caso de Edwin. Pareciera estar verdaderamente enamorado.

—Qué humillante —declaró con sorna. Que sus cuñados tuviesen que sacar al próximo integrante de la casa de su amante. Ella arrugó su vestido con rabia y alzó el mentón—. ¿Qué ha dicho en su defensa?

—Nada. Es alguien que no mentirá cuando ya es descubierto en otra mentira. No es inteligente, pero tampoco es tan tonto. No lo quiero en la familia, Penélope —confesó Daniel—. Por ahora dice que quiere casarse contigo, pero yo solo espero que vuelva a hundirse. Es un animal de costumbre y, por lo que podemos ver, siempre vuelve. No es vida lo que tendrás si lo que pretendes es amar.

—Ya no quiero este matrimonio arreglado. Me arrepiento tanto. Quisiera corregirlo.

—Es un poco tarde para echarse atrás, Penélope. Debemos esperar a que él cometa errores y salir lo más limpios posible —opinó Robert.

—¿No sería más limpio que terminara mi compromiso con él? Es por nuestra reputación. Esta humillación no habla bien de nosotros como familia.

—Ciertamente es así; sin embargo, buscamos algo más, que todos se aseguren de quién es él y no queden sospechas sobre su comportamiento pecaminoso con una mujer casada que ni siquiera es bonita y, es evidente que el hijo no es de lord Monroy. No tiene una sola facción suya, pese a que no conozco a lord Armstrong. La sangre de este hombre es fuerte, por algo el esposo no ha acabado con esa dama —aseguró Daniel.

—No importa lo bonita que sea, yo necesito mi libertad...

Para Daniel no había mucho más que decir o hacer. Sabía lo que debía llevar a cabo para la liberación de su cuñada y la próxima integración del miembro deseado para la familia. El padre del marqués fue invitado, por lo que toda su familia también debería ir.

Esa era su oportunidad de formar otros vínculos mucho más interesantes que con un hombre que humillaba a su familia con su comportamiento inapropiado.

Su cuñado le recordó su desgracia que al menos se había ido por un par de horas después de recordar los apasionados besos de un marqués que rogaba por ella. Nunca sabría si sus intenciones eran sinceras, pero en este punto de comparación entre su prometido y él, prefería lo que le ofrecía un extraño que le resultaba fascinante. Contaba los minutos para otro encuentro, y si el marqués de Torton no era capaz de escribirle una carta para acordar un lugar, ella definitivamente lo haría, porque deseaba lo que él podía entregarle. Le gustaba su vitalidad, su locura, su predisposición y, sobre todo, su devoción por ella. ¿Qué mujer no deseaba sentirse importante? Él hacía todo eso sin que lo pidiera. Esperaba pronto poder verlo.

Con el pasar de las horas, todos en la casa se preparaban para ir a la residencia de Robert, salvo los niños, Hannah y Alethea. Hannah no había dejado de llorar, pues ella creía que cumplía la edad para que pudieran verla en sociedad, pero la negativa de Daniel a exponerla antes de tiempo la destrozó. Sus sueños estaban hechos añicos. Las últimas dos hermanas Hess eran un mar de rencor y tristeza contra su cuñado y tutor, lo que las convertía en probables personas rebeldes.

Penélope se sintió un poco identificada con ellas, pero no podía hacer mucho, entendía la reticencia de su cuñada por conservar a las más pequeñas para que su debut fuese una verdadera sorpresa, aunque ellas no lo entendieran y quisieran quemar etapas antes de tiempo.

Los pendientes que le había obsequiado el marqués eran lo mejor que tenía en su joyero en aquel momento, no solo por su valor económico, sino por el sentimental que él comenzaba a representar en su vida.

Cuando Daniel la vio bajar tan arreglada y con ese detalle imposible de pasar desapercibido, directamente caminó hacia ella y la cogió de ambos brazos para que se quedara quieta.

—No tengo un comprobante de esos pendientes —advirtió Daniel con los ojos achicándose.

—Tal vez sea porque no me los has dado tú —replicó tratando de esconderse—, o quizá lo olvidaste.

—Mi bolsillo resentiría esa joya... ¿Fue Robert?

—¿Y si fuese él?

—Pues debería conversar conmigo. ¿Sabes lo que esos pendientes harán en la mente de tus hermanas cuando lo vean? Aquí las únicas diferencias son en los cumpleaños y debut, después no puede haber un obsequio de esta categoría ajeno a lo que se puede entregar a cada una.

—Lo sé...

—Confiesa ahora antes de que me ponga a investigar.

—¿No te lo han contado Mildred, mi madre, Diana o yo misma?

—Tal vez dijiste algo sobre que alguien envió un presente para ti... No lo recuerdo bien, bebí demasiado la noche anterior.

—Sí, es este...

—¡Quién fue! —exigió.

—Te dije que fue el marqués de Torton y que me lo quedaría. Después de que lo visitaste pensó que sería bueno hacerme un presente de esta magnitud porque me dolían los pies, según le has dicho tú.

—Ah, ha sido él... —Daniel miró con detenimiento las joyas—. Tiene buen gusto.

—¿Se lo vas a reclamar o me obligarás a devolverlo pese a que dije que me lo quedaría? Prefiero la muerte antes que entregar esto que me pertenece solo a mí.

—No te obligaré a nada, pero tendrás que aclarar las preguntas de tus hermanas si llegaran a surgir. No pienso ser el villano o verme en la obligación de comprar algo de igual valor para esas dos envidiosas. Ponte en el lugar de ellas.

—¿No cuestionarás al marqués por lo que hizo?

—No. Es un acto de liberalidad, es su dinero. Pregunté por las joyas porque sé que tu prometido sería incapaz de un detalle así ni

siquiera para disculparse, es un verdadero patán al que odio.

—Tú no declaras odio hacia nadie...

—En esta ocasión sí. No me agrada, ni siquiera lord Rotterdam ha sido tan despreciable, ha sido destronado.

Los dos se dedicaron una sonrisa y continuaron su camino hacia el carruaje para ir a la casa del marqués de Winchelsea.

Cuando llegaron hasta ahí, Daniel parecía seguro, aunque socializar demasiado no era lo suyo. Sabía que en cualquier momento se le acabaría la energía social y terminaría apagando las lámparas que mantenían el lugar activo.

Capítulo 26

Edwin en compañía de su familia estaba ahí, incluidos Ernest y Coraline. Él estaba ansioso por ver a Penélope esa noche. El que cumplía años aún no aparecía, pero lo haría pronto. Al momento que los vio entrar supo que, antes de abordar a la joven, debía acercarse a lord Cholmondeley y ofrecerse como sacrificio si fuese necesario. Ese hombre era su oportunidad para que hiciera desaparecer a lord Monroy. No andaba con rodeos, era alguien correcto y preocupado por su familia, no había persona más fiable que él para emparentar.

—Recuerda que esa mujer está comprometida —avisó su cuñada a Edwin.

—Lo sé, pero no será por mucho tiempo. Tu puesto como la nuera favorita se tambalea, Coraline —dijo en tono burlón.

—Si eso me convierte en una persona libre de tus locuras, acepto perder todos mis privilegios —replicó Coraline sin dudar—. Sin embargo, siempre pueden matarte en un duelo. Trata de que no lo hagan para que no me convierta en marquesa y después en duquesa. Te estoy dando la motivación suficiente para que te aferres a la vida...

Su cuñada nunca perdía la oportunidad para hundir el dedo en la llaga. Era una mujer astuta que con tal de no darle tregua estaba dispuesta a sacrificar su propia vida. Ambos se enfrentaban de esa manera tan alevosa porque así habían aprendido a convivir.

Con un pequeño estuche en la mano se acercó a lord Cholmondeley que estaba saludando al anfitrión, a su madre y a la esposa. Era una perfecta reunión familiar. Sus ojos se cruzaron con los de Penélope, pudiendo notar un sonrojo importante en sus mejillas y una felicidad al verlo, esa sonrisa que intentaba ocultar la delataba. Le sonrió para que muriera de vergüenza.

Penélope quería que se la tragara la tierra. El marqués estaba coqueteando con ella sin un atisbo de vergüenza en sus acciones. Ella no podía dejar de verlo. Era tan atractivo que pasarlo por alto

podría considerarse un pecado imperdonable. Agachó la cabeza para ocultar todas las emociones que pasaban por su rostro.

—Lord Cholmondeley, es un placer saludarlo en este día —saludó el marqués de Torton a Daniel y después hizo una inclinación de cabeza amistosa.

—Oh, su señoría, qué gusto verlo. Quería presentarlo con mi amigo y concuñado, Robert, somos compañeros del mismo dolor. —Daniel correspondió al Edwin.

—Le he traído un presente especial... —Le enseñó la cajita que el conde abrió frente a él. Dentro estaba un elegante prendedor de diamantes, algo poco común para un obsequio entre personas que apenas se conocían.

—¿Trata de convencerme como lo hizo con Penélope? —cuestionó con humor.

—Absolutamente. No puede decir que no me esfuerzo lo suficiente.

La sonrisa en el rostro de Daniel solo podía indicar lo complacido que estaba con Edwin. Le urgía deshacerse del prometido de Penélope para otorgarle el puesto que pronto quedaría vacante, debía tener paciencia para que las cosas cayeran por su propio peso.

Después de aquel momento que compartieron, Daniel, orgulloso con su nuevo y elegante prendedor, presentó al marqués de Torton con Robert. Ese trío parecía contener más que algo en común, sino también altas expectativas. Tanto Edwin como Robert compatibilizaron al instante, tal como lo habían hecho Daniel y el marqués en el pasado. Presentaron a las damas desconocidas y luego llegó el turno de que Edwin y Penélope se volvieran a encontrar de frente.

—No me dijo que vendría a este banquete —comentó Penélope en voz baja, tratando de que la curiosidad de su familia no los hiciera leer sus labios.

—Quería darle una sorpresa. Si hoy no podía verla aquí, hubiese buscado la manera menos convencional de hacerlo. ¿Vendrá su prometido?

—Daniel ha dicho que no. Hoy lo ha sacado de su refugio en casa de lady Armstrong personalmente. Dicen que fue algo embarazoso tener que llevarlo a su casa y enfrentar a la familia de él.

—Lo imagino. Tal vez se parezca a las veces en las que mis sirvientes me llevaron a casa en condiciones deplorables después de varios días de fiesta. Admito que no he sido un ejemplo de persona, pero soy honesto.

—A veces lo comprendo y otras veces me aterra pensar en usted como alguien sincero. Su sinceridad es extraña, me hace desconfiar.

—No soy yo quien le envía una excusa diciendo que está fuera de Londres. Quizá le dé miedo un hombre como yo por mis antecedentes poco alentadores, pero eso sería juzgarme sin tener la oportunidad de conocerme. Ser un calavera no me exime de tener sentimientos, obligaciones y problemas. Tengo mis momentos iluminados y, créame, no parezco un ebrio de cinco días.

Ella le entregó una leve sonrisa.

—Venga con nosotros, su señoría. Robert está interesado en conocer a su familia —alegó Daniel dándole un golpe en el hombro a Edwin.

—Por supuesto. ¿Viene, lady Penélope? Quisiera presentarle a mi familia.

La presión para Penélope era terrible. Sabía las intenciones del marqués, pero no sabía qué podían pensar sobre ella los duques.

La familia Hess se acercó a los Neville y sonrieron en medio de las tediosas presentaciones. Al llegar el turno de Penélope y Coraline, Edwin dirigió toda la atención a ver cómo se desenvolvía la situación.

—Es bueno conocer a la persona más popular de la temporada social —musitó Coraline con voz suave y agradable.

—Gracias por el cumplido, milady. El marqués de Torton me ha hablado de usted.

—Supongo que no de buena manera. Se quejó de mí, lo puedo asegurar, pero no se preocupe, algunos cuñados con personas que

no toleran a los demás por el simple hecho de estar vivos y ser diferentes.

—Eso me recuerda a mi cuñado... Ahora tengo dos y las cosas son difíciles cuando se unen.

—No podría con dos cuñados, eso es tan complicado...

Las dos reían entre ellas diciendo cosas que solo aquellas podían entender, mientras que Edwin luchaba por mantener la atención en la conversación de negocios entre su padre y lord Cholmondeley y su concuñado. Lo que ocurría entre su cuñada y Penélope no era lo que esperaba. Hubiese deseado ver cómo se sacaban los ojos, pero lo único que veía era que había ganado una nueva forma de avergonzarse con esa amistad entre las dos.

Verlas conversando tan animadamente hacía que sus planes de ver un duelo de titanes cayeran por los suelos. Penélope parecía más la cuñada ideal que la mujer que lo defendería en una contienda durante la cena. Lo más probable era que saliese en su contra y no a su favor.

Mientras ellos mantenían conversaciones con otras personas, no podían evitar observarse, como si intentaran comunicarse, hablar sobre cualquier cosa, pero solos. Había demasiadas personas alrededor y ellos parecían inquietos, pese a que lo que hablaban era algo interesante. Mediante unas miradas indicativas hacia la mesa del tentempié, hicieron que Edwin tomara la iniciativa. Pidió permiso a la tertulia que integraba y se retiró con esa excusa. Sin perder mucho tiempo, Penélope también se disculpó con la suya y pretendió estar a una distancia prudente del marqués.

—Contaba los minutos para deshacerme de la buena compañía. Sus cuñados son personas excepcionales e inteligentes. Definitivamente, quiero formar parte de este círculo selecto. Lord Monroy no merece nada de esto, es un privilegio para alguien tan sucio.

—Él no es mala persona, pero admito que sus sentimientos lo llevan a tomar malas decisiones.

—Si usted se casa con él, corro el riesgo de terminar igual, pero yo no tendría tanta paciencia, lo mataría para quedarme a su lado.

—Deje de decir esas cosas. Lo que nosotros tenemos es algo extraño que no alcanzo a descubrir.

—Si tiene dudas puedo responderlas en el jardín. He visto una salida interesante hacia ahí, milady. Solo sígame después de unos minutos.

Penélope no alcanzó a negarse, vio partir a Edwin y ella se quedó ahí, nerviosa, mirando en todas direcciones. Bebió un sorbo de su copa de vino y lo siguió.

Aquel caballero no había perdido el tiempo para encender un cigarro. Tenía sus vicios en la misma mano. Al distinguirla, el marqués se adentró un poco más al jardín para que nadie los viera.

—Aquí estaremos seguros —dijo Edwin con una sonrisa que ella apenas alcanzaba a ver con la tenue luz de la luna.

—Estamos a un paso de llegar a otro condado, su señoría —se burló al darse cuenta de lo lejos que estaban del salón.

—Me encantaría huir con usted. La llevaría hacia Gretna Green para casarnos. Regresaría como marquesa y pondría en su lugar a ese calzón flojo de lord Monroy.

Una risita divertida escapó de los labios de Penélope. Le dio otro sorbo a su bebida y colocó una mano en el antebrazo del marqués. Parecía necesitar el contacto. Eso hizo que aquel no dudara un segundo en buscar la boca de ella.

Cuando los labios de ambos se tocaron, Penélope se aferró al pecho de él, hambrienta por sentir. El aroma del whisky y el tabaco eran embriagadores en aquel acercamiento. Con cada beso que pasaba, ella parecía más confiada en Edwin. Estaba corriendo el riesgo con ella y haciendo propuestas reales.

—Usted es lo que merezco, señoría, aunque no lo que tengo —confesó acariciando el rostro de él con la mano libre.

—Eso depende de usted. Me tiene completamente a su merced. Estoy dispuesto a ser su acompañante, pero mi objetivo es ser su

esposo, no merezco un lugar menor a ese. Fui un libertino, pero eso no significa que solo sirvo para calentar camas.

—Me divierte tanto, pero no puedo dejar de pensar en que no será posible casarnos y más aún si lord Monroy pretende convertirse en un buen prometido.

—Usted y yo sabemos que esa fachada no durará mucho. Los vicios son adicciones al fin, él no puede dejar a esa mujer. La obsesión por ella terminará con uno de ellos muerto. Espero que sea lord Monroy quien muera para quedarme con lo más valioso que tiene: usted.

—Por favor, no hable de la muerte de nadie.

—Se me permite soñar despierto, los sueños son para los ricos y pobres, no distingue clases sociales.

—No creo que esté bien lo que hacemos, ni lo que pensamos. No porque lord Monroy sea deshonesto, yo también debería serlo. Sigo los consejos de alguien a quien le interesa tenerme, ya sea por los sentimientos o por un interés mayor.

—Me descubrió en mi maléfica intención de apropiarme de sus pensamientos.

—¡No se burle! Me cuesta creer en usted y en cualquier otra cosa que use pantalones en este momento. Solo creo en mis cuñados que son personas excepcionales.

—Con los que no se puede casar, lady Penny, aunque hasta el momento tampoco puede hacerlo conmigo. Su situación es complicada.

—No quiero casarme con mis cuñados, es solo que son los únicos que han demostrado que son confiables y preocupados. Tienen defectos, por supuesto. Robert es mitómano y Daniel, bueno, es Daniel...

Los dos rieron ante eso y siguieron cerca el uno del otro. Sabían que no podían permanecer de esa forma por mucho tiempo, por lo que Edwin no perdió un segundo más, cogió a la joven de la cintura y la acercó a su cuerpo. Se dirigió a su cuello para absorber su aroma completo y embriagarse con él, mientras que Penélope sentía

su aliento caliente contra su piel, quemándola de una manera casi insoportable. Su barba incipiente clavaba su piel, haciendo que sus sensaciones se intensificaran. Lo único que deseaba era perderse en sus brazos y de esa manera encontrar la claridad necesaria para que el camino hacia la felicidad no le costara muchas lágrimas. Entendía que su prometido solo le daría vergüenza y dolores de cabeza, pero aún seguía vigente. No le quedaba más que aceptar esa realidad que no era ajena para ninguno de ellos.

No sabían cuánto tiempo habían estado disfrutando casi en silencio de lo que deseaban del otro. Tanto las bebidas como el cigarro habían terminado, lo que indicaba que quizá permanecieron más de lo recomendado que, de hecho, no era recomendable. No debería estar en el jardín con un libertino, ¿en qué demonios estaba pensando? Después sopesaba la sinceridad de Edwin y mantenía la calma para no perder la cordura con todo lo que estaba viviendo. Su vida había cambiado en pocas semanas y no sabía si para bien o para mal.

Capítulo 27

—Debemos regresar —manifestó ella que acarició el brazo de él con dulzura.

—No me haga volver a sufrir. No puedo concentrarme teniéndola cerca... —Edwin se apoderó de sus labios con fuerza y demencia. Quería llevarse toda su esencia antes de tener que dejarla.

Penélope lo alejó con una sonrisa pícara en los labios.

—Los encuentros pueden volver a repetirse, solo es cuestión de mantener el contacto, señoría. Si no podemos volver a conversar hoy, escríbame mañana para acordar...

—Eso ni siquiera hace falta decirlo, sin dudas estaré al pie de mi escritorio dedicándole unas palabras sutiles para que acepte encontrarse conmigo. Sé cómo persuadirla.

La joven sonrió y antes de irse le dio un beso rápido y se apresuró a regresar a la mesa del tentempié. Cuando entró, vio la dinámica de las tertulias bastante cambiadas. Daniel la miraba como si se tratara de una delincuente común, faltaba poco para que le escupiera en la cara.

—Es mi cumpleaños, Penélope, ¿en dónde diablos te has metido todo este tiempo? —cuestionó con los brazos cruzados bajo el pecho.

—Estaba bebiendo en el jardín. Sabes que el vino me pone muy feliz...

—Menos mal que solo eres una ebria en la que se gastó mucho dinero en su educación y no una dama en la que se gastó mucho para terminar en el jardín con un hombre de dudosa representación, ¿no es así?

—Absolutamente. De los males siempre ves el menor... —lo alentó Penélope que sospechaba que él podría saber algo de lo que había ocurrido entre ellos. Daniel no era tonto, siempre estaba un paso adelante. A él no podrían sorprenderlo ni aunque lo intentaran toda una vida.

Los ojos perspicaces de lord Cholmondeley no se trataron el cuento de la joven y él sabía cómo disipar sus dudas.

Siguiendo con la noche, Penélope se sentía extrañamente feliz después de haber pasado aquel corto tiempo en compañía del marqués. Era evidente que cuando lo deseaba, él era un hombre maravilloso y su corazón le decía que pecara de todas las maneras posibles en su compañía. Su acercamiento era como una llama que se acercaba para quemarla por completo. No podía pensar con claridad y notaba que sus valores morales estaban comprometidos hasta la médula. No podía pensar en portarse bien cuando lo veía caminar por ese salón, tentándola con su figura y sus labios atractivos. Él era como su camino al infierno.

Con su abanico, Penélope le enviaba mensajes sutiles. La comunicación verbal era nula por los compromisos que estaban cumpliendo, pero sus gestos hablaban como cotorras deseosas por dejar ese salón e ir a estar juntos. Daniel parecía una garrapata pegado al marqués de Torton. Él era el más interesado en tener su atención, no lo dejaba respirar ni siquiera para ir solo a la mesa del tentempié para poder cruzar un par de palabras más.

Pese a disfrutar de la compañía y la conversación con lord Cholmondeley, Edwin estaba más concentrado en los gestos que le hacía la cuñada de este. No sabía si ella comprendía los mensajes que le enviaba gesticulando. Faltaba poco para que arrojara sus prendas al suelo y se arrojara sobre ella como un animal salvaje, pero debía mantener la compostura porque se hallaba en compañía de su cuidador.

—Ahora que estamos solos, quería comentarle que he notado su ausencia tiempo atrás... —dijo Daniel con media sonrisa adornando su rostro.

—Fui a encender un cigarro al jardín. La noche se ve hermosa. Hace bien separarse un poco de tanta gente.

—Salga conmigo para encender otros y mirar el cielo.

Los dos caballeros fueron caminando hacia el jardín por el mismo lugar por el que salieron Penélope y Edwin. Después de encender

sus cigarros y hacer figuras onduladas con sus bocas, Daniel miró al marqués con fijeza.

—No quiera hacerme pasar por tonto, señoría. Me agrada, pero el abuso de confianza es malo. Soy alguien que primero usará la vía de la comunicación efectiva y, si no resulta, la comunicación defectuosa.

—No quisiera responder mal a lo que quiere decir, pero agradecería que me dijera a qué me enfrento y cuál sería la comunicación defectuosa...

—Usted se encontró con mi cuñada esta noche en el jardín. Ella olía a whisky y cigarro y eso no es común en Penélope, suele apestar a azúcar empalagosa y galletas quemadas.

—Si hubiese sido de esa manera, ya su cuñada estaría siendo devorada por mí. Tiene aroma a perfume.

—Al menos debería intentar mentir. ¿Qué trata de hacer? ¿Le levantará la falda o le dirá cosas que calentarán sus oídos?

—Ninguna de las dos cosas. No es mi intención faltarle al respeto, lord Cholmondeley, solo que su cuñada me interesa y eso significa que, si tengo que acabar con la ciudad para tenerla, lo haré.

Daniel buscaba en los ojos del marqués algún tipo de rastro de que podían ser exageraciones o un engaño; sin embargo, notaba una determinación que él podía identificar como lo mismo que había visto en los ojos de Robert y en los suyos cuando había decidido conquistar a su esposa. Ese fuego no podía apaciguarse con nada hasta conseguir su objetivo o morir en el intento.

—Le pido que sea paciente y no se exhiba con ella por cada lugar que pueda. Le dará aires de víctima al desgraciado de lord Monroy. Estoy a un paso de aplastarlo.

—Quien necesita paciencia es usted, milord. Yo acecho como un felino en la oscuridad. El día menos pensado tomaré un arma y solucionaré el problema. Considero que existirá alguien a quien culpar.

—No robe mis ideas...

—Tengo más de donde salió esa, lord Cholmondeley. Soy un caballero paciente y no dejaré que lord Monroy se salga con la suya por más que me hunda en el proceso y quede como el peor de los hombres. Usted y yo sabemos la verdad, es una cuestión de salvar la reputación de una dama y su felicidad futura. Sé que no soy el hombre perfecto que cualquier padre, hermano o tutor, desearía para su familia, pero en mi casa hay algo que se llama afecto, del cual nunca carecí y soy capaz de darlo.

—No hace falta que lo diga. Tampoco he sido un buen hombre antes de entrar en este pequeño infierno, pero me hace feliz. Lo que importa es lo que quiere darle a Penélope.

—Suena romántico viniendo de un caballero como usted... —manifestó Edwin con una media sonrisa.

—Solo tengo que buscar dos cosas en estos próximos cinco años: caballeros de verdad para compartir la carga y la felicidad de mis cuñadas. Es una relación en la que todos salimos ganando. Mi paz y tranquilidad no tienen precio. Quiero criar a mis hijos en un ambiente en donde no me estén viendo echar espuma por la boca. A veces es difícil. Fui a meterme a la cueva de un par de fieras.

Una sonrisa genuina escapó de los labios de Edwin.

—Unas fieras hermosas. Considero que vale la pena cualquier riesgo.

—Absolutamente, solo que me estoy haciendo un poco viejo siendo el patriarca obligado de la familia. Quiero acabar con esto. Cuando Alethea salga por la puerta para casarse, será el día en que la paz llegará para quedarse. A medida que una se va, un sentimiento viene a ocupar su lugar.

—Es un verdadero mártir, lord Cholmondeley. Sufrir solo con una cuñada es una bendición, tal vez no pueda llamarme afortunado...

—Si por algún error del universo llegara a integrarse a la familia, tendrá a su actual cuñada y las otras cuatro que se le unirán. Las últimas dos valen al menos por cuatro mujeres con quejas interminables.

—Brindaría con usted, pero no tengo una copa...

—Volvamos adentro. Solo recuerde mantener la compostura. Ya son suficientes los murmullos sobre Penélope respecto a su compromiso como para echar más leña al fuego con una asociación con usted. Por el momento debe permanecer en secreto. Tiene mi aprobación para cortejarla, siempre y cuando la relación que nos une a lord Monroy termine.

La mente de Edwin hacía todo tipo de planes para forzar la inminente salida del conde de Monroy de la vida de Penélope. Había logrado varios objetivos en poco tiempo. Uno de ellos era tener a lord Cholmondeley de su lado y conseguir la atención de su lady Penny.

Regresaron al salón y Edwin, pese a las advertencias de lord Cholmondeley, continuó al acecho de Penélope, pues ella tampoco lo dejaba en paz.

El marqués de Winchelsea mandó preparar la mesa de una manera un tanto maliciosa. Colocó a Edwin junto a Penélope. La disposición de los lugares era conspiratoria.

—Su familia me adora, lady Penny —murmuró inclinándose un poco hacia Penélope.

—Silencio, no quiero que nos oigan... —masculló detrás de su abanico. Esa noche lo utilizaba más que nunca, porque entre ellos necesitaba existir una comunicación más ágil.

—Me ha hecho tantos gestos con ese abanico que estoy próximo a relinchar como un caballo. Debería ser más consciente de lo que hace con eso, puede confundir a los caballeros.

—Solo me abanico, si usted tiene la mente podrida es otro asunto, señoría. Mi inocencia está intacta.

—Por poco tiempo.

El sonrojo subía por el rostro de la joven pensando en esa amenaza que más sonaba a promesa.

Sirvieron los platos y los comensales comenzaban a comer. Robert era un gran anfitrión que hacía que Daniel fuese más protagonista que nunca. Cuando lo veía con la energía social

agotándose, lo ayudaba a volver a enfocarse para dejar a su carcamán en un rincón para que saliera al día siguiente.

Penélope miraba de reojo al marqués de Torton. Él opinaba, hablaba y se reía con los demás invitados y lo hacía con confianza. Ella lo admiraba con un brillo diferente en los ojos. Se veía a su lado en las largas cenas familiares. Era alguien que encajaba con la esencia de lo que su cuñado construía para la familia.

La joven creyó que estar en silencio la salvaría de cualquier inconveniente con Edwin, mas él, en un acto imprudente, colocó su mano en la rodilla de ella y Penélope dio un respingo que le hizo golpear la mesa. Las copas se movieron y las miradas se dirigieron a ella.

El marqués quería estallar de risa, pero apenas se contenía. Esa era una pequeña diablura que no pensó que le saldría así, intentaba seducirla con un par de toques; sin embargo, terminó asustándola. Al parecer estaba perdiendo sus dotes de calavera para la seducción.

La vergüenza la aplastaba como un carruaje en su espalda. Colocó una sonrisa nerviosa antes de inventar algo que pudiese sonar convincente.

—Sentí que un bicho subía por mi media, lo lamento —se disculpó. La mirada de su cuñado le decía que no había creído ni una coma de su frase. Lo vio dirigir sus ojos a su acompañante, el marqués, y lo observó con suspicacia.

Edwin trataba de pasar desapercibido. Tal vez para la mayoría, pero para la familia de la joven no era posible hacerlo. Parecían halcones cazando a su presa. Consideraba que en esa ocasión había escogido un mal momento para darle una caricia atrevida a Penélope.

Qué vergüenza sentía al darse cuenta de que se había vuelto el centro de la reunión por las razones equivocadas. Era evidente que, el hombre al que le pidió ser su amante, no era el más discreto de la región, mas ella necesitaba discreción, por lo que lo ignoraría hasta que entendiese que el silencio era la mejor arma que tenían.

Siguieron cenando, pero Penélope había decidido que Edwin debía sufrir su ausencia emocional, quizá ella estuviese ahí, pero ni siquiera lo miraría.

Al terminar, ella se alejó y fue a unirse a una tertulia. No se quedaría un solo minuto para ser abordada por él.

A medida que las horas pasaban y lo invitaban a los juegos, Edwin se sentía desesperado, pues no podía liberarse de las personas que lo rodeaban para intentar hablar o al menos despedirse de Penélope. Ella ya no le hacía gestos ni se abanicaba esperando alguna reacción de su parte. Suponía que estaba molesto por su pequeño momento de locura en la mesa de la cena, era comprensible, pero él no estaba acostumbrado a ser ignorado por nadie. Necesitaba hablar con ella y aclarar el pequeño incidente. Sin embargo, Penélope seguía ignorándolo hasta que su familia tuvo que retirarse, llevándoselo con ellos. Tendría mucho que hacer al día siguiente para reconectar con ella.

Capítulo 28

Después de que la fiesta terminara regresaron exhaustos a la casa. Como era de esperarse y por más que no hubiese bailado, los pies de la joven parecían querer independizarse de su cuerpo por como latían.

Por un lado, esa noche la había alegrado, pero también había expuesto al marqués que era demasiado inquieto para respetar un trato. Con una terapia de silencio y lejanía quizá aprendiera que las cosas no siempre serían como esperaba. El corto momento que habían compartido en el jardín fue maravilloso, tanto que moría por repetir esa experiencia. Por ese instante se imaginó siendo feliz como sus hermanas. Pedía al cielo un milagro para salvarse de su compromiso con lord Monroy.

Antes de entrar a su habitación, Mildred se colocó junto a ella.

—No he tenido tiempo de preguntar lo que ha pasado durante la cena —dijo su hermana.

—¿Quieres la mentira o la verdad?

—La verdad, por más complicada que sea.

—Pues es cruda y ruda. El marqués ha tocado mi pierna...

—¡Sinvergüenza! No puedo creerlo, pero ¿te ha gustado?

—Tu esposo te reprendería por esa pregunta... Más bien me ha asustado y ahora estoy enfadada. Me puse en vergüenza por su causa. Al menos debería intentar ser más discreto con sus deseos. No pienso hablarle en mucho tiempo.

—Eso le romperá el corazón a Daniel. Sabes que ha comenzado a apreciarlo mucho. Ya casi es un miembro de la familia. Supongo que, si no puede casarse contigo, intentará que lo haga con Hannah. Me parece hasta algo bastante razonable...

—¿Hannah? ¿Hannah? No creo que su señoría merezca ser castigado con tanta crueldad...

—Nadie lo merece, pero nuestra hermana debe casarse. Ya sabes, la desgracia de unos es la oportunidad de otros. Descansa.

Hablaremos mañana...

La mente de Penélope era un torbellino. Jamás podría permitir que él cortejara a Hannah, no lo soportaría, el marqués era suyo y nadie se lo quitaría, no importaba lo infame que pudiese ser. Estaban destinados a que sus caminos se cruzaran.

Apenas pudo conciliar el sueño durante la madrugada. Se movió demasiadas veces en el camastro antes de lograrlo. A la mañana siguiente, bajó al comedor para desayunar. Sus hermanas no habían ido aún, debían estar martirizando a Robert o, tal vez, no querrían volver después de sus peleas con Daniel.

El desayuno fue tranquilo y Penélope consideró comenzar una nueva pintura. Le gustaba el jardín de la casa, por lo que esperaba pintar un banco con las plantas de jardín. Se colocó el delantal y llevó sus materiales al lugar para buscar el mejor ángulo posible para conversar; sin embargo, Diana fue hasta ella corriendo como si fuese perseguida por un animal.

—Milady, tiene visita...

Lo primero que le pasó por la mente a la joven fue que el marqués había aparecido ahí.

—No quiero verlo... —replicó confiada en que era Edwin.

—No puede dejarlo ahí, enfadará a su cuñado. Lo mejor que puede hacer es evitar un castigo.

—No estoy interesada en saltarme ningún castigo. Tomaría cualquiera con gusto con tal de no ver a ese hombre.

—Le repito que si su cuñado ve de pie a ese hombre, nos matará a ambas. Si no valora su vida, al menos piense en la mía...

Penélope rodó los ojos y fue hacia el salón. Al llegar ahí vio a una persona a la que no esperaba ver. No sentía nada, ni siquiera indignación al tenerlo de frente. Era tan poco lo que le importaba que solo cruzó los brazos bajo el pecho, dándose cuenta de que perdería tiempo valioso conversando.

—Buen día, lady Penélope. Me temo que he cometido varios errores y he venido a enmendarlos —declaró lord Monroy.

—Ah. No estoy interesada en sus disculpas, milord. Creí que era más que un mentiroso, ahora sé que es un mitómano de lo peor.

—Merezco todo lo que tenga que decirme. He caído en viejos hábitos, pero entendí que no debo volver a hacerlo. Seré el mejor prometido de hoy en adelante. Sé que debo ganar de nuevo la confianza de su familia, mas estoy dispuesto a todo por cambiar de vida. Todos tienen razón al decir que no puedo seguir así.

Rudolf se acercó y tomó la mano de Penélope con cierta devoción. Besó sus extremidades con fuerza, como si quisiera creer en la promesa de que no regresaría a los brazos de lady Armstrong por más que le doliera, debía continuar su camino.

Los pensamientos de Penélope se peleaban unos con otros, pero había algo de lo que no podía escapar y era del compromiso. De esta manera no podría deshacerse de ninguna forma.

—Espero que tenga en cuenta que ambos merecemos respeto, lord Monroy. Sepa que jamás toleraré este tipo de comportamientos. Le pido que sea sincero conmigo y consigo mismo respecto a lo que desea en verdad. Si no me va a respetar, quisiera que me dejara libre para buscar una persona que me deje ocupar su corazón.

—Respetaré este compromiso, le prometo, solo necesito una oportunidad. No tengo la intención de acabar con esto, sino de construir algo para nosotros.

Penélope notó que aquel se acercaba al rostro de ella, dirigiéndose a su boca para besarla. El pánico se apoderaba de su mente al verlo cada vez más cerca. No era el hombre que deseaba para que la besara, mas era su prometido.

No pudo esquivarlo, dejó que Rudolf pegara sus labios a los de ella por un corto tiempo; sin embargo, se sintió asqueada, ultrajada y como si fuese una suripanta. Quería llorar, pero lo único que pudo hacer es cortar el beso y alejarse para que él no notara lo mal que se sentía.

—Lo que ha hecho es inapropiado, lord Monroy —espetó con decisión.

—Quiero demostrarle que seré un buen esposo y no volveré a mis viejos hábitos, debo seguir adelante. Necesito herederos.

—Si quiere tenerlos, es mejor que espere al matrimonio para tomarse estas libertades —advirtió todavía sin mirarlo. Sus manos estaban en puño por la furia que sentía después de haber sido besada por alguien que no era su abnegado marqués.

El conde de Monroy tomó distancia con ella y tomó asiento.

—Hablaré con su cuñado para hacer el anuncio oficial del compromiso con una fiesta en cinco días. Mi tía se está encargando de todos los preparativos. Esta tarde, ella vendrá a mostrarle las joyas que pertenecen al joyero de la marquesa. Quiero que se sienta como de la familia, ya que pronto estaremos casados. Además, he pensado en la fecha de la boda para este verano. Lord Cholmondeley habló sobre la majestuosidad de Autum Hall, aunque si le interesa podríamos casarnos aquí, en Londres.

Para Penélope era demasiada información, ¿cómo que solo tenía hasta el verano para seguir siendo soltera y hallar una solución? Este hombre fue hasta la casa para hacer de golpe algo que debió haber estado haciendo durante semanas atrás. Ella comenzaba a sentirse agobiada. No quería joyas, ni fiesta y mucho menos a ese caballero como su prometido, prefería huir sin rumbo o besar a uno de los caimanes de su cuñado antes que volver a tocar a lord Monroy.

—Haré que busquen a Daniel —dijo tratando de no parecer desesperada por huir de ese caballero.

Al desaparecer de la vista de este, ella no pudo evitar que el sollozo se escapara de su garganta. Las lágrimas todavía intentaba contenerlas. Entró al despacho de Daniel sin golpear la puerta y lo vio sentado, dormitando con la espalda recostada en el sillón y ambas manos juntas sobre su estómago.

—Daniel… —pronunció con la voz entrecortada. Lo notó abriendo los ojos y después los rodó.

—Ya uno no puede descansar como un conde cansado de unos treinta y tantos años. Estoy envejeciendo, Penélope, deberías respetar mi momento de sueño. La cama no es suficiente.

—Lo sé, es solo que… —No pudo resistirlo más y se echó a llorar.

—No, no, no, Penélope. —Él bufó cansado—. Ni siquiera estoy del todo despierto. ¿Qué te ocurre?

—Lord Monroy ha venido a hablar de que quiere seguir siendo mi prometido y me besó… —contó rompiéndose en un sollozo.

Daniel tapó su rostro con las manos y después los colocó en puños, haciendo que sus dientes rechinaran de rabia.

—Si creía odiar a alguien, estaba equivocado, ahora en verdad siento mucho rencor por este desgraciado, ¿cómo se atreve? ¿Y Diana? ¿En dónde estaba esa doncella inútil? Si no fuese por Mildred ya la hubiese despedido, pero la castigaré. Quiero ver a ese animal aquí, ahora mismo.

—Es eso lo que venía a decirte. Él quiere hablar contigo sobre la fiesta de compromiso.

—Haré una fiesta porque le echaré los dientes a este desgraciado.

—No hagas cosas de las cuales puedes arrepentirte, Daniel.

—Ya me arrepentí de haberte hecho caso con este compromiso, que desde que supimos lo que no debíamos, estaba condenado al fracaso.

—Es mi culpa, lo sé. Pensé que podría tolerarlo, pero cuando me besó me di cuenta de que quizá no pueda hacerlo.

—¿Es por el marqués? —El silencio de su cuñada ante esa pregunta respondía más que cualquier frase inventada—. No trates de engañarme. Ayer estuvieron juntos en el jardín, sabes que cuando se inventó la agudeza yo la recibí primero. Por supuesto que su señoría es mil veces más encantador, pero no es a quien escogimos de palabra. Prefiero a un libertino mundano que alguien que tiene el alma perdida. Sé lo que es el amor y sabes cuando has perdido lo que eras por esa persona y lo disfrutas porque eres correspondido; no obstante, lord Monroy nunca te corresponderá, y si lo hace seguirás siendo su segunda opción.

Esas palabras calaron profundo en Penélope. Estaba atrapada y con unas inmensas ganas de correr a los brazos del marqués y que

este la reconfortara con sus tonterías que se debatían entre la sensatez e idiotez.

Ella regresó al salón y vio al conde.

—Él lo espera… —comunicó la joven que caminó hacia el jardín mirándolo de reojo para después apresurar el paso. Lo último que vio de él era que fue caminando por el pasillo de donde ella había salido. Esperaba que Daniel lo desplumara como a una gallina por su atrevimiento.

Se colocó junto a su lienzo para empezar, pero no pudo hacerlo, la inspiración había desaparecido. Arrojó sus pinturas por el lienzo y fue a sentarse en el banco con el rostro enfurruñado. Se sentía tan agraviada que no entendía la razón de eso, pues se suponía que un compromiso arreglado debía ser fácil, pero comenzaba a comprender el alcance de encontrar una persona a la que uno verdaderamente podía apreciar. Si besar a lord Monroy era una tortura, compartir la cama podría ser considerado como la muerte más horrenda de la humanidad. No sentía nada de lo que había identificado la primera vez en que lo vio. Le había gustado y consideró que sería capaz de muchas cosas para un buen matrimonio; sin embargo, todo eso pareció desaparecer con sus acciones. La vileza y falta de respeto eran capaces de acabar con todo.

Un rato después de estar sentada con la mirada perdida, Diana regresó con un papel en la mano. Al verla, Penélope la miró con desdén.

—Haré que te castiguen… —advirtió a la doncella, cuya sonrisa en el rostro había desaparecido.

—¿Por qué, milady?

—Porque dejaste que ese hombre me besara. No dudé en acusarte con Daniel.

—¡Oh, no, milady! —exclamó arrodillándose ante ella.

—¿Qué clase de carabina eres para dejarme sola?

—Es su prometido. Con el otro intenté impedirlo, pero usted fue severa. ¿Qué culpa tengo?

La joven le hizo un gesto con la mano para que se levantara y suspiró.

—Pediré que no te castigue, pero la próxima vez… no habrá próxima vez.

—Gracias, milady. Es usted tan generosa… Ha llegado esta misiva para usted, ya sabe de dónde viene…

Con rapidez cogió lo que la doncella le dio y rompió el sello.

Mi adorada lady Penny.

Quería saludarla en este día con todo mi afecto. Quería disculparme por mi inmadurez en la cena. Sé que la puse en el ojo público, fue incómodo. Sin embargo, no merezco que me ignore. Me hace sufrir y siento una opresión en el pecho ante su maldad. Sabe que soy su fiel sirviente, que iría al infierno a plantar flores de ser necesario por usted. ¿Puedo pasar a verla por la noche? Sabré que está de acuerdo si no me responde.

Suyo,

Edwin.

Capítulo 29

De nuevo aparecía ese hombre que la desarmaba con sus palabras. Por su culpa estaba en la encrucijada de su vida con un compromiso que le repugnaba. Según las mismas palabras de Daniel, no se podía hacer nada por romperlo y menos cuando el conde de Monroy estaba dispuesto a casarse en menos de tres meses. Eso la asustaba demasiado. Tal vez fuesen nervios de futura esposa o quizá la expectativa de nunca amar ni ser amada.

—¿Malas noticias, milady? Pensé que le alegraría saber algo del marqués.

—Me alegra, pero mi futuro está condenado, Diana. No hay forma de romper nada. Él está decidido a casarse conmigo para tener un heredero. A fin de cuentas, terminaré siendo una yegua que pare hijos y no una mujer que merezca sentir y ser amada. Debo responder esta carta. —Se puso de pie y fue hacia la biblioteca. Ahí tenía papel, tinta y pluma para responder.

Aún seguía enfadada con él y trataría de ser un poco más cruel de lo habitual. Suponía que para un libertino como el marqués no debería ser un problema recibir una negativa de una mujer de la que no lograría conseguir nada.

Con el pesar en su corazón escribió las líneas que probablemente los separaría para siempre.

***

El marqués salió de la residencia a hacer un par de diligencias, pues debía ganar el favor de lady Penny para seguir en la carrera. Esperaba que no estuviese tan enfadada para no perdonarlo por su tontería. Suponía que su juego había sido poco agradable no solo para ella, sino también para su familia. Por supuesto que todos sabían que su vergüenza se debía a que él no había podido mantenerse comedido.

Compró un vestido de seda y satén, un collar de esmeraldas y unos guantes de cabritilla para que sus manos nunca estuviesen congeladas. Una mujer jamás podría resistir joyas y ropa, eso debería considerarse un perdón asegurado.

Al regresar a su casa pasó de largo a su ayuda de cámara. Estaba demasiado pensativo para haberlo visto.

—Disculpe, su señoría... —lo interrumpió el sirviente antes de que fuese escaleras arriba.

—Sí, lo sé. He llegado justo para el horario de almuerzo. Huelo la pata de jamón y las patatas con romero. ¿Ha venido mi hermano?

—Y también su cuñada, señoría, quería...

—Diles que voy en un segundo al comedor. Tengo tanta hambre que sé que esa cantidad de comida será insuficiente.

El sirviente vio al marqués subiendo las escaleras con unos bultos. Él solo quería darle lo que había traído el lacayo de la residencia de lord Cholmondeley. De un tiempo a esta parte había notado a su amo demasiado feliz, la dama comprometida era la razón por la que aquel hacía lo impensable: comprar vestidos.

Se encogió de hombros y se fue al comedor con la respuesta de la joven entre las manos.

Cuando Edwin llegó al comedor, las risas se apoderaron del lugar.

—Deberíamos tener cuidado con lo que sube por nuestras medias —habló Coraline, burlona, al ver que su cuñado se acercaba—. Ya sabemos lo que es...

—Al menos no subo por tu media. Tampoco soy tan despreciable. —Edwin se sentó en su lugar de la mesa.

—No empezamos. Es solo un chascarrillo, Edwin. No te lo tomes a pecho —pidió Ernest.

—Ponle un bozal a tu esposa o se lo colocaré yo, Erny —gruñó Edwin para darle a entender a su hermano que estaba hablando en serio. Al contrario de lo que todos podían pensar, «Erny» no era un apodo cariñoso, sino una advertencia de su impaciencia.

Coraline también había aprendido a identificar las mañanas de su cuñado. Lo único que podía hacer era continuar charlando con quien

quisiera escucharla.

Se sirvió el almuerzo y la tensión de momentos atrás se desvaneció. La familia disfrutaba de un buen momento, mientras conversaban sobre el futuro de Ernest y Coraline viviendo en el campo.

El entusiasmo en el rostro de Ernest le recordaba a Edwin que perdería a su otra mitad, al que lo acompañó desde el nacimiento y no solo una vez, sino que sería la segunda. La primera fue al casarse con Coraline.

—Ah, Edwin, tu ayuda de cámara ha estado rondando por toda la casa con una carta para ti —comunicó su madre al recordar lo que el sirviente le había dicho sobre la carta que tenía en la mano cuando anunció que Edwin había vuelto de su salida.

El marqués no esperaba una respuesta, por lo que suponía que el enfado de lady Penélope era un poco más delicado de lo que había pensado. Entonces, hizo un gesto para que su sirviente lo viese y entregara lo que tenía. No tardó en abrirlo y encontrar la pulcra y hermosa letra de Penélope.

Estimado marqués de Torton.

Correspondo a su saludo de manera cordial. Sus disculpas son aceptadas, pero no puedo decir que eso haga que las cosas entre nosotros mejoren.

Hoy ha venido mi prometido y asegura que continuará con el compromiso, con un próximo matrimonio este verano. Lamento que, esto que ha surgido entre nosotros no tenga futuro. Agradezco su interés y confiese que he sido feliz en sus brazos este corto tiempo que hemos compartido.

No vuelva a buscarme, pues recordarlo solo me perturba haciéndome saber que no puedo encontrar la felicidad sin usted. Pronto tendrá noticias de la fiesta en honor a mi compromiso. Sepa que no es iniciativa mía.

Como un favor que puede hacer usted como hombre honorable, le pido que queme este escrito.

Atentamente,

Lady Penny.

El comedor quedó mudo al ver el rostro pálido de Edwin con aquella carta que recibió. Sus familiares se miraron entre ellos y su padre le hizo un gesto a su esposa para que preguntara.

—¿Todo bien, cariño? —inquirió con dulzura.

—No. Con permiso. —Él se levantó de su asiento y se alejó de sus familiares.

Aún no podía creer lo que leía. Nada se había movido de lugar y ella continuaba su camino. Edwin no se quedaría con los brazos cruzados, la buscaría pasada lo que pasara.

Su mente debía trabajar más rápido para solucionar el problema. No podía perder a Lady Penny, por lo que no hizo caso al pedido de aquella de no buscarla. Por la noche, salió de su residencia y fue a la de ella.

Vio que nadie estaba alrededor y para él no sería mucho esfuerzo buscar una manera adecuada para entrar. Era cuestión de rezar un poco para no equivocarse de ventana. Hizo memoria para recordar lo que ella le había dicho sobre la ubicación.

Primero trepó la reja de entrada sin ningún inconveniente, después observar cada uno de los lugares posibles para subir, pero ninguno parecía ser conveniente. Podría caer desde una altura considerable, no había un pedestal del cual poder sujetarse. Entonces, vislumbrar una puerta al jardín, creyó que aquella podría estar abierta, aunque no lo estaba. Siguió probando con otra ventana y esta sí tenía seguro, pero un poco flojo. Con esfuerzo logré abrir un ala y metió la cabeza esperando ver algo, como algún cuidador o algo similar, pero no había nadie.

Metió su cuerpo en el sitio y comenzó a caminar a hurtadillas. No podía creer lo que estaba haciendo. Esa mujer le había arrancado el cerebro de raíz, pues no pensaba en las cosas que podrían pasarle si alguien lo pillaba. Al poco tiempo de dar tres pasos se encontró frente a frente con la doncella a la que había visto antes. Vio que ella estaba a punto de gritar, por lo que le tapó la boca con presteza

y con la mano libre le indicó que guardara silencio con un gesto del dedo índice sobre sus labios.

—No grite, solo quiero conversar con lady Penélope… —murmuró apenas audible—. Lléveme a su habitación.

Ella se liberó y se colocó las manos en la cintura.

—Jamás dejaría que entrara a su habitación. Lo hará sobre mi cadáver.

—No hagamos esto más difícil, me está quitando tiempo y paciencia. No me obligue a ser malvado.

—Quiero ver que lo sea. Estoy para proteger a una señora. De aquí no pasará.

El marqués, molesto, le mostró lo que llevaba en el frac.

—Puedo pasar sobre su cadáver, pero supongo que ha cambiado de opinión —dijo al ver su rostro cuando notó el arma. No era un tonto para salir sin ella. Era un callejero y como tenía experiencia no escatimaba en nada.

Diana estaba pálida, pero nadie podía notar nada.

—Debe ir por la escalera… —señaló temblorosa.

—Lo sé, pero necesito que me lleve hasta ahí. ¿No estará deseando que entre a la habitación de Lord Cholmondeley?

La doncella negó con presteza.

—Por supuesto que no…

—Entonces la motivaré. —Edwin sacó el arma y se la colocó cerca del rostro. No la usaría, pero ella no lo estaba ayudando—. Ahora sí, lléveme.

Las lágrimas bañaban el rostro de Diana, mientras esta guiaba al marqués por las escaleras. No quería dar un paso en falso y terminar como alfombra.

—Esta es…

—Entra —ordenó. No pensaba arriesgarse con una trampa.

Penélope, que estaba en su cama mirando al techo, oyó que la puerta se abría.

—¿Quién es? —interrogó. Escuchaba unos sollozos intermitentes —. ¿Diana?

—Sí, mi señora…

Cuando Edwin confirmó que ella estaba ahí, hizo un lado a la doncella para entrar y comenzó a cerrar la puerta.

—Prometo no hacerle daño. Tampoco se preocupe por el arma, no está cargada —susurró. Edwin creyó que con eso calmaría a la doncella, pero lejos de eso, aquella seguía en lo mismo. Terminó de cerrar y caminó hacia el centro de la habitación—. Este lugar huele como usted…

La joven dio un salto de la cama y se cubrió el cuerpo con la sábana. Tenía un camisón, pero no era decoroso que un caballero estuviese a solas con ella en una habitación.

—¿Qué está haciendo aquí?

—Leí su carta, un poco cruel, por cierto…

—Considero que ha entendido que no podemos seguir de esta manera. Mi prometido ha venido a reclamar sus derechos y…

—Y no me importa. Usted es mía porque quiere serlo.

—No sigas por ese camino que no nos llevará a ningún lugar.

—No puedo porque sus labios me hablan, sus gestos me provocan y usted me desea como yo. No quiero ser su amante, deseo ser su esposo y ofrecerle mi mundo y mi poder. No puede pretender que esto se termine.

—No quiero hacerlo, pero debo. Hay diferencias sustanciales entre el deber y el sentimiento. Soy consciente de que lo más probable es que sea infeliz el resto de mi vida. Lo supe porque hoy lord Monroy se atrevió a besarme.

Esa información le cayó como agua helada.

—¿Se atrevió tocarla? Voy a matarlo, lo voy a hacer. Maldito malnacido —masculló iracundo.

—Es mi prometido.

—¿Y qué más viene después? ¿La cama? ¿Piensa que es un paseo por un rosal, lady Penélope? —espetó molesto—. Soy un hombre de mundo y sé cuando una mujer no puede corresponder a un varón. ¿Piensa que todas las mujeres de la mala vida están ahí por gusto? No, es por la necesidad, porque no han tenido suerte.

Usted puede escoger con quién compartir su lecho. Le daré opciones de salida.

Ella negaba con la cabeza casi con desesperación al verlo acercarse. La cogió de ambas mejillas y aprovechó el momento para besarla con una posesividad que no había sentido antes. Los besos agradables y tiernos habían quedado rezagados a un segundo plano. Edwin quería hacerle saber que le pertenecía, que le quedara claro que el único que podía tocarla era él.

—Puedo matarlo o puede huir conmigo —propuso Edwin en medio del calor del beso.

—No puede matarlo y no puedo arriesgar el futuro de mis hermanas con una huida. ¿Es que no entiende que estoy atrapada por mi propia culpa? Me siento tan miserable... —Ella se abrazó a Edwin para consolarse.

—Si usted se siente miserable, no imagina cómo me siento yo. Si no fuese por la presión, nunca la hubiese conocido, no estaría aquí mendigando para que abandonara a otro hombre y cometiera una falta grave, pero el destino es cruel a veces y me trajo hasta usted.

Capítulo 30

Ambos parecían consolarse y sufrir a la vez. Se rindieron en aquel abrazo y quedaron en silencio por un instante hasta que alguien golpeó la puerta.

Los dos se alejaron y se miraron.

—Estoy bien, Diana —pronunció Penélope para que dejara de interrumpir.

—No soy Diana...

La voz de Daniel hizo que Penélope corriera por esa habitación como desesperada. No sabía si debía trepar las paredes o cavar una fosa para arrojarse ahí y morir con dignidad antes de ser juzgada como una mujer de la vida galante.

Mientras que ella sentía que se la tragaba la tierra, Edwin la observaba con tranquilidad. Prefería ser descubierto que esconderse. Confiaba en que lord Cholmondeley entendería su punto y lo dejaría estar en compañía de su cuñada, buscando la manera de alejarse de lord Monroy.

—¡Haga algo, escóndase en mi armario! —ordenó empujándolo hacia ahí.

—Ese es el primer lugar en el que me buscará si sospecha que estoy aquí.

—Entonces debajo de la cama. —Ella estiró su brazo derecho y lo obligó a hacerlo.

—Abre, Penélope. Quiero hablar contigo. Si haces ruidos extraños por la noche no puedo conciliar el sueño —gruñó Daniel del otro lado.

El pánico se apoderó de Penélope y después hizo un par de respiraciones para calmarse al ver que el marqués estaba bien escondido. Se acercó a abrir la puerta, pero no lo dejó entrar.

—Estoy bien, Daniel —dijo forzando una sonrisa.

—Si tú estás aquí y no estás llorando, por qué demonios escucho un castañeo de dientes.

Diana que estaba cerca se sobresaltó y se fue corriendo. Ella se había quedado cerca por si necesitaba entrar a salvar a la joven. Si el marqués era descubierto en ese cuarto sobre ellos se desataría el fin del mundo.

—Eso responde tu pregunta... —murmuró Penélope al oír que alguien se alejaba corriendo.

—Esa doncella es una desvergonzada. De todas maneras, me preocupa algo. —Los ojos de Daniel se fijaron dentro de la habitación con mucho interés.

—¿Qué te preocupa? —Penélope sentía que una gota fría bajaba por su frente.

—Todo lo que conversé con lord Monroy. No quiero que seas infeliz por un matrimonio con este hombre. Estoy pensando en arriesgarme un poco...

—¿Arriesgarte?

—A liberarte. Sé lo que quieres, sabes lo que quiero. No soporto a ese conde del infierno. Prefiero que arda en el averno por lo que te hace sufrir. Hoy te vi tan afectada por su beso que no comprendo cómo no has muerto envenenada.

Ella rio sin querer. Ahí estaba su cuñado, el hombre desalmado de la familia, pero que a su manera se preocupaba por ella.

—Hueles a tabaco... —comentó Daniel que acercó su nariz a ella para olerla mejor.

Edwin, que estaba debajo de la cama, olió parte de su prenda y cuando lo hizo golpeó su cabeza con la madera. Reprimió su impulso de gritar solo sosteniéndose la parte afectada.

—¿Qué fue ese sonido? —inquirió Daniel.

No sabía qué responderle a su cuñado, pero debía inventar algo de inmediato.

—Tenía los pendientes del marqués en la cama, al levantarme tal vez uno quedó en mala posición y cayó.

Esa explicación pareció convencer a lord Cholmondeley.

—Quizá podamos hacer algo para que no pienses más en él... —alegó su cuñado.

—¿Qué cosa?

—Devuelve el obsequio. Si las cosas salen mal sufrirás mucho. Buenas noches.

Daniel se retiró a su habitación y ella cerró la puerta, aliviada, aunque después recordó que alguien casi lo arruina todo. Lo vio salir de su escondite con una mano en su frente.

—¿Qué estaba haciendo? —cuestionó Penélope al verlo así.

—Quería saber si tengo olor a cigarro o si usted fuma lo de su cuñado.

—¡Cómo se atreve a hacer esa afirmación! Para lo único que toco sus cigarros es para ordenarlos cuando estoy aburrida, pero llevo días sin hacerlo porque se los ha acabado todos.

—Entonces tiene mi aroma. No me devolverá la joya, ¿verdad?

—Por supuesto que no.

—Me alegro por eso. La veré mañana...

—No podemos seguir encontrándonos, esto tiene que terminar.

—Lo que quiero es que me consiga un lugar en la fiesta de compromiso para estar cerca de usted.

—Eso es una locura.

—Haga lo que le digo, es importante.

—¿Tiene pensado hacer algo?

—Aún no lo sé.

—No haga tonterías...

Él se acercó para besarla apasionadamente.

—Por usted cualquier tontería vale la pena...

—Es momento de que se retire o nos meterá en más problemas.

—Está bien...

Se dieron un último beso antes de que él saliera por el mismo lugar por el que había entrado.

Ella se quedó feliz y emocionada en esa cama, aunque cada vez que pensaba en su inminente compromiso la tristeza amenazaba con consumirla. El consuelo de ser amada o apreciada por el marqués no era suficiente para mantenerla con vida.

Desde que ocurrió el beso con el conde y después de ser visitada por Edwin, se daba cuenta de jamás sería feliz con lord Monroy. Huir comenzaba a volverse algo atractivo, pero también sería arriesgarse demasiado, ¿y si algo salía mal y el marqués solo era un adicto a las emociones fuertes que una mujer comprometida podría otorgarle? Su mente era un mar de suspicacias y teorías sin sentido aparente.

***

Días después...

Las invitaciones para la fiesta de compromiso habían sido enviadas por su prometido, haciéndole caso al pedido de Daniel.

Su cuñado había pedido que incluyeran a su amigo y a su familia. Ella no había tenido que mover un solo dedo para hacer lo que pidió el marqués.

Edwin la había visitado la noche siguiente, llevándole más presentes que Penélope no le había pedido, pero los aceptó con gusto. Aquel le había susurrado entre besos que se colocara el vestido y las joyas para esa noche.

Le hizo un par de ajustes para que le quedara perfecto. Se daba cuenta de que el marqués tenía un gusto exquisito y la gargantilla que le había dado era algo ostentoso y merecido. Frente a ella tenía las joyas de la familia de su prometido, pero decidió que no usaría ninguna de esas, sino las que le había dado Edwin.

Su cuñado no reconocía más de la mitad de las cosas que ella tenía puestas, pero comenzaba a sospechar que lo que había escuchado noches atrás en la habitación de su cuñada no era otra cosa más que una rata con título de marqués. Ese hombre no se rendía con nada, ni siquiera al saber que todo seguía adelante. Era más persistente que una tos seca. No dijo nada, pero la miraba como si lo supiera.

En el carruaje las caras eran un poco largas para no decir cargadas de infelicidad por el evento. Todos sabían que era una fachada y que, no importaba todo lo que hicieran, la sociedad hablaría sobre las andanzas de lord Monroy.

La joven miraba a su cuñado que tenía un semblante que parecía despreocupado, pero su mandíbula estaba tensa, como si supiera lo que acontecería. No le había reclamado ni por la joya ni la ropa, eso ya debería ser una alerta, pues él recordaba cada detalle de lo que compraba para cada una de sus cuñadas. Nada le quitaba de la cabeza que él estaba tramando algo.

Al llegar a la casa de lord Monroy se cruzaron en la entrada con la familia de Edwin. Se saludaron entre ellos hasta que el marqués llegó hasta donde estaba ella y le sonrió con una sonrisa cómplice. Penélope miró hacia cualquier otro sitio para no arrojarse en sus brazos y pedir que la besara ahí mismo. Hizo una reverencia para pasar desapercibida para el resto.

—Todo le queda casi como imaginé, porque usted es más perfecta en la realidad que en mi imaginación —murmuró el marqués al tomar la mano de ella para besarla.

—No haga esos comentarios, la gente habla... —replicó con la voz apenas audible.

La tía del conde se acercó a Penélope y la tomó del brazo con cariño y le dedicó una mirada de advertencia al marqués de Torton. A sus oídos había llegado un cotilleo que no le gustó. Hablaban sobre el enamoramiento de este hombre hacia la prometida de su sobrino. Ella no quería que nadie arruinara lo que habían conseguido. No se habían podido librar de lady Armstrong, pero intentarían lo posible para alejar a este de la joven.

—No veo que traigas ninguna de las joyas de la familia —manifestó la dama un poco decepcionada.

—Tenía estas otras que había adquirido para la ocasión —justificó con tranquilidad.

—No puedo decir que no estén correctas, pero nos hubiese llenado de orgullo poderla ver luciendo esas joyas tan importantes para nosotros.

—Lo sé, pero usted y yo sabemos que las cosas no están tan bien y no me sentía cómoda.

—Entiendo. Rudolf cambiará, nos ha prometido que lo haría.

—¿En dónde se encuentra su sobrino?

—Lo vi por la tarde, debe estar en su habitación. Iré a ver.

Penélope fue llevada por su madre hacia una tertulia para que conversaran mientras aguardaba a su prometido.

Daniel estaba en un gran círculo de caballeros conversando. Ahí también estaba el marqués de Torton que no dejaba de observar a la cuñada de este.

—Tiene buen gusto y una gran capacidad para derrochar dinero por una mujer que está comprometida con otro —comentó lord Cholmondeley.

—Lo estará por poco tiempo más. Creo que esta será su última noche.

—¿Qué ha hecho? —indagó el conde, desconcertado.

—Nada todavía.

—¿En qué piensa?

—Tal vez sea una sorpresa para muchos y más para usted.

—No haga cosas de las cuales pueda arrepentirse.

—No me arrepentiré, esto que haré, es una oportunidad que no pienso desperdiciar.

Lord Cholmondeley estaba alerta, pues no sabía si el plan del marqués interferiría con el suyo.

Lady Elizabeth bajó las escaleras con una palidez que antes no tenía. Se acercó a su hermano, el padre de lord Monroy, y le susurró algo en el oído. Después de eso ya ambos estaban pálidos. Hicieron llamar al conde de Cholmondeley para hablar sobre el asunto.

—Milord, tenemos un inconveniente importante —comentó lady Elizabeth.

—¿No hay suficiente vino o whisky? —inquirió Daniel con tranquilidad.

—Ojalá fuese solo eso, pero lo único que falta en esta casa es el prometido de su cuñada.

—Lo sabía. Sabía que ese hombre calzón de mantequilla no podría mantenerse una semana en la quietud. Esto escapa a mi control, no me culpen si este matrimonio no se realiza.

—Lord Cholmondeley, le juro que él ya estaba viendo la fecha de la boda. Quiere casarse con su cuñada —intervino el marqués con desesperación.

—Seamos sinceros, este asunto es un escándalo. Si no aparece en los próximos minutos, nos avergonzará.

De repente, irrumpió el sirviente de lord Monroy en donde ellos estaban conversando.

—¡Ha vuelto! —exclamó, pero no con alivio—. Lo hizo con lady Armstrong que está ensangrentada. Están en el área de los sirvientes.

—Esto es un escándalo mayúsculo. Ha traído a su amante bajo el mismo techo en el que está su prometida en la fiesta de compromiso —expresó Daniel—. ¿Quién responde por esto?

Lady Elizabeth se desmayó y su hermano intentaba despertarla, al igual que el sirviente. Ese lugar era un desastre, esa familia un escándalo con apellido y la familia Hess estaba atrapada en medio.

En el salón la música había cesado de repente y Daniel, alertado por el asunto, salió del lugar en el que estaba y observó qué ocurría.

Todos se habían quedado callados al ver a un caballero joven que se acercaba con su uniforme militar, aquella casaca roja tan característica y sus medallas, reconocimientos y condecoraciones.

La orquesta volvió a tocar la continuación de la pieza que se había quedado inconclusa. El hombre de uniforme miraba a todo a su alrededor buscando a alguien. Nadie era capaz de regresar a su tertulia, no al menos para algo distinto al misterio sobre la asistencia de aquel.

El marqués que estaba alejado de Penélope se apresuró hacia ella al ver ahí a alguien que más de la mitad de las personas ahí reconocía: era lord Armstrong y no se hallaba de buen humor.

Capítulo 31

—¿Quién es ese hombre? —preguntó Mildred.

—No lo sé, Daniel y el conde deben saberlo, pues ellos tenían la lista de invitados —respondió Penélope.

—Es lord Armstrong —interrumpió Edwin que se colocó junto a ella.

Era tan evidente que se trataba de él que se sintió estúpida al no llegar a esa conclusión.

—¡Quiero ver a la prometida del malnacido! —exclamó el hombre con autoridad. Después abrió lo que parecía una carta y la sostuvo en su mano—. Alguien me envió esta carta con algo que, si bien yo he sospechado, nunca he asegurado, pero esta persona se ha tomado la molestia de despejar cualquier duda.

A Penélope se le detuvo el corazón al instante y no pudo evitar mirar al marqués.

—¿Qué ha hecho? ¿Para esto ha hecho que me pusiera todo esto? —cuestionó al marqués.

—No he tenido nada que ver con esto... —replicó el marqués con premura, pues lo que él había pensado hacer era una locura con todas las letras. Quería raptar a la joven. Eso era lo que había deseado sin involucrar a nadie más. Había deseado hacer el asunto lo más sencillo posible.

—Lord Armstrong, por favor, ¿podría seguirme? Soy el tutor de la prometida —intervino Daniel—. Podríamos hacer esto sin tanto escándalo.

Esa ya no era una fiesta de compromiso, era el fin de todo, pues había llegado el esposo de la mujer en cuestión.

Penélope no se había preocupado por saber algo de su prometido, pues estaba mejor sin él; no obstante, esto era algo que podría relacionarse con esa ausencia.

Lord Armstrong asintió, puesto que también su reputación se estaba viendo afectada por lo que ocurría.

—Penélope, ven —ordenó su cuñado.

Ella caminó hacia su cuñado, pero el marqués la tomó de la muñeca.

—Iré con usted, lady, Penny...

—Por favor, señoría, esto ya es complicado para que lo complique más...

—¿Tiene vergüenza que la gente sepa que la amo y que esto que ocurre aquí es tan afortunado para mí?

Muchos alrededor taparon sus bocas a causa de la impresión, al igual que la familia del marqués. No sabían cómo llamar a lo que ocurría esa noche.

Mildred y su madre le hicieron un gesto para que desaparecieran, aunque nada se podía solucionar. La situación era más que solo un escándalo, era una desgracia social. Lo peor que podía ocurrirle a cualquier familia estaba pasando.

Daniel regresó al lugar en donde lady Elizabeth se había desmayado, pero ya la habían despertado; sin embargo, las cosas no mejorarían.

El padre de lord Monroy miraba al hombre uniformado que entraba con el rostro pétreo. También tenía un poco de sangre en las manos, por lo que creía que ya su hijo y aquel se habían encontrado en casa de la mujer.

Tanto Penélope como el marqués entraron al lugar también y Edwin cerró la puerta, no sin antes coger la mano de ella que la joven trataba de apartar.

—No me toque después de lo que dijo. Además, creo que esto fue orquestado por usted —espetó Penélope—. Está poniendo en riesgo el futuro de mis hermanas con lo que ya hecho.

—Ya le he dicho que no he sido yo. Supongo que tiene más enemigos de los que puede contar en una mano. La amo...

—¡Este no es el momento y ni siquiera el lugar para estas confesiones tan íntimas! —El sonrojo recorría el rostro de Penélope. Edwin no podía contener más lo que albergaba su corazón y ella trataba de mantener la poca cordura que le quedaba. Se sentía

halagada por el amor de un hombre como él, pero definitivamente no era el momento preciso para que correspondiera a su amor.

—No ha sido el marqués, Penélope. Fui yo quien le escribió a lord Armstrong, aunque no pretendía que hiciera un escándalo monumental. Estoy cansado de lord Monroy y sus constantes estupideces. —Daniel miró a los parientes del conde y se dirigió a ellos—. No lograrán salvar a ese tipo, no le importa su vida, pero a mí me interesa la de mi cuñada y su familia. No pueden controlar a lord Monroy y lo mejor que pueden hacer por él es dejar que termine destruido por sus elecciones. Lo que él tiene es incurable. No dejaré que mi familia se emparente con la suya de esta manera. Que alguien busque al conde para aclarar este asunto.

Lady Elizabeth le hizo un gesto al sirviente que la había ayudado durante su desmayo.

—Lamento lo que ocurre aquí, pero he llegado al punto de no retorno. Esto ha pasado mis límites y no solo a la falta de respeto de mi propia esposa, sino la de este caballero que no ha hecho más que darle rienda suelta a su pasión desenfrenada. Le agradezco que fuese sincero conmigo sobre lo que nadie nunca quiso decirme. Soy el bufón de la ciudad, y eso se acaba hoy.

Las palabras de lord Armstrong pusieron en vigilia a quienes lo escucharon. Se oía convincente y tranquilo.

Después de unos instantes aparecieron lord Monroy y lady Armstrong. Cuando Rudolf vio a su prometida se sintió avergonzado, no quería que nada de esto ocurriera, pero su amante lo necesitaba ese día.

—Penélope, sácate el anillo —ordenó su cuñado. Ella obedeció y se lo entregó—. Aquí tiene, lord Monroy. Mi cuñada vuelve al mercado matrimonial y es todo lo que de mi parte tengo que decir. Sabía que usted cometería errores y que su palabra no vale una moneda, por eso decidí que esto debía tener un fin.

Lord Cholmondeley dejó el anillo sobre la mesa de aquel salón en el que estaban.

—Lo siento, pero ella me necesitaba... Él la estaba maltratando —dijo señalando a lord Armstrong.

—Usted es solo un imbécil que ha sido manipulado por esta carroñera. ¿Le has hablado de tus otros amantes, querida? De esos que también visitan mi casa. Dile que lo has reemplazado por otros y que aún no te decides cuál de ellos será el próximo tonto a embaucar. Anda, confiesa, querida. Te cortaste las venas para que no siguiera hostigándote con preguntas y con esta carta. —Lord Armstrong la levantó ante lord Monroy.

—Ha desperdiciado la oportunidad de tener a una mujer como Penélope por otra que no vale nada, lord Monroy —espetó Daniel—. Y no fue fácil saber que ha sido reemplazado por otro que, de hecho, es un invitado más aquí.

El rostro de lord Monroy palideció y miró a lady Armstrong.

—¿Es cierto eso? —increpó con desazón.

—No es cierto nada de eso. Lo inventan para separarnos. Mi esposo me tiene tan abonada que tú no puedes dejarme por esta mujercita —señaló a Penélope—. Tú eres mío...

—He puesto a alguien vigilando la casa y es evidente que ha recibido varias visitas después de que lo saqué de ahí, lord Monroy. Hoy debía estallar esto para que terminara —pronunció Daniel con decisión—. Vámonos, Penélope. Conversaré con el marqués de Torton sobre ti...

—Espere, lord Cholmondeley. El trabajo aún no está hecho —declaró lord Armstrong—. Mi nombre ha sido pisoteado, arrastrado y escupido por la ciudad, ahora es momento de cobrar mi recompensa y lo haré con un duelo con lord Monroy.

—¡No! ¡No con mi niño! —exclamó la tía de Rudolf con desesperación.

—Tomaré el lugar de mi hijo. Puede limpiar su nombre conmigo, tenemos la misma sangre —se ofreció el marqués.

Ante lo que oía, Penélope sentía que su corazón se hundía. Los familiares de lord Monroy estaban dispuestos a todo con tal de que él no muriera.

—Daniel, haz algo, son buenas personas —pidió Penélope que le tocó el brazo a su cuñado.

—Esto no me corresponde a mí.

—Tú lo trajiste aquí...

—Lo traje porque enfrentando la realidad es la única manera de salvarte de un error garrafal con este inconsciente. Quieres ser libre para ser feliz y para no tener a su señoría como a lord Monroy. Tú estás a tiempo de hacer las cosas bien.

Rudolf se alejó de lady Armstrong y la miró con otros ojos, aquellos que por fin le hicieron ver la realidad de su vida. Había arriesgado todo y pausado su vida por diez años solo para descubrir que la mujer que él idealizaba y que se quejaba de un esposo abusivo, no era más que una mentirosa que lo había manipulado para tenerlo ahí siempre para sus juegos.

También, se colocaba sobre él la carga de ser el último de su familia que no había logrado tener descendencia, que estaba perdiendo un compromiso conveniente y todo para terminar muerto en manos de un experto en armas. Entendía que no tenía forma de salir ileso.

—Mañana, en Green Park, al amanecer —dijo lord Armstrong a lord Monroy—. Escoja un padrino, espero que no sea uno que se llevara a mi fiel esposa a la cama.

Aquel cogió a lady Armstrong por un brazo y la arrastró fuera del sitio.

Los presentes observaron que Rudolf buscó una silla para sentarse. Colocó su cabeza entre sus manos y quedó ahí quieto por largo rato.

—Lamento que todo terminara mal, pero este era un final esperado. Desearía decir que ha sido un placer conocer a esta familia, pero mentiría de manera horrorosa. Dentro de sus buenas intenciones le han hecho más mal que bien a lord Monroy, solo que han creído que yo soy fácil de convencer o de manipular, mas se han dado cuenta de que nadie se mete con mi familia y termina impune

—comentó Daniel que hizo una inclinación antes de dirigirse a la puerta.

Penélope no se movía de su lugar. Lo que ocurría le dolía, pues era una vida la que terminaría cegada por el arrebato de un hombre con el orgullo herido. Sin pensar demasiado, ella se acercó a lord Monroy y se agachó para hablarle.

—Lamento que tomara este camino y yo ser parte de su desgracia. Le traje maldición en lugar de bendición a su familia...

Él sacó el rostro de donde lo tenía escondido y la observó.

—Fue mi culpa por no comprender el valor de la tranquilidad que me ofrecía. Mi familia ha luchado por mí y por este legado que morirá mañana. No puedo decir que no estoy asustado, pero es así. Le pido perdón por haberla avergonzado y defraudado. Espero que consiga un buen esposo.

Los ojos de Penélope se dirigieron al marqués de Torton que la miraba con admiración. Pese a la vergüenza pública de aquel compromiso fallido, él estaba ahí para apoyarla.

—Lamento no haber podido salvar su legado. Adiós, lord Monroy...

Esta vez Penélope se puso de pie y se alejó para retirarse con su cuñado. Edwin los siguió para juntar a los miembros de la familia Hess.

—Señoría, pídale a su familia que vengan a casa ahora. No es tarde para conversar sobre un compromiso deseado. —Daniel le tocó el hombro al marqués y este asintió con emoción.

—La veré en su casa, milady. —Edwin tomó la mano enguantada de ella y dejó un beso apresurado.

Los ojos de Penélope se encontraron con los de Daniel.

—¿No te parece muy pronto?

—¿Quieres que se enfríe el cadáver de tu exprometido? Eso ocurrirá en un par de horas más...

—¡No puedes ser tan frío! ¡Lo matarán!

—Le di una oportunidad de salvarse, pero vi que la iba a desperdiciar. No podía confiar en él y para mí tú eres importante. Te

escogeré a ti por encima de cualquier otra vida, salvo la de mi esposa y mis hijos, ¿entiendes lo que vales? Lord Monroy no tiene nada que entregar al mundo, es solo un gusano que se arrastra. El marqués es el esposo y concuñado perfecto y no lo perderé por tus remordimientos tardíos. Nos hubiésemos evitado todo esto si pensaras más. Considero que con esta lección tus hermanas serán más inteligentes.

No se permitía ser feliz. Sabía que estaba a un paso de comprometerse con el hombre que tanto ella como Daniel querían; sin embargo, saber que alguien tenía que morir la mataba por dentro. No podía dejar que eso ocurriera. No podría dormir ni vivir tranquila si dejaba que esto sucediera.

El marqués de Torton se acercó a su familia y les sonrió.

—Este compromiso se cancela. Es hora de pasar página e ir a la residencia de lord Cholmondeley. Familia, tendré a la mujer que quiero como prometida. ¿Alguien dudaba de mí? La persistencia es mi mayor virtud.

Capítulo 32

Mientras su cuñado estaba feliz y campante por haberse librado del peso de la familia de lord Monroy, Penélope no podía con la culpa. Al mirar a Daniel no podía creer que fuese tan cruel y despiadado al haberle dicho al esposo sobre el o los engaños que su mujer había cometido. La frialdad con la que ya estaba a punto de comprometerla con Edwin le hacía aún peor. Parecía no importarle que había sentenciado a una persona a la muerte. El conde podía ser infiel y sinvergüenza, pero ella no creía que ameritase tal final.

Su hermana, Mildred, y su madre trataban de hacer todo lo que pedía su cuñado para que todo estuviese listo para una cena improvisada, a la vez tratando de hablar con ella para saber qué más había ocurrido. Un lacayo fue enviado a la casa de Robert y Frances, aquellos no habían llegado a la fiesta que había terminado siendo un desastre, Daniel quería que todos estuviesen en la casa para conocer al marqués y a su familia.

Había tanto movimiento en la residencia que Penélope tuvo que aislarse. Ella no podía mantener la misma sonrisa sabiendo que alguien terminaría muerto en unas pocas horas.

En su habitación encontró las joyas de la familia de aquel hombre. Debía devolverlas, pero ¿cómo hacerlo si pronto no tendrían ni siquiera energía para tomarlas? La verían como la razón de la pérdida del último de su estirpe. Se habían metido con la familia equivocada. Por más que las cosas fuesen culpa del conde, Penélope no podía evitar el sentimiento de culpabilidad.

—Milady, sus hermanas han venido y… —Diana no pudo terminar de hablar. Las dos niñas entraron empujándose.

—¡Necesitamos saber todo! —exclamaron al unísono.

—Nuestra madre dijo que ya has cambiado de prometido como cambias de zapatos —expresó Alethea, burlona—. Eso no puede ser bien visto por nadie.

—¿Nos has perjudicado con esto? ¡No puedo creer que quedaré soltera por culpa de una hermana seductora! —lloriqueó Hannah que si no fuese por sus guantes se estaría mordiendo las uñas.

—Están tan fuera de la realidad. ¿Saben que lord Monroy está condenado a muerte? ¿Piensan que disfruto de esto?

Las dos se miraron y agacharon la cabeza. Ninguna tenía una razón verdadera para estar ahí burlándose de la otra o reprendiéndola por oportunidades perdidas.

—Hay una vida que se perderá en un duelo absurdo. No puedo creer hasta donde son frívolas e insensibles. Pensar que fui parte de esto que son ustedes me llena de vergüenza. Qué equivocada estaba…

Ella se alejó de sus hermanas y regresó al salón. Ahí vio a su madre con una sonrisa mientras observaba cómo se arreglaba la mesa. Robert conversaba con Daniel sobre solo Dios sabía qué cosas y Frances y Mildred la observaban con una expresión que las debatía entre acercarse o mantener una distancia prudente.

Al cabo de unos minutos, la puerta sonó y Humbert se apresuró a abrir. Era el marqués de Torton en compañía de sus padres y del hermano con la esposa. Aquellos tenían un rostro tan indescifrable como el de Penélope.

Edwin no perdió tiempo en saludos para gente a la cual ya había saludado antes, se acercó a Penélope para verla, pues su rostro no reflejaba la felicidad que debería.

—¿Está bien, lady Penny? —curioseó.

—Creo que necesito hablar con usted lo más pronto posible.

—Estoy disponible ahora.

—Diana, ven conmigo y el marqués al despacho —ordenó Penélope con determinación.

—Penélope —la interrumpió Daniel—, tus hermanas deben conocerlo.

—Lo harán después de que converse con el marqués, lo prometo.

El marqués observaba con obsesión los movimientos del físico de la joven, el cual soñaba con poseer en la brevedad. Le encantaba

verla con aquella gracia y elegancia que eran atrapantes.

Una vez dentro de despacho en compañía de Diana y del marqués, Penélope decidió algo trascendental.

—No sé cómo puede estar tranquilo sabiendo que alguien está a punto de irse de este mundo…

—La adoro, mi querida lady Penny, pero yo no he llevado a lord Monroy al precipicio en el que está. Él quiso hacerlo solo y esta noche ha recibido un empujón.

—¿Un empujón? ¿Así es como ve la vida de una persona? No importa los errores que cometiera. No es justo. ¿Por qué él no le dispara a ella?

—Eso no está bien visto, querida mía. El duelo entre caballeros es algo que siempre ocurre en nuestro tiempo. Lamento saber que esa información no llegara hasta Cheshire.

—Sé lo que es un duelo, aunque no por eso es más justo.

—¿Por qué mejor no nos centramos en lo que pasará esta noche? Somos afortunados. Sé que siente algo por mí y soy bienvenido en su familia. Antes no sabía lo que era amar hasta que la conocí.

La joven negó con la cabeza un poco molesta.

—Esto no se trata de amar o no. Estoy segura de que lo amo y de que quiero pasar mis días a su lado; sin embargo, no podría hacerlo con la conciencia ensuciada con la muerte de alguien y la desaparición de un legado.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que si quieren comprometerme con usted, no lo aceptaré. Si no me ayuda a encontrar una solución para lord Monroy, olvídese de la idea de casarnos.

La sonrisa y el entusiasmo de Edwin se desvanecieron.

—¿Por qué mejor no me dice que no quiere casarse conmigo? ¿Qué tengo que ver en la decisión que ha tomado otra persona a la que no conozco personalmente y en la que no puedo influir?

—Tiene influencias, puede presionarlo, arrinconarlo, desahuciarlo…

—Se equivoca en una cosa. Todavía no soy el duque, ¿sabe? Tal vez mi padre sepa hacer eso, pero yo estoy lejos de hacer eso con un título de cortesía contra un militar condecorado. Ponerme entre la espada y la pared no salvará la vida de ese hombre o lo revivirá, solo nos hará infelices por capricho.

—Siento que no podré continuar si lord Monroy muere por culpa de la carta de Daniel. Él no siente remordimientos, pero yo no puedo respirar… —confesó entre lágrimas, desmoronándose frente a él.

No sabía cómo solucionar el problema. Ni interceder por aquel y tampoco si lord Armstrong cambiase de opinión. Podría ofrecerle dinero, pero él también lo tenía, ese no era el inconveniente.

—¿Arriesgará su felicidad por alguien que nunca ha medido sus acciones? —cuestionó Edwin.

—Es algo referente a la conciencia. No puedo fomentar mi amor y mi felicidad en la desgracia de nadie. Puede que crea que soy tonta, quizá en el fondo yo también lo crea; no obstante, la vida debería estar por encima de cualquier inconveniente o deshonra.

—¿Tiene alguna idea que hacer que no sea no comprometerse conmigo? Si no lo hace el próximo muerto seré yo, pero de tristeza.

Penélope logró entregarle una sonrisa y le cogió la mano con cariño por más que ambos llevaran guantes.

—Considero que una súplica sincera puede hacer milagros...

—¿Una súplica para un hombre que mata más personas que la cantidad de frutas que come? —preguntó Edwin con dudas.

—Quiero intentarlo...

—Considero que, en caso de fallar con esa idea, lo ideal sería tener otra. Esta noche yo tenía la idea de raptarla, al menos para que la gente pidiera que me hiciera cargo de mis errores y forzar la ruptura del compromiso entre ustedes, pero su cuñado decidió un enfrentamiento más directo. ¿Le han dicho que lord Cholmondeley es de temer?

—Y lo peor es que no siente remordimientos... Ya lo conocerá. Lo mejor es que jamás ose engañarme, porque tendrá sobre usted el peso de saber que soy la favorita.

—Eso explica un par de cosas. ¿Se casará conmigo?

—Si me ayuda a salvar de alguna manera a lord Monroy, por supuesto que sí.

—No puedo creer que mi futuro dependa de ese inútil —espetó—. La ayudaré, pero vivo o muerto, usted se casará conmigo, prométame eso.

—Lo prometo. Al menos sabré que hice lo necesario para evitar algo que quizá él mereciera.

El marqués cogió a la joven del rostro y plantó un beso en su frente.

—La respeto. Usted podría sentirse ofendida. Podría estar maldiciendo a ese hombre, pero su bondad habla sobre su calidad de persona. No puedo estar más orgulloso de mi futura esposa.

—Desde que lo conocí algo dentro de mí me decía que solo con usted alcanzaría la felicidad, una que no merezco. He sido una mala hermana, cuñada y prometida por un lado al llevar desgracia a la vida de un amante. A su lado me veo reivindicada.

—La amo, lady Penny, mi lady Penny —repitió.

—Y yo lo amo a usted...

—Juntos en cualquier cosa.

—Juntos para siempre, señoría —declaró Penélope para corresponder al afecto de aquel caballero.

Diana observaba la escena con cierta ternura. Aquellos en verdad se amaban. Lo que a ella le costaba creer era lo mucho que habían cambiado las actitudes de aquella joven en esas semanas. Su vida se había visto envuelta en cambios bruscos en poco tiempo y eso parecía haberla hecho madurar con mayor rapidez.

Después de unos minutos, salieron juntos del despacho y fueron al salón en donde los parientes de ellos se habían acomodado. Ahí reinaba un ambiente mucho más relajado que en la fiesta de la que todos salieron. Su madre conversaba con la duquesa y Mildred con Coraline, mientras que Daniel y Robert hablaban gesticulando con confianza para el duque y le hermano del marqués. Hannah y Alethea observaban desde sus asientos las interacciones de los

demás, querían entrar en acción, pero no habían podido hacerlo aún.

—Ahora sí puedo presentarle a mis hermanas, su señoría. Ellas son Hannah, que es la próxima en debutar, y esta otra, la menor, Alethea, que tiene quince años —las presentó Penélope.

—Es un placer conocer a las hermanas de lady Penny...

—¡Lady Penny! —Sus hermanas no perdieron un segundo de tiempo para burlarse del mote cariñoso con el que contaba la dama sin sentimientos de la familia Hess.

—Al menos deberían decir que están complacidas de conocer al marqués. Daniel las mandará con sus caimanes cuando estemos en Cheshire.

—No pudimos resistir la tentación de burlarnos. Es que... Penny... —dijo Alethea.

—Yo sí puedo decir que estoy encantada al conocer al prometido de Penélope, al menos a este podemos conocerlo personalmente, al otro solo lo conocimos de nombre. No fue la mejor manera de cogerle cariño —manifestó Hannah.

—No es momento de hablar de eso —gruñó Penélope, molesta.

—Sus hermanas son encantadoras...

—Todavía le falta conocer a Frances y a Robert de manera oficial...

Ella presentó a su hermana y Robert se acercó al marqués. Sin perder tiempo, aquel lo llevó hacia la tertulia masculina y a Penélope la dejaron con el resto de las damas mientras esperaban el momento de la cena.

Esa noche todos se sentaron a la mesa como una gran familia. Por un lado, Penélope se sentía agradecida por lo que significaba esto, pero por el otro aún estaba pendiente salvar a lord Monroy.

Daniel levantó su copa e instó a los demás a hacer lo mismo.

—Todos estamos aquí por algo. Sabemos que esta noche ha caído un compromiso y, aunque es muy pronto para festejar otro, quisiera dejar claro que, el marqués de Torton es bienvenido a nuestro pequeño mundo laborioso y paciente. Él ha demostrado que

merece a mi cuñada. Tiene mi bendición para emprender su pedida de mano cuando lo crea conveniente. Salud por eso...

—¡Salud! —exclamaron al unísono.

—Con permiso de nuestro anfitrión quisiera decir un par de cosas. Como sabrán o algunos sospecharán, aunque otros saben que no es un secreto que desde un principio ella era la única mujer a la que he deseado como esposa. Debo confesar que hoy, horas atrás, quise hacer una tontería, pero bien intencionada. Si lord Armstrong no aparecía, yo hubiese raptado a milady. Ese compromiso debía romperse a como diese lugar...

Los ojos de Daniel se dirigieron a él con incredulidad.

—Por el amor de Dios, Edwin, ¿en qué pensabas? —increpó su madre que comenzó a abanicarse con rapidez por la vergüenza.

—Estaba pensando en la mujer que amo. ¿Es ese un pecado? Cada uno defiende sus intereses como puede. Tampoco hubiese retado a lord Monroy, considero que ambos nos respetamos suficiente para intentar hacer las cosas de otra manera, tal vez no de la correcta, pero sí de una que me favorecía y que a él lo dejaría continuar con lo que quisiera.

A Penélope le daba un poco de vergüenza que admitiera todo sin reparos, aunque esa era parte real de las dotes de un calavera.

Capítulo 33

Aquella cena todavía no constituía un compromiso formal, aunque sí la intención de que pronto pudieran hacerlo oficial. Dejarían que se enfriase lo de lord Monroy. Eso sería lo más inteligente y respetuoso.

Cuando los invitados estaban a punto de retirarse, el marqués se acercó a ella y cogió su mano para despedirse.

—Solo tenemos unas horas. Regresaré. No pienso incumplir mi palabra. —Besó su extremidad y la observó con devoción.

—Estaré en el portón esperándolo. Si no llega para la hora acordada haré esto sin usted y lo más probable es que no exista compromiso.

—Eso es chantaje, pero porque es hermosa y vale cualquier riesgo estaré aquí sin problema.

Ella hizo una venia y el marqués desapareció con su familia en el carruaje en medio de la oscuridad de la noche.

Penélope fue a su habitación y dejó que Diana la cambiara por un vestido común. Si salía de noche y se ensuciara con el rocío, no le veía sentido a irse tan elegante a ver a una persona que quizá la ignorara.

—¿Cree que resultará? —curioseó la doncella que le colocó una capa para que pudiese estar cómoda mientras estaba en la calle con el que sería su prometido.

—No es seguro, pero no pierdo nada por intentarlo. La vida es valiosa y por más que lord Monroy estuviese equivocado en su actuar, no merece algo así.

—Los duelos han existido siempre, milady. Es una manera de ajustar cuentas. Sabe que merece morir así y aun con eso, no quiere comprender las implicaciones que conlleva.

—Lo entiendo, pero ha sido engañado, le han tomado el pelo por demasiado tiempo, dejó ir su vida por alguien que no lo amaba. Merece otra oportunidad a mi entender, no conmigo, pero sí con

otra. ¿No entiendes el peso que siento por ser la que llevó una gran desgracia a su vida? Esto me asfixia. Otra cosa sería que lord Armstrong lo retara sin que Daniel hubiese metido sus garras ahí. No sentiría remordimientos.

—Pues no se haga ilusiones. Ese hombre debe ser como un perro cazador aferrado a la yugular de una liebre, no la dejará ir con vida.

Diana tenía razón, pero su conciencia no comprendía de la misma manera, la culpa estaba siendo implacable con ella.

Horas después, Penélope salió al jardín para esperar al marqués; sin embargo, él ya la estaba esperando ahí.

—Ha venido antes —alegó Penélope sonriente.

—No iba a arriesgar mi futuro con usted por quedarme dormido y no meterme en asuntos que no son de mi incumbencia. Necesito todos estos riesgos para que abra los ojos y me ame intensamente.

La joven abrió el portón y salió de la propiedad para coger a Edwin de ambas manos.

—En qué cosas lo estoy arrastrando... Me demuestra que en verdad le importo. Sepa que conmigo tendrá una excelente esposa.

—Lo sé. Ahora debemos darnos prisa. El sol no está lejos de asomarse.

Ella asintió y cogió del brazo a Edwin para que después ambos se alejaran sobre el lomo del caballo del marqués. Se dirigieron a la residencia de lord Armstrong.

Al llegar al sitio, el marqués golpeó la puerta con fuerza. No dejaría dormir a nadie en aquel lugar, aunque creía que lord Armstrong no estaría dormido.

Un sirviente entreabrió la puerta y lo miró con desconfianza.

—¿En qué puedo ayudarlo? —preguntó el hombre.

—Quisiéramos hablar con lord Armstrong. Soy el marqués de Torton.

La puerta volvió a cerrarse para abrirse después de unos minutos.

—Lord Armstrong lo recibirá en unos instantes.

—Gracias. —Edwin miró a la joven—. Venga, es momento de hablar.

Un suspiro escapó de Penélope a la par que entraba a la casa antes que Edwin.

El lugar era tan lúgubre como la ocasión. Lord Armstrong estaba sentado en la penumbra con una copa de whisky en la mano y su arma en la otra.

—Disculpe que vengamos, lord Armstrong. Supongo que me recuerda, soy la exprometida de lord Monroy...

Aquel caballero la miró sin un atisbo de interés en ellos.

—¿Por qué vienen a mi casa? —increpó con hostilidad.

Edwin iba a responder, pero Penélope le tocó el brazo para que no lo hiciera.

—He venido hasta aquí con la intención de rogarle para que no mate a lord Monroy. Usted es un buen hombre, lo sé. Esto no es lo que quiere. No mata por pasión, lo hace por obligación. Esta situación debería evitarla por su propia salud.

—¿Y cuál es el objetivo de la presencia del marqués de Torton? Viene aquí una mujer que debería estar feliz de que acabe con la vergüenza que le causó ese hombre a su familia, solo para pedir clemencia para un infeliz rastrero.

—Lord Armstrong, estoy aquí porque amo a esta mujer y ella cree que puede cambiar el mundo. Creo en mi querida lady Penny. Le agradezco que nos librara de lord Monroy, pero coincido con milady en que no le dará satisfacción hacerlo, ¿sabe la razón? Porque el problema no es un hombre enamorado, sino una mujer sin moral. ¿A cuántos hombres matará por mantener a esta dama bajo su techo? ¿Cree que ella se detendrá si ya estuvo buscando reemplazo para lord Monroy? Quien está casada con usted es ella, no otros hombres.

A Penélope se le quedó la boca abierta por la férrea defensa que había hecho Edwin. Era tan admirable que al verlo sus ojos brillaban con halagos y orgullo. Ese era su calavera.

Lord Armstrong dejó su copa a un lado y miró su arma con fijeza mientras la acariciaba. Así estuvo por un par de minutos en que se sentía que el silencio era tan denso que podía cortarse con un cuchillo.

—Tengo tantas almas arrebatadas en mis manos que uno más no hace la diferencia. Agradezco sus palabras, pero esta es una decisión que debo tomar por mí mismo.

El estómago de Penélope dio un vuelco, no sabía qué significaban esas palabras, solo esperaba que fueran de rendición para salvar a alguien.

Edwin y Penélope salieron de aquel lugar y se quedaron frente a la casa.

—¿Cree que tendremos un compromiso? —inquirió la joven.

—Con lord Monroy vivo o muerto, ocurrirá. Ha tenido mucho valor de enfrentarse a alguien cuya mirada era turbulenta, bebía y que tenía un arma en la mano.

—No parezco tan inteligente como creía... —Rio—. Usted no se ha quedado atrás. Sé lo que quiero en esta vida, y lo que deseo es casarme con usted, la persona que me ha devuelto la fe en los deseos propios y no solo en lo conveniente.

Epílogo

Tres años después...

Cada vez que regresaba a Londres recordaba su anterior compromiso. Llevaba tres años casada con Edwin y era más feliz de lo que había imaginado ser. A fin de cuentas, el marqués de Torton había conseguido la esposa que deseaba y se ha convertido en un esposo ideal.

La familia de Edwin la había acogido con mucho afecto y Coraline, lejos de ser una enemiga jurada como decía el marqués, era su mejor amiga. Eran parecidas, hasta el punto en que ambas tuvieron hijos mellizos. Ernest y Coraline gozaban de dos bellas niñas casi idénticas, mientras que Penélope y Edwin habían sido bendecidos con un varón y una niña.

Todo era de esperarse después de que tuviese un enorme vientre igual que el que tuvo Coraline. Esperaban una felicidad doble, no había sido una sorpresa del todo, al menos para ellos, pero sí para Daniel, pues Ava era la primera niña de la familia, al menos la primera Hess que volvía a nacer, porque las demás solo habían tenido varones.

La locura de Edwin no se había detenido solo por haber conseguido tener a Penélope, la llama del amor estaba más encendida que nunca y ella mucho más mimada que antes por haberle dado a la niña de sus ojos.

—Esta es la casa de lord Monroy, digo, del marqués —comentó Penélope mientras iban en el carruaje a la residencia de Ernest y Coraline para festejar el cumpleaños de las mellizas Eloise y Elisa.

—Sí, es una pena que muriera el padre, estaba viejo —dijo Edwin, sonriente.

—Al menos sí quedó un miembro vivo en la familia. Ya debió nacer su hijo, supongo. Ha pasado un año desde que supimos que lord Monroy se había casado con una buena mujer.

—Sí, ha tenido la mejor oportunidad después de estar a un paso de tener a la muerte frente a frente.

Penélope sonrió al recordar que el duelo no ocurrió en aquel día fijado ni en ningún otro. Lord Armstrong decidió tomar las riendas de su reputación y repudió a su esposa echándola a la calle por infiel. Nadie la había acogido y solo se llevó lo que llevaba puesto el día de su partida. El niño quedó a cargo de su padre, él aseguraba que el hijo era suyo por algunas herencias de sangre que ninguna otra persona podría tener. Se fueron de la ciudad para establecerse en unas tierras nuevas y consiguió un nuevo título que la corona le había proporcionado por su valentía.

Al llegar los primos corrieron a abrazarse. Todos ellos parecían hermanos, aunque la sangre Hess era tan notable en Ava que a todos los tenía enamorados y más aún a su padre.

—Dame una partida de ajedrez decente. Estoy cansado de Alethea y su complejo de mala perdedora —pronunció Edwin que se acercó a Coraline—. Nunca pensé decir esto, pero eres la mejor cuñada del mundo. Déjame darte un abrazo. Te he extrañado.

—No te atrevas a tocarme. Deja intacto nuestro odio, aunque me alegra saber que sigo siendo importante para ti, al menos para sentirte mejor —se burló Coraline que después fue a abrazar a Penélope.

—Dile a tu esposa que me trate mejor, Ernest, o la llevaré a dar una vuelta por un conocido estanque en Cheshire.

Ava escuchó lo que había dicho su padre y con sus manos hizo un gesto con las manos imitando la boca de las mascotas de su tío Daniel.

—Veo que le gustan las mañas de lord Cholmondeley —comentó Ernest.

—Ni lo digas, compite conmigo por su atención. Pasa más tiempo con ella que con sus propios hijos y tampoco le hace mucho caso a Presley. Creo que le falta una hija antes de que se robe a la mía.

—Es el castigo por casarte con la favorita...

—Es lo más probable.

—Vamos adentro, niños —ordenó Coraline—. Los abuelos están ansiosos de verlos.

Cuando Penélope y Edwin estaban a punto de entrar, él la detuvo y la tomó del mentón con delicadeza.

—¿Sabes que cada vez que te veo eres más hermosa? —preguntó con un brillo locuaz en su mirada.

Ella no perdió el tiempo y cogió el rostro de él entre sus manos.

—Y tú cada vez eres más meloso. Tus dotes han funcionado a la perfección conmigo, Edwin. Sabes que te amo.

—Y tú no imaginas cuánto te amo a ti, Penny...

Penélope le dio un corto beso en los labios y entró a la casa, mientras que Edwin se quedó en la calle observando su vieja realidad y lo poco que extrañaba ese sitio. Su hogar estaba en Cheshire con su familia política.

No dejaba de agradecer el día en que lo sentenciaron a buscar esposa, desde ese momento nunca imaginó que haría tantas cosas para ser feliz.

Fin.

Conoce la próxima novela serie Las damas Hess

<u>Las argucias de un sinvergüenza</u>

«Un encuentro extraño, una ayuda desinteresada y una venganza sesgada por la dama más adorable de Inglaterra harán que la vida un sinvergüenza se corrija para siempre.»

Lady Hannah Hess, la más sensible de las hermanas esperaba encontrar el amor. Después de ver los aciertos y desaciertos de la familia sabía bien lo que deseaba: encontrar el amor y reconocerlo de inmediato; no obstante, la forma de hallarlo quizá no fuese como deseaba.

Owen Stewart, conde de Stern, no solo dejó de vivir la vida alocada de antes por una extraña enfermedad que lo mantenía postrado; sino también pronto perecería si no tomaba las riendas de existencia de nuevo y ponía un alto a quienes deseaban su ruina.

Si te gusta el romance contemporáneo, podría gustarte…



Disponible en Amazon.

«Gloria se sonrojó con rapidez. No podía creer que su jefecito se sintiera atraído por ella. Era increíble, porque no podía creer que al menos en algo era correspondida.

—Mmm... Señor...

—Henry —la corrigió. Él estaba en el momento más importante de su coqueteo.

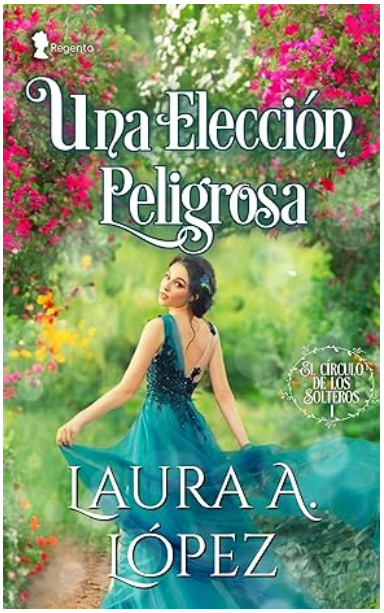
—Sí, sí, Henry... No sé qué decir.

—El sonrojo dice que quizá yo también te gusto, Gloria. Para mí no es fácil admitir que me gusta mi secretaria, en verdad es... complicado.

—Muy complicado. Yo creo que es mejor que...

Henry no pensaba perder a la presa que había caído en sus garras. Abandonó la ventana y fue hacia ella para rodearla. Con discreción, pegó su mano a la de Gloria y apretó sus dedos con delicadeza.»

Si te gustó Las dotes de un calavera podría gustarte…



Toda historia tiene un comienzo...

George Mountbatten, marqués de Blister*,* al igual que sus amigos, sabía que el matrimonio estaba a la vuelta de la esquina y que era más inminente que la muerte. El problema, era la elección de la mujer adecuada. Cuando creyó haberla conseguido algo ocurrió.

Lady Brianne Scott, ahijada de su fallecido padre llegó a su vida para ponerla de cabeza. Delicada, bella y brillante, amenazaba con destruir sus planes, puesto que él debía conseguirle un esposo.

El mayor pecado era meter a dos solteros solos bajo un mismo techo. ¡A quién se le ocurría!

¿Cómo hará el marqués para evitar caer en la tentación y ceder la mano de su pupila?

Biografía

Mi nombre es Laura Adriana López, soy de nacionalidad paraguaya, nacida el 05 de Julio de 1988, estoy casada y tengo una hija. Estudié Ciencias contables y Auditoria en la Universidad Americana.

Desde el año 2016 me encuentro escribiendo lo que realmente me apasiona, que son las novelas de romance de época, ambientadas en la época victoriana, regencia, etc.

También he escrito novelas contemporáneas, pero más ambientadas antes de la revolución tecnológica que tenemos actualmente, pues tengo la creencia de que la tecnología ha entorpecido de cierta forma las relaciones sociales, y más aún el romance. Es una razón, porque más me agrada soñar con un romance a la antigua.

En el 2018, empecé a publicar de manera seria, con dos editoriales. Selecta, que es del grupo Penguin Random House y que se dedica a publicar novelas románticas en digital, y con la editorial Vestales de Argentina. Con Selecta he publicado, seis títulos de una saga, comenzando por: *Rescatando tu alma perdida, Belleza y Venganza, Amor y dolor, Entre las sombras, Obligándote a amar y Te deseo para mí*; todas de romance histórico esta editorial es la que me abrió las puertas para que la gente me conociera. En el 2019 se publicaron una novela contemporánea de nombre *Un romance real,* y otra para novela histórica: *Tan perversa como inocente*. En 2020 salió a la venta *Desavenencias del amor.*

Con la Editorial Vestales de Argentina, tengo publicado en físico y digital las obras de nombres: *Una perfecta señorita, La ventana de los amantes y Mi amada señorita Angel.*

También he incursionado en la auto-publicación en Amazon, con*: Los mandatos de Rey*, que es un cuento corto y *Una dama infortunada*. Otros títulos: *Corazón de invierno, Una heredera obstinada, Una beldad indomable, La esquiva señorita Millford, Las peripecias de los amantes, Nuestro tiempo perfecto, La dama de Sandbeck Park, Las oscuras intenciones de lord Coventry, El amante de Londres, Anhelos de primavera, Una candidata inadecuada, El silencio de los*

amantes, Amantes en la eternidad, Amantes en guerra, La prometida desconocida, Enamorar a un lord inglés, La acompañante del marqués, El candidato perfecto, La joven matrona, La herencia del duque de Gloucester, El esposo ausente, Una forajida cautivadora, El preceptor, La justicia de un canalla, El domador, La nueva esposa, Una solución para lord Nottingham, El prometido despreciado, Un beso irreverente, El querido enemigo, Un compromiso accidentado, Un caballero misterioso, Un seductor afortunado, Una diablesa enamorada, Su encanto inglés, Una elección peligrosa, Una casadera incorregible, Una decisión imperturbable, Mi inocente secretaria, Una situación escandalosa, Un duque codiciado, La dama adecuada, El último soltero, La promesa de un majadero, El amor de un granuja y Las dotes de un calavera.

Me manejo también con el alias de Leah Heart, donde publiqué: *Mi gran sueño londinense, Nuestro tiempo perfecto y The elusive miss Millford*, la traducción en inglés de la novela corta *La esquiva señorita Millford*.